

LAS SIERRAS MINERAS DE LA REGIÓN DE MURCIA Y SERES MÍTICOS EN CARTHAGONOVA. MONTIS-ILUCRONENSIS (III)

Angel Luis Riquelme Manzanera

INTRODUCCIÓN

Una situación imprevista que, surge ahora, cuando me encuentro matizando algunos párrafos de éste artículo escrito hace más de dos años, y, estamos en 2008, obliga a dejar constancia de nuestra opinión en el presente preámbulo, con respecto a lo que será explicado a continuación, en relación con una sugerencia que se instaba desde ésta humilde tribuna (Revista n.º 29, 2006), para acometer con el aporte participativo de un nutrido grupo de especialistas, bajo la responsabilidad de la Consejería de Cultura; con el asesoramiento y apoyo de la Universidad de Murcia, y, cuantos colectivos fuese necesario incorporar, el estudio museográfico y museológico del yacimiento y edificio de: "LA CIUDAD DEL BRONCE MEDITERRÁNEO II, DE LA BASTIDA DE TOTANA (MURCIA)", como decidió denominarla, su más importante investigador, D. Julio Martínez Santa-Olalla, en colaboración con Bernardo Sáez Martín; Carlos F. Posac Mon; José Antonio Sopranis Salto y Eduardo del Val Caturra, cuyo Informe y Memoria, fue publicado en Madrid, 1947, con el núm. 16, por la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas del Ministerio de Educación Nacional.

No obstante, en homenaje y honor a la verdad hay que agradecer a Vicente Ruiz



Julio Martínez Santa-Olalla, 1970. (Archivo Museo de Madrid. Orígenes).

Argilés, arqueólogo de la Dirección General de Excavaciones del Ministerio de Educación Nacional, y, discípulo predilecto de Martínez Santa-Olalla, y, a Carlos Posac Mon, que estuviera en las dos siguientes campa-

ñas, después, la posterior acometida de otra excavación, relacionada con el Seminario de Historia Primitiva del Hombre, logró un avance sobre los descubrimientos conocidos al ampliar la zona excavada y hallar nuevas estancias.

Durante los últimos 25 años, es a los Profesores de la Universidad de Murcia, María Manuela Ayala Juan y Jorge Juan Eiroa, junto a la incorporación en los años 90 de Magdalena García, a quienes hay que deberles el desvelo que profesaron sobre éste lugar que estudiaron concienzuda y detenidamente.

Como forma de penetrar en éste capítulo, tercera y última entrega, continuación de otras dos que ya se publicaron en los anteriores ejemplares 28 (Junio 2006) y 29 (Diciembre 2006) de ésta misma revista, en ésta ocasión, en virtud del espíritu que debe reinar en la probidad y equidad de quienes representan, defienden y protegen



Ortofoto La Bastida II. "Ortofoto aérea del conjunto en proceso museográfico y museológico de "La ciudad del Bronce Mediterráneo II, de La Bastida de Totana", bajo la dirección de D. Vicente Lull. Al Norte, zona superior, se observa el edificio del Museo, desde donde parte un camino dirección Sur hasta converger en la ladera del pico inferior derecho, junto a la Rambla de Lebor, donde se encuentra el poblado argárico, investigado por primera vez por D. Rogelio Inchaurreandieta; y, posteriormente, por Juan Cuadrado y Martínez Santa-Olalla".

los intereses del Patrimonio Histórico Artístico y Bienes Culturales, privados y públicos, depara la vocación que viene identificando nuestra trayectoria, procurando aclarar algún asunto controvertido que pueda surgir espontáneamente, y, cuyo ejemplo de recuerdo cercano, lo tenemos en la última inserción incluida en nuestra revista anterior, sobre el caso de la foto del descubrimiento del Acta de Bautismo de Nicolás Salzillo, por Zacarías Cerezo y Remigio Tolmos, de presumible indebido apropiamiento por Isabella Di Lido, imagen fotográfica insertada en la primera edición del Catálogo (página 161), con motivo de la Exposición del III Centenario de nuestro egregio imaginero (“Tercer Centenario del Nacimiento de Francisco Salzillo”, Cangilón, núm. 30, páginas 2-64).

En ésta ocasión, queremos dejar constancia de otra contrariedad, cuyo dato se vincula en relación con las circunstancias concurrentes acerca de las previsiones de inteligible proceso que tenían que haberse producido desde la Dirección General competente (insistiendo en la revista núm. 29 –diciembre 2006–, se comentaba el deseo de unas lógicas expectativas en aplicación del ejercicio multidisciplinar que se debe aportar desde los diversos colectivos científicos y humanos, a los grandes proyectos regionales de futuro turístico y cultural), en función del procedimiento seguido en la zona minera, prehistórico-metalúrgica por excelencia de ésta Región, a la que dedicamos éste homenaje de recuerdo, concretamente, donde se lleva a cabo la Museografía y Museología del poblado argárico de La Bastida de Totana, servicios que han sido concertados con la Universidad de Barcelona y un equipo de especialistas afines a la misma, quedando inconcebiblemente al margen la Universidad de Murcia.

En nuestro característico talante de información para la conciliación, entendemos conveniente expresar nuestro apesadumbrado asombro de lo que ha sucedido.

Por ello, se acomete modificar el inicio textual de éste artículo, dedicando unas líneas a priori del artículo preparado sobre las Sierras Prehistóricas Mineras de la Región, coincidiendo una de ellas, la de La Tercia, con dicho lugar mítico del poblado metalúrgico argárico de “La Bastida”, al amparo de la Rambla de Lébor, lecho natural de torrentera, procedente de dicha Sierra, que junto a fuentes de agua en sus inmediaciones, y, con el acopio de otras vertientes venidas del Pico Secanos, viene a desembocar en el Río Guadalentín, cauce éste, afluente del Segura. Río de un amplio y longitudinal Valle, que teniendo su origen en el Cerro del Buitre de Lorca, donde en su base se construyó el Pantano de Puentes, nos trae a la memoria la trágica rotura del 30 de Abril de 1802, que arrasó el Barrio lorquino de San Cristóbal. Afluente del Segura que se nutre, a su vez, de los ríos Corneros; Turrilla y Río Luchena, abastecido con los excedentes del Embalse de Valdeinfierno. El Guadalentín, puente entre Andalucía y las Comunidades Autónomas españolas del Mediterráneo, es el eje y vía de comunicación fundamental entre el Oeste y el Este del Sureste español (Almería Murcia, y Alicante), donde además en las amplias márgenes, algunas distantes de su trayectoria se concentra el mayor número de localizaciones argáricas conocidas hasta la fecha. Ya que aún entendiendo, que, corresponde enumerar una cita meritoria de mayor alcance de los yacimientos encontrados sobre la cultura del argar durante los últimos 30 años, recogidos por Pedro Lillo, allá cuando corría el año de 1979 (Revista Pyrenae, 15-16 Barcelona 1979-80. pp. 17-179), resulta imposible dedicar nuestra atención sobre ello, en éste instante.

Es otro, el motivo que mueve a ésta redacción aclaratoria, pues se inclina por la reflexión, advirtiendo lo insertado en mi anterior entrega sobre ésta temática (Diciembre 2006), invitando al consenso generalizado de todos los colectivos necesari-



Las Sierras de la Región de Murcia.

rios de intervención para el ambicioso éxito del citado proyecto. Esperamos que, éste humilde y modesto mensaje que expresamos a continuación, de utópica aspiración personal, a la que se le expolia la razón escrita en su día en ésta misma revista (núm. 29, 2006), nos haga reconducir la situación por el camino de los acuerdos y del entendimiento, que son elementos imprescindibles para garantizar la seguridad de éste viejo propósito (aspiración instada por Santa Olalla a Aragoneses), que hoy, preámbulo del mañana, debe ser orgullo de ejecución para la consolidación e interés general del futuro que requiere el mantenimiento y conservación de instalaciones y edificios de los recintos, cubierto y descubierto de La Bastida, debiéndose conducir hacia la rentabilidad y costo de oportunidad de su funcionamiento y actividad normalizada, pues en la actualidad, advertimos se omite el apoyo y ayuda necesaria de la incorporación de una serie de opiniones cualificadas de nuestra Región, que, sin ninguna duda, enriquecerían y fortalecerían

an el engrandecimiento de su deseada afortunada consecución.

Quienes teniendo responsabilidad en ésta materia, se nieguen a aceptar la realidad de posibilitar incluir el aporte humano de cuantos han trabajado en diversos aspectos, vertientes y perspectivas en el yacimiento arqueológico e inmediaciones de La Bastida, se convertirán en presunta adversidad de una causa, que no puede ser exclusivamente estudiada desde la parcialidad de un equipo de una excelente profesionalidad, pero ajeno a los intereses futuros de la Región de Murcia. Equipo, sin duda, de magníficos especialistas, pero que, paradójicamente, aún basando sus estudios sobre el sitio del terreno que se investiga, empleará, sin más remedio, el uso de los íntimos documentos existentes procedentes, tanto de autores desaparecidos, como los de publicaciones oriundas, autores quienes en la actualidad tienen mucho que aportar y cooperar por su experiencia y dedicación a la zona en cuestión, que son en definitiva, para mayor garantía, alguno de ellos, profesores que están formando en la Universidad a un numeroso colectivo de alumnos, futuros arqueólogos en la materia, que podrían colaborar en campañas de voluntariado, rentabilizando el capítulo de recursos humanos y beneficiando económica y financieramente el mejor aprovechamiento de las excavaciones; y, como premisa, la propia adquisición de experiencia profesional en los participantes interesados murcianos.



Manuel Jorge Aragoneses. (+ 1998).

ASPIRACIONES DE D. MANUEL JORGE ARAGONESES

Quien les escribe, tuvo la suerte de conocer y estar cerca de la trayectoria personal, admirada y respetada, gracias a la subordinada y estrecha relación mantenida, con uno de los personajes más

paradigmáticos de la Murcia de las décadas de los años 50, 60, y hasta mediados de los 70, con respecto al interés que demostró por distintos conjuntos arqueológicos de insinuada predisposición en valor y recuperación interpretativa para la visita guiada, refiriéndonos a la ilustre figura de D. Manuel Jorge Aragoneses, quien nos inculcó una seria y fuerte tendencia al seguimiento de éstos lugares que él consideró de sacrosanta calidad, cualidad y consideración para mostrarlo a las generaciones venideras.

Aragoneses, tras terminar de dirigir los edificios e instalaciones del Museo Arqueológico de Murcia; Museo de Bellas Artes; Museo Salzillo; Museo de la Muralla Árabe; Museo de Bellas Artes; Museo Etnológico de la Huerta de Murcia; Museo del Traje Folklorico, y, otras tantas colaboraciones de instalaciones museísticas en toda la entonces provincia, más las muchas por toda España, se circunscribió, durante los dos últimos años de alternante estancia entre Murcia y Madrid (1974-76, ejerciendo en paralelo como Subdirector del Museo del Prado, y, Responsable del Servicio de Patrimonio de Murcia), a promocionar la acometida de cinco ambiciosas actuaciones:

1) *Musealización del Santuario Ibérico de la Luz*. Tenía por éste lugar una especial predilección, encargada personalmente a él, por D. Cayetano de Mergelina. La anécdota se produjo a principio de 1960, cuando se opuso a que sobre los restos del poblamiento ibérico existente, se construyera la Residencia de Educación y Descanso, pidiéndosele políticamente se mantuviera al margen. Por tanto el inevitable destrozo de las obras para la edificación, dejó arrasado el importante yacimiento ibérico. No obstante, ésta propensión de erigir una simulación del conjunto del Santuario, se la inculcó a nuestro admirado y estimado amigo, ejemplo de profesionalidad y rigor, Pedro Lillo Carpio, que, tras la extinción del funcionamiento de dicho edificio como bar-res-

taurante, dedicó buena parte de su esfuerzo, a una exhaustiva, eficaz y continuada campaña de actuaciones que dieron unos resultados extraordinarios. Como sabemos, los estudios de Lillo (en parte bajo la atenta mirada y seguimiento de Aragoneses), han avalado el proyecto de ejecución del Centro de Interpretación del Santuario Ibérico de La Luz, que actualmente se puede visitar y comprender.

2) *Gestionar el acondicionamiento, restauración y difusión del poblado argárico de La Bastida*. Requerido personalmente nuestro ínclito Aragoneses, por D. Julio Martínez Santa-Olalla, éste facilitó y dedicó su libro publicado, además de otras investigaciones generales y específicas realizadas por él y su equipo en “La Ciudad del Bronce II, de la Bastida de Totana”, para personarse ambos, in situ, en el lugar donde comentaron los pormenores a seguir, interesándole la programación de consecutivas campañas arqueológicas, pidiendo involucrar al profesorado y propio alumnado de la Universidad de Murcia, y, que contase con la colaboración de Vicente Ruiz Argilés. Éste asunto, quedó pendiente sobre la mesa, debido a la saturación personal de la actividad de Aragoneses, aunque dejó la semilla y hubo iniciativas en la Universidad que tuvieron claras las consignas que transmitió. Tal es así, que lo demuestra la cantidad de investigación y documentación que se generó del lugar. Pero más aún, partiendo del patrón de La Bastida, se originó una corriente de estudiosos e investigadores en la materia que llegan hasta nuestros días. En la actualidad, como dejamos entrever, sin perjuicio de reconocer la magnífica trayectoria y prestigio acreditado del equipo que realiza los trabajos de recuperación, mediante la museografía y museología de La Bastida de Totana, es evidente que se obvia la colaboración y participación del profesorado y alumnado de la Universidad de Murcia.

3) *Restaurar y poner en valor la fortaleza del Sol, en Lorca*. Lugar que visitó en



Aragoneses en el inicio de la exhumación de restos humanos en la Muralla Árabe de Santa Eulalia de Murcia.

varias ocasiones, durante el tiempo que dirigió la musealización de “La Muralla Árabe de Santa Eulalia” de Murcia, para aprender y comprender mejor los sistemas de vida de una cultura, cuya más viva impronta representativa se encontraba, según él: “... en el recinto, perímetro e inmediaciones del castillo donde se detecta todavía impresa la fresca huella del árabe que no se ha marchado, tenemos la imagen más perfecta de las que conocemos en la provincia, y, debemos plantearnos su recuperación y conservación, como muestra del paso y asentamiento de las dinastías musulmanas que hicieron importante a Mursiya, junto a Córdoba y Damasco”.

4) Investigación y aproximación a los yacimientos arqueológicos de Cartagena. Alentó a las autoridades a realizar excavaciones y ampliar estudios en zonas donde se descubrieran restos romanos. Su principal objetivo estuvo centrado constantemente en realizar catas y estudios en diversos puntos que consideraba de muy interesante atractivo, en especial, detuvo su mirada en la posibilidad de actuar sobre los cimientos de la Plaza de Toros de la ciudad departamental. Tuvo reacciones diversas y dejó el tema pendiente, pero siempre intuyó, pues no en vano llevaba la experiencia de sus trabajos realizados en

Asturias, que bajo éste caso aparecerían restos de incalculable valor. El tiempo le dio la razón, y, hoy día, tras el descubrimiento del Teatro Romano, es uno de los puntos de mayor atención por parte de la arqueología en la ciudad punico-romana. Al descubrirse el Teatro Romano, Aragoneses, ya jubilado, se desplazó a Cartagena, con su íntimo amigo, el Arquitecto de Patrimonio Histórico Artístico, Pedro San Martín Moro, quienes se dieron por satisfechos al confirmarse que toda la zona de influencia de la Plaza de Toros, era el centro neurálgico de la enorme urbe romana que podría ser recuperada y rehabilitada, tal y como ellos soñaron en el pasado.

5) Las necrópolis ibéricas y restos hidráulicos próximos al Museo Etnológico del Museo de la Huerta de Murcia en Alcantarilla. Por otra parte, no puede obviarse, cuanto trató de defender, impulsar y efectuar en materia arqueológica. Concretamente, debido a su excavación a finales de 1964, de la necrópolis ibérica de Alcantarilla (Calle Hurtado Lorente, 45), testimoniando un asentamiento de población prerromana ignorada hasta la fecha, en el Valle del Segura, a un nivel altimétrico muy reducido (55 m.s.n.m.), enriquecido por el descubrimiento del “Oinochoe” griego, de figuras rojas sobre fondo negro, todo en metálico barniz, que tan justa fama dio a la cerámica ática del S. V a. de C. (Museo Arqueológico de Murcia), donde instó a las Administraciones -temía que con el tiempo se encubriese el hallazgo-, a que se realizara la total operación de acotamiento, arranque y extracción de tierras del conjunto que conformaría el poblado, del que expresa: “...abrigo la esperanza de que las tumbas de incineración se conserven intactas”. Pero la zona de influencia a acometer estaba bajo edificios y se dejó pendiente para cuando las condiciones por solicitud de licencias de obras de los afectados lo permitieran. Investigación que ha sido realizada, hace pocos años, en parte, con motivo de una nueva urbanización, viniendo a

darle la razón, pues de manera fraccionada, no puede controlarse el extraordinario descubrimiento en su integridad.



Manuel Jorge Aragoneses presenta en sus manos el Oinokoe griego, que descubrió en el yacimiento de la necrópolis ibérica de Alcantarilla.

Manuel Jorge Aragoneses, presenta en sus manos el Oinokoe griego, que descubrió en el yacimiento de la necrópolis ibérica de la Calle Cura Hurtado Lorente de Alcantarilla. Pieza expuesta en el Museo Arqueológico de Murcia. 1964. Es aquí el momento de comenzar a introducir al elemento del mito, la alegoría representada por seres sobrenaturales procedentes del mundo clásico, cuando, Aragoneses, para describir las escenas que, se insertan en el vaso con boca trebolada y solero plano circular, mediante la redacción de un brillante informe, que se publicó, simplificada-

mente, en dos revistas científicas, con los títulos: “El Oinokoe griego de Alcantarilla”, y, “Dos nuevas necrópolis ibéricas en la provincia de Murcia”, donde, entre otras aportaciones técnicas, expresa sobre la jarrita: “Le decoran los cuerpos desnudos de Hércules (Heracles) y dos efebos...”; y, “... en pie, apoya el peso del cuerpo sobre la simbólica clava. La piel de Nemea, aparece recogida por detrás...”; “Por detrás del pelo, asoma una nube esquematizada en tres ímbrices, símbolo de su superior condición humana, como hijo del propio Zeus que, en figura de Amphitryon, engañó a su madre Alcmene, quien le creyó su verdadero esposo”. Heracles, personificó la fuerza para el mundo griego, pero también se le relacionó con la templanza y dureza del metal.

En éste campo de la mitología, Aragoneses, nos advierte de no ser el “Oinokoe”, el único caso donde aparecen figuras de

leyendas de temática heraclea, pues cita la crátera de la sepultura 532, del Cabecico del Tesoro, donde el héroe, sentado, aparece ante Atenea, protectora de la sabiduría, del arte y de la agricultura.

Por tanto, entre las muchas figuras de leyenda que pueden haber llegado a nuestra tierra de Murcia, y, tierra adentro de la Región, geografía circunscrita al cobijo de importantes yacimientos argáricos, ibéricos y romanos, podemos decir con orgullo que ambas imágenes cumplen un primer requisito de aportación a nuestro trabajo como primer contacto con las deidades que serán descritas en el ámbito de Carthagonova-Montis Ilucronensis (Cartagena-Mazarrón).

Volviendo al tema sobre la afortunada relación de contacto de Aragoneses con Alcantarilla, diremos que su vínculo se produce al acceder al encargo del estudio para la instalación del Museo Etnológico de la Huerta de Murcia en 1964.

El extraordinario instinto arqueológico de Aragoneses, sustentado en la lectura de nuestras excelsas plumas historicistas del Licenciado Cascales y Lozano Santa, le hacen visitar el lugar de ubicación de dicho Museo, en el paraje de La Rueda (Noria de agua). Su situación, tras el estudio cartográfico, le produjo un evidente impacto de atracción e interés. Su reconocimiento ocular, le llevó de inmediato, no sólo a detectar la vitalidad y valor de los restos hidráulicos que le mostraron, sino a reconocer el promontorio que se denominaba Cabezo del Agua Salada. Inmediatamente, y, ejercida su observación visual sobre las laderas de las terrazas del Cerro, lo relacionó con la necrópolis ibérica en llanura encontrada, días antes, en el casco urbano de la localidad.

Durante sus muchos días de estancia en la zona, primero en contacto con el Arquitecto del proyecto del edificio, D. Demetrio Ortuño Yáñez, y, seguidamente con el proceso de instalación del Museo, mantuvo una especial dedicación a los restos hidráulicos, que partiendo desde éste

punto del Acueducto de la Rueda, y, hasta la presa del Azud (Contraparada), le supusieron una incursión al conocimiento de multitud de pequeñas y grandes obras hidráulicas, relacionadas con los regadíos, que, a su vez, le hizo percatarse por cuantos especialistas se habían conectado con la materia; estudiando con detenimiento los trabajos publicados de Vitrubio Polión y Juanelo Turriano, ya que intentó, convencido del éxito de la recuperación y rehabilitación íntegra de dicha ingeniería hidráulica, animar a que la Dirección General de Patrimonio Histórico Artístico Nacional, la Diputación Provincial, y, los Ayuntamientos de Murcia y Alcantarilla, se interesaran por la puesta en valor de unos elementos constructivos antiguos a los que consideró de enorme importancia. El primero referente al Acueducto de la Rueda del Museo Etnológico de la Huerta de Murcia; y, el segundo, el Acueducto de la Alquibla sobre la Rambla de Las Zorreras; opinando que, con ello, sin perjuicio de que se llevase a cabo un inventario de los bienes de construcción fija, puentes, lavaderos, compuertas, molinos, batanes, norias, aceñas, ceñiles, etc., extinguidos o funcionando, de toda la superficie de la Huerta de Murcia, suponía incrementar el valor añadido de unos elementos que por su antigüedad constructiva debían ser representados por el Museo Etnológico de la Huerta de Murcia, cuya instalación dirigiría.

ASENTAMIENTOS PREHISTÓRICOS MINEROS DE LA REGIÓN

En otro orden de cosas, Aragoneses, a quien tuve el honor de acercarme y conocerle con cierta proximidad, durante finales de los 60 y principio de los 70, a partir de los años 80 (cuando su estancia se hace estable en Madrid), acrecentando una relación de excelente confianza con éste humilde dicente, decide informarme detenidamente de muchos aspectos íntimamente ligados con éste Museo de la Huerta. Pero a la vez, tenía y no dejaba de darle vueltas a

la cabeza, un asunto que le preocupaba. Finalmente, tras confidencialmente, contarme el asunto, me instó a encontrar con urgencia, las supuestas estaciones de petroglifos afines al yacimiento de la necrópolis argárica del Puntarrón Chico, que diagnosticó no estarían muy lejanas. Investigación arqueológica de éste yacimiento, asumida en su día bajo responsabilidad y autoridad del propio Aragoneses, asesorando a Eugenio García Sandoval, al que designó como director de las excavaciones arqueológicas, y, a sus alumnos, Matilde Escortell Ponsoda; José Sánchez Meseguer y Rafael Ramos Martínez, como ayudantes de campo. Búsqueda de lo interesado, cuyo trabajo me encargaría, y, que, realizado tímida y aplazadamente al inicio, no tuve oportunidad de dedicarme de lleno a ello, hasta bien entrada la década de los 90. Lamentablemente, la primera estación de insculturas, al E-W. del Puntarrón Chico, fueron localizadas a los pocos meses de la muerte de Aragoneses. En el desarrollo final de ésta introducción que hemos incorporado a última hora, se entenderá el motivo por el que, Aragoneses, tenía sumo interés en descubrir dichas estaciones de petroglifos.

Pero regresando al tema que nos ocupa y descrito al inicio, y, pese a que podría entenderse como una ingerencia por nuestra parte (bien sabe la razón que el único objetivo es disentir respetuosamente de una decisión política, posiblemente acertada, pero negativa para los intereses del área de prehistoria de nuestra Universidad), somos conscientes de nuestro deber de volver a inquirir la conveniencia de incorporar la ayuda y formación de los universitarios de nuestra Región de Murcia, a tan exclusivo proyecto museográfico y museológico de La Bastida. Pero nunca lo haremos por pura deslealtad al acto en sí acordado, sino por la comprensible situación que debe generar la inercia de incorporar a la Universidad en éste grandioso y espectacular proyecto, soñado por Santa-Olalla y transmitido a Aragoneses; y,

consecuentemente, evitar dejar hipotecado el futuro funcionamiento y mantenimiento de las instalaciones referidas al lugar en cuestión del poblado del Argar de La Bastida, a un apoyo y seguimiento desde la distancia de quienes lo tienen adjudicado, puesto que, con el tiempo, pasará una dolosa factura de dependencia externa a nuestra Región de imprevisibles consecuencias, intuyendo diferentes perjuicios y gravámenes a quienes se encarguen de su continua promoción y difusión.

Caso de disensión el que nos ocupa, mediante la información que vamos a facilitar (sólo de opinión, nunca de intención vinculante), al igual que hicimos con el apunte aclaratorio sobre la pertenencia de la foto del supuesto plagio del descubrimiento del acta de bautismo de Nicolás Salzillo, explicado en la anterior revista (núm. 30, 2007), al evaluar las circunstancias concurrentes que obligan a modificar, en la actualidad -dos años después de la fecha que se terminaba ésta tercera parte documental que ve la luz, como se viene reiterando-, y, en virtud de los avatares y situaciones surgidas (acoplando éste comentario que trataremos de simplificar), al atrevernos con todo respeto a declarar como desagradable, la situación que, ante los efectos de negativa repercusión que pueda producir, presume cuestionar el concierto establecido adjudicando los trabajos de museografía y museología de la “La Bastida” (lugar muy querido por quienes desde hace muchos años se nos inculcó dirigir nuestra atención y esfuerzo en la protección y defensa de su continente y contenido), un poblado de la Edad del Bronce, en el que durante la década de los años 50, y, comienzo de los 60, D. Manuel Jorge Aragonese, como explicábamos antes, a petición de uno de sus mecenas y admirado profesor, D. Julio Martínez Santa Olalla (que lo estudió profundamente a mediados de la década de los 40, bajo la estrecha mirada de Cuadrado Ruiz, éste último discípulo de Luis Siret), planeo la recuperación integral



Primer día del descubrimiento, con visita fotográfica por parte de Aragonese y terminación del Centro de Interpretación Museística de la Muralla Árabe de Santa Eulalia.

y realización de unas instalaciones, análogas a las que, sin embargo, si pudo ejecutar con el Centro de Interpretación in situ del Museo de la Muralla Árabe de Murcia.

La ambiciosa idea prevista para la provincia de Murcia, consistía, pues ya había adquirido experiencia con el citado Museo de la Muralla Árabe, en representar las cuatro civilizaciones de mayor calado en la Región, mediante Centros de Interpretación y Exposición museística.

O sea, igualmente, que con la Muralla Árabe, su aspiración era crear un recinto que recogiera la época dorada de la Edad del Bronce, ubicado en la Bastida de Totana, conforme le había pedido Santa-Olalla, apoyado con todo lo extraído en el “Puntarrón Chico”.

Otro Centro de iguales características lo planeó para el Santuario Ibérico de la Luz, a tenor de las orientaciones que le indicó Cayetano de Mergelina. Trabajo de investigación que confió a Pedro Lillo Carpio.



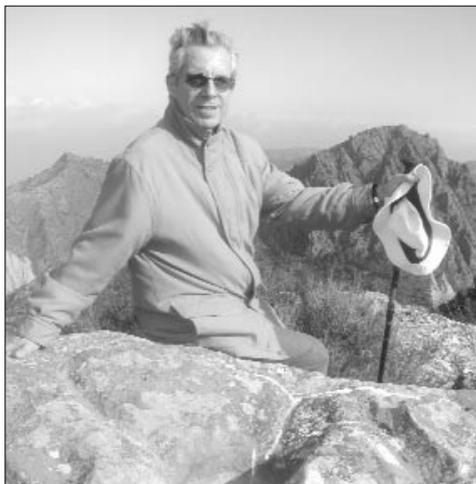
Inauguración del Museo de la Muralla Arabe de Santa Eulalia. M. Jorge Aragonese de anfitrión.

Y, finalmente, como le sugirieron en 1962, Hermanfrid Schubart y Pedro San Martín (año del estudio de la necrópolis de Los Nietos), fabricar o recrear un lugar que identificara la estancia del mundo punico-romano, rescatando y haciendo emerger con sus pretendidas excavaciones en la Plaza de Toros de Cartagena, la historia de una ciudad tri-milenaria.

Me cabe el honor de tener el doble privilegio de, por una parte, haber sido confidente del propio Aragonese, sobre aquella cuestión que le preocupó en un momento determinado de los primeros años de la década de los 70, referente a la recuperación y exhibición de los puntos descritos que no pudo emprender, y, de otra, haberseme entregado, por él mismo, una pequeña bolsita de fragmentos de cerámica pertenecientes a “La Bastida” (estaba en una estantería del Museo Etnológico de la Huerta de Murcia -del que fue su Director de Instalación entre 1964-67, y, Asesor Honorario Perpetuo-, junto a

otros objetos que depositó, almacenó y guardó). Bolsita que, me pidió, debía recordarme siempre el compromiso adquirido de lo que me encargó. Realmente nunca he tenido oportunidad de acercar mi humilde atención y esfuerzo hacia lo que, Aragonese, en relación con las gestiones que me interesó, debía dirigir en defensa y protección de “La Bastida” (puesto que, su investigación, paralela con el resto de asentamientos de la cultura del argar en ésta Región, durante éstos últimos años, ha estado perfectamente atendida y abordada por magníficos especialistas de Murcia en la materia, como: Maria Manuela Ayala; Jorge Juan Eiroa; M^a. Asunción Molina; Sacramento Jiménez; Maria luz Tudela; Francisco Guillén; María Milagrosa Ros; Josefa Martínez; María Carmen Pérez; M. Sonia Milá; Elena Gallego; Francisca Moya; Roque Ortiz; Magdalena García; Juan Luis Polo; y, otros muchos, que sería ímprobo citar), pero sí, he procurado aportar mi simple grano de arena, con respecto a dedicar mi esfuerzo en descubrir las estaciones de petroglifos, que, felizmente, aparecerían orientadas al Este-Oeste del poblado argárico del “Puntarrón Chico” (conforme pronosticó Aragonese), estudiado como se citó anteriormente, en sendas campañas de 1962 y 1963, bajo la dirección técnica de Eugenio García Sandoval, y, la figura de M. Jorge Aragonese, como Delegado-Asesor y encargado de la primera prospección en 1961, y, de los trabajos de arranque de testigos arqueológicos.

Nuestra finalidad comprende recordar, por un lado, que, no debe olvidarse la presumible exceptuación de la Universidad de Murcia, para poner en marcha y concluir estructuras e infraestructuras arqueológicas con fines de recuperación, rehabilitación, acondicionamiento o museología, para visita pública de yacimientos arqueológicos incursos al territorio geográfico de nuestra Comunidad Autónoma, y, concretamente, en lo que nos concierne hoy, de uno de los descubrimientos más importan-



"Estación de Petroglifos del Cabezo Pascual. En primer plano, bloque con petroglifo. Sobre éste sentado, el historiador y abogado, Salvador Frutos Hidalgo, al fondo "El Puntarrón Chico", yacimiento argárico excavado por García Sandoval y dirigido por Jorge Aragoneses".

tes de la Edad del Bronce en la Región; y, de otro, explicar, que, en función del tiempo transcurrido de mas de dos años después de la confección de éste artículo de arqueo-minería y metalurgia prehistórica, reiteramos la necesidad de conducirnos nuevamente por el mismo camino del comentario de opinión que mantuvimos en el asunto de Nicolás Salzillo, para invocar a la reflexión, en éste caso suscitado debido a la ejecución de los trabajos de "La Bastida", en evitación y con el propósito de que se erradiquen procedimientos de análoga incongruencia posterior, atendiendo lo que decíamos en la segunda entrega editada en ésta Revista en Diciembre de 2006, y, que por su interés transcribiremos a continuación.

Para que pueda entenderse a donde queremos llegar, repetimos el dato que nos va a facilitar un punto de partida sobre lo que ha sucedido, según se advierte y detecta en el seguimiento que hemos realizado.

En definitiva, por parte de la Dirección General de Bienes Culturales, con la comprensiva aceptación del Jefe de Servicio de

Patrimonio correspondiente, con quien tuve la oportunidad de conversar (de quien saqué una impresión condicionada a lo irreversible), se ha adoptado conceder, aprobar y adjudicar (mediante opinable procedimiento cursado), el concierto con la Universidad de Barcelona, condicionado a la adjudicación a D. Vicente Lull y su equipo, procedente de dicha Universidad, del encargo concerniente a la actuación del proyecto museográfico y museológico que, conocimos, se comenzaría a ejecutar, redactar y cumplimentar en dicho poblado argárico de La Bastida.

El gran error que padecemos, quienes en menor o mayor medida, tenemos responsabilidades de asesoramiento técnico, se produce (consciente o inconscientemente), en nuestra inhibición a leer todo cuanto pueda interesar a los temas de cierta trascendencia que nos llegan, o, se encuentran publicados y, sin excusa exculpatoria, puestos a disposición de los interesados a través de las autopistas de la información. En la página 125, de la Revista Etnográfica Cangilón núm. 29, de 2006 (fecha visiblemente anterior a dicho concierto con la Universidad de Barcelona), referente al artículo titulado: "Leyenda de la Evolución del Hombre Minero", al final de su capítulo denominado: "La Bastida y un recuerdo a su descubridor", rezaba textualmente lo siguiente:

"Posteriores excavaciones e investigaciones arqueológicas de la zona (La Bastida), y estudios de fondo y forma, procedentes del profesorado de la Universidad de Murcia (referidas a las realizadas por su descubridor, Sr. Inchaurrandieta; continuadas por Cuadrado; Santa Olalla y la prevista por Aragoneses; que han sido heredadas por sus muchas posibilidades de estudio por los profesores, Eiroa; Ayala Juan y Sacramento Jiménez, y, otros muchos interesados), han demostrado la importancia de éste hallazgo de nuestro insigne ingeniero de caminos, que residiera en Totana, y, que la Región de Murcia, debería reconocerle testimonio de su dedi-

cación y esfuerzo infinito para orgullo y prestigio de nuestra tierra. Yacimiento propuesto en la actualidad para ser el centro de mayor relevancia de la cultura argárica en la Región de Murcia, donde diferentes soportes informáticos digitalizados, procederán a presentar: “El Parque Arqueológico Argárico de La Bastida”, a cargo del Ayuntamiento de Totana; y el referente a “La Cultura del Argar. La Bastida”, bajo la responsabilidad de la Comunidad Autónoma de Murcia; Ayuntamiento de Totana; Fondo Europeo de Desarrollo Regional de la Unión Europea y el Organismo: “Crecemos con Europa de la Región de Murcia”; secuenciado, con información histórica, reconstrucción del poblado, forma de vida, agricultura, metalurgia, visitas virtuales, y, todo cuanto puede atraer a su destinatario. Dada la proyección que ha de alcanzar a nivel nacional e internacional, “La Bastida”, considero vital, al igual que comenta el Profesor, Jorge Juan Eiroa, que éste proyecto, sólo tiene sentido de realización, atendiendo justas y rigurosas aspiraciones de rehabilitación (la base se encuentra en el trabajo de Santa Olalla), y, una mentalidad muy ambiciosa, en la que participe un nutrido grupo de especialistas en la materia constituido en Comisión, Multidisciplinar e Interdisciplinar, bajo la responsabilidad de la Consejería de Cultura, y, con el asesoramiento y colaboración de la Universidad de Murcia, y, cuantos colectivos sea conveniente incorporar”.

Lamentablemente, ésta premisa que hemos expuesto, donde se aconsejaba un proceso riguroso y programado, en el que se incorporaran todos los agentes sociales competentes, bajo la vigilancia y supervisión de la Autoridad expresada, quiebra las expectativas del sentido racional inteligible, ya que, como repetiremos una y otra vez, la Universidad de Murcia, ha quedado marginada de tan extraordinaria proyección emergente de primera magnitud relacionada con la museografía de un yacimiento

arqueológico y su exposición museológica, como es el caso al que nos referimos de La Bastida de Totana. Poblado del Bronce II del Mediterráneo, estudiado en profundidad por Martínez Santa Olalla, de cuyo libro, en la actualidad, se nutrirán los expertos catalanes a quienes se les ha encargado el trabajo; al margen de que, puesto que ellos no han evacuado ni confeccionado estudios que se hayan publicado o editado sobre dicho lugar, se tendrán que valer de los documentos existentes pertenecientes a Profesores de la Universidad de Murcia, y, otros que, como los de Cuadrado, hacen imprescindible su uso para aplicar unas líneas que garanticen el éxito del proyecto.

Por ésta razón, no podemos dejar pasar la ocasión de ultimar éste capítulo, con nuestra aproximación y contacto con las sierras mineras metalíferas primitivas de la geografía de nuestra Región de Murcia que tuvieron un marcado protagonismo en las



Poco después de sus trabajos en La Bastida, Julio Martínez Santa-Olalla en uno de sus viajes a Guinea en 1946. (Foto del Museo Nacional de Arqueología).

primeras experiencias humanas sobre metalurgia prehistórica en Europa, introducida desde los pueblos avanzados del Mediterráneo Oriental, refiriéndonos a dos puntos concretos en la Región de Murcia, el que se viene exponiendo, respecto a “La Bastida de Totana”, ubicado en la Rambla de Lébor, defendiendo el espíritu que ocupa éste texto inicial para que, colaborando con el equipo oficial, se pueda incorporar la Universidad, y, como compañero de viaje, el poblado argárico, relacionado con “El Puntarrón Chico de Beniaján”, situado en el Puerto del Garruchal, que, al propio tiempo, se encuentra íntimamente ligado a un desagradable suceso escrito y publicado, que trataremos de explicar más adelante.

Sin olvidar que, todos los márgenes de la Huerta de Murcia, delatan restos de asentamientos del Bronce, como lo demuestran los trabajos de estudio argárico en 1912, en el Cerro de Santa Catalina del Monte en el Verdolay, por Pérez Mateos; y, del poblado argárico de Monteagudo, excavado en 1929, por Sobejano Alcaina, ambos íntimos amigos de Cuadrado Ruiz y Santa-Olalla, más algunos otros restos argáricos encontrados por éstos lares, que nos aporta Pedro Lillo, en su investigación sobre el laboreo metalúrgico en el territorio geográfico de nuestra Comunidad Autónoma de Murcia.

Por tanto, los dos poblados argáricos a fundir en una sola exposición (La Bastida-Puntarrón Chico), como pensó Aragoneses, nos depara una extraordinaria muestra de su principal elemento que les simboliza: la aportación de materiales obtenidos de la metalurgia, arte del beneficio de los minerales, adquirido del conocimiento relacionado con la aplicación de experimentados procesos de aleación realizados mediante metales insertos en las rocas, con la finalidad de su extracción y ponerlos a disposición de su elaboración. Descubrimiento del dominio de la metalurgia que nos retrotrae aproximarnos, según algunas fuentes antiguas, al milenio V a. de C. Sistema consistente en un pro-

ceso de obtención del metal a partir del mineral, cuya operación pasaba por triturado, molido, filtrado y precipitación física (aunque es conocido que en ciertas civilizaciones avanzadas, utilizaron tecnología más compleja para los metales nobles, como el decantado, centrifugación, destilación y secado). El siguiente paso, con la aplicación del fuego, era el fundido del metal, que, previa licuación, se procedía al laboreo del moldeado y forjado. Minerales que, entendemos encontrados gracias a la incesante búsqueda iniciada desde la trashumancia y nomadismo de los hombres de entusiasta capacidad emprendedora, ejerciendo el peinando de los territorios por donde se trasladaban para tras la localización de la materia prima deseada, estudiar el asentamiento de estancia estable más conveniente.

En consecuencia, debemos entender que, el modo y sistema de extender sus traslados por segregación, se basó en la estrategia de un primer reconocimiento del terreno y localizada la masa con indicios metalíferos, cupríferos ó pétreos deseados, y, analizada la capacidad de su extracción de forma continua, presupone procedían a instalar sus comunidades en las laderas mejor acondicionadas de las inmediaciones de la zona, pero siempre cumpliendo los requisitos implícitos de subsistencia, condicionados a encontrar un terreno fértil para el cultivo; fuentes, manantiales y ramblas con agua necesaria para el abastecimiento; y, la comprobación de la existencia de suficiente volumen de las referidas vetas interesadas para sus propósitos de recolección, cuya finalidad consistiría en beneficiar los minerales, como ya conocieron sus antecesores, y, depurar con las artes y técnicas aprendidas, aquellos primeros metales moldeables al fuego, como el bronce, estaño, plomo, cobre, oro, plata, etc., motivo por el que ha identificado la evolución y progreso de ésta cultura con la denominación de la Edad del Bronce, y, por el que consiguieron dar soberanía y poder a sus agrupadas sociedades.

Por tanto, he de reiterar que, éste trabajo, estaba terminado para ser publicado conforme se previó y redactó en un principio, hace casi tres años, dejando al margen los aspectos que se han producido con respecto a la adjudicación de la museografía y museología de La Bastida. Sin embargo, el episodio sucedido durante el último año, ha venido a modificar una de las premisas en las que el texto antes transcrito delata la intención de su mensaje ya expresado antes y publicado en la revista núm. 29 (2006), titulado: “Leyenda de la evolución del Hombre Minero”, sustentando por viable utopía, la base de forma razonada en que la acometida del proyecto de uno de los aspectos de mayor magnitud y trascendencia disponible en la materia, referente a dicha zona en cuestión de “La Bastida”, exigía la recuperación y rehabilitación de la misma, como uno de los puntos primitivos de mayor representación patrimonial minero-metalúrgica prehistórica de nuestra geografía regional, ceñida al enclave de la antigua aspiración de grandes prohombres que ya tenían el trabajo concluido y complementado, sólo a falta de su desarrollo sobre el terreno (Inchaurrandieta; Cuadrado; Santa Olalla; Aragoneses; Eiroa; Ayala Juan; Sacramento Jiménez, etc). En ésta línea, para conseguir emerger el poblado de la Cultura del Argar de éste misterioso y mágico lugar de la Rambla de Lebor de Totana, debía tener un componente inexcusable en el trabajo, la participación en el estudio e investigación de: La Universidad de Murcia.

No se duda de la plausible aportación que Vicente Lull nos entrega al editar su minucioso y complejo estudio de la vida, costumbres, tradiciones, artes, oficios de la Cultura del Argar en su libro, pero nos negamos a admitir algunas licencias de opinión expresadas desde su punto de vista, que a continuación especificaremos, porque la contrariedad que margina a la corriente académica y especializada de Murcia, me ha provocado una alteración

de conciencia, moralidad y ética surgida desde el principio de un sentimiento de decepción. Situación que expongo en virtud de conminación a esgrimir aclaraciones que deben quedar escritas para conocimiento de generaciones venideras.

Para situar el motivo de la reconsideración que solicito a sus responsables, pretendo objetar la extrañeza de un defecto de fondo y forma, ó, cuanto menos de presumible desatino marginal hacia nuestros propios especialistas murcianos y la misma Universidad de Murcia. En concreto hace que se rebele mi sentimiento de injusticia, cuando al adjudicarse la museografía y museología del yacimiento arqueológico de “La Bastida”, y sus edificios expositores, mediante un concierto con la Universidad de Barcelona, representada por un colectivo de profesionales catalanes, dirigidos por Vicente Lull (que seguro serán magníficos profesionales), y, que abogo por la continuidad de su cometido, dejan sin entrada, ni opinión, a nuestros expertos murcianos en la materia; y, peor aún, queda al margen la Universidad de Murcia, de cuya riqueza intelectual y futuros licenciados, respectivamente, profesores universitarios, y, su cantera de alumnos, depende y pierde la oportunidad de generar una doble rentabilidad comunal:

Primera.- Permitir y conseguir la realización de prácticas de alumnado voluntario con interés en la prehistoria, que adquiriría una esmerada experiencia y formación, concretada en la Cultura del Argar, reportando disponibilidad futura de personal especializado en la materia dentro de nuestra Región, que se encuentra en una zona del Sureste con una extensa y profusa generación de yacimientos de la Edad del Bronce.

Segunda.- Se pierde la opción de obtener una mutua colaboración. Por un lado, la prestación gratuita de mano de obra in situ, con la consiguiente reducción de costes de personal obrero adicional o destinado desde Barcelona, y, de otro, fomentar la sensibilidad específica de nuestros alum-

nos en ésta materia, promoviendo el interés de sus practicantes, que, tras sus propias licenciaturas, iniciarían prospecciones y propuestas de proyectos afines en todo el territorio regional, creándose caldo de cultivo para ilusionar y gestar puestos de trabajo en el futuro.

En sendos puntos, me remito al amparo del acertado estudio de mi respetado y admirado amigo, Pedro Lillo Carpio, sobre: "Consideraciones sobre el laboreo de metales como factor determinante del poblamiento del Sureste..." (Revista *Pyrenae*, 15-16, Barcelona, 1979-80, pp. 167-179), argárico, ibérico y romano, acompañado de planos de la Región de Murcia, y localización toponímica de la ubicación de donde se encuentran los distintos yacimientos actualizados de las distintas culturas expresadas, y, que, por su extraordinario interés recogemos el relacionado con el argar, como primera sociedad minero-metalúrgica de explotaciones de criaderos beneficiados en nuestra Región, como fiel testigo que nos facilita y sugiere, con magnífica visión de futuro, la necesaria planificación académica y política, para la formación y capacitación de alumnado universitario, en ésta materia, con la finalidad de viabilizar, en muchos de los puntos argáricos relacionados en su documento, la correspondiente ampliación o continuación de investigación arqueológica, ó, del estudio pendiente de iniciar, de cuyo texto entresacamos lo que reza como sigue:

"Es un hecho evidente que la población del área del sureste está fuertemente condicionada por la existencia de abundantes filones metalíferos. La explotación de estos recursos se pone ya de manifiesto en los albores de la Edad de los Metales, y dará lugar al apogeo cultural de la zona a mediados del II Milenio con la cultura argárica.

La fase cultural, "floruit" de la etapa del Bronce en la zona, es fruto de una serie de factores conocidos entre los que merecen especial mención la metalurgia de aleación y los cultivos intensivos."

También dice: "Lo que demuestra ésta fase del Bronce Medio del sureste es que los procesos de laboreo de metales se hacen prácticamente "in situ" con minerales de la zona. La presencia de notable filones de casiterita y estannina, sobre todo en la franja prelitoral murciana, facilitó la fabricación de bronce (el cobre -malaquita y azurita-, es abundante), y dio pujanza a un área particularmente destacada culturalmente respecto a otros sectores."

Posteriormente indica: "Si observamos la carta de ubicación de los poblados del Bronce en el área murciana, podemos comprobar una distribución regular de los mismos en función, sobre todo, de dos factores fundamentales y frecuentemente simultáneos:

- a) Yacimientos metalíferos de cobre, estaño y plata-plomo.
- b) Área de favorables condiciones de explotación agrícola en el "hinterland" del poblado."

Pero todo ello lo procesa con el propio convencimiento de la conveniencia de mayores estudios y análisis que se precisan, mediante personal técnico en curso de licenciatura universitaria, al que podría dirigirse una ampliación de su preparación y cualificación para profesionalizarle en la materia; impartiendo y desarrollando el trabajo de campo en los lugares respectivos, con los magníficos especialistas y medios con que cuenta la Universidad de Murcia.

En éste aspecto, deja pendiente conjeturas y preguntas que son hipótesis aproximadas, pero que deduce en los sentidos ofrecidos por lo averiguado, debiendo de ser confirmado con el uso inteligente de acometer desde una razonada, lógica y meticulosa investigación científica, la información detallada sobre temas tan interesantes, como responder a exigencias momentáneas o fijar la presencia de restos argáricos en llanura; la estacionalidad y tiempo de ocupación directamente relacionado con las áreas de explotación metalífera; la necesidad de un mejor conoci-

miento y sus motivos, de la fase tardía del Bronce, etc.

Corroborar su opinión con la siguiente cita: “La falta de estudios a fondo sobre ésta etapa cultural es uno de los factores, pero es indudable que su existencia no se debió caracterizar por su esplendor material. Los esquemas que en la fase argárica han sido la base de un notable desarrollo parecen haber sido rectificadas”.

Lo que nos indica, Pedro Lillo, de manera sugerente anticipándose a su tiempo (a éste que vivimos 30 años después), es el campo de trabajo tan inmenso que se encuentra pendiente de abordar para un mejor conocimiento de lo sucedido en aquella etapa tan seductora para la arqueología, intentando hallar el motivo de la desaparición de la Cultura del Bronce Medio del sureste, buscando el factor fundamental que provocó su crisis.

Todo aconseja descartar una supuesta carencia de estaño en el área, porque la presencia en el sureste, de éste metal de bajo punto de fusión (Sn), está netamente constatada por la prospección a lo largo de los siglos de forma minuciosa y exhaustiva, como lo prueba los datos oficiales de masiva producción de éste elemento de la familia del plomo, durante 1906-1909, recogidos por L. de Adaro (Criaderos de hierro de la Provincia de Murcia, Madrid, Imp. Antonio Marzo, 1912, páginas: 191 a 192, y, 237 a 238).

Se podrá argüir una serie de factores circunstanciales adicionales, pero como atestigua y finaliza, Lillo Carpio, con aplastante rigor deductivo y consecuente disciplina aplicada en su relación con el objeto de la duda, el declinar argárico, lo podemos considerar sujeto:

“Quizá entre los factores determinantes hayamos de tener en cuenta los contactos coloniales en otras áreas, sobre todo en la Baja Andalucía, y un envejecimiento de los esquemas válidos hasta el momento, frente a una febril actividad comercial del sur peninsular, inserto en la órbita fenicia.”

Y éste es el reto que debe plantearse el equipo que trabaja en “La Bastida”. De lo contrario: ¿de que sirve, el brillante apunte manifestado y escrito hace treinta años por Pedro Lillo?.

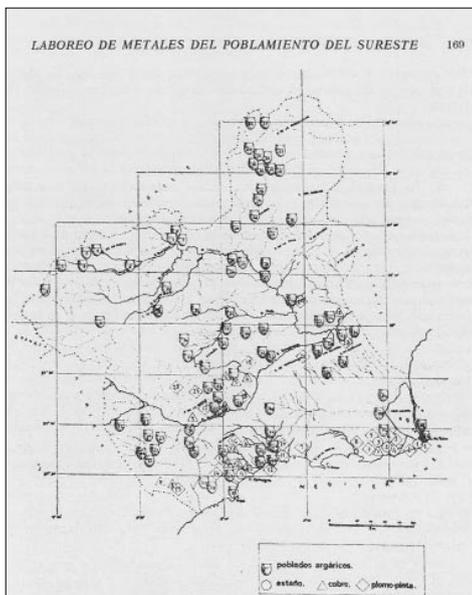
Abundando en el caso concreto y por repetirlo no pierde su excelente interés, traemos a la memoria que, La Bastida, fue descubierta a finales del S. XIX, por D. Rogelio Inchaurredieta; estudiada en la década de 1930, por Juan Cuadrado Ruiz (discípulo aventajado de Luis Siret); investigada profunda, y, extensamente por Martínez Santa Olalla; y, futura expectante pieza fundamental para limpiar y rehabilitar, por expreso deseo de Jorge Aragonese, para llevar a cabo un centro de interpretación argárica a principio de los años 60 (paralelamente con el instante cuando se excava bajo su asesoramiento, y con la dirección de Eugenio García Sandoval, el Puntarrón Chico). Centro, el de La Bastida, que pretendía ser ejemplo en su género, de igual analogía, pese a su tardía construcción en la actualidad, con el edificio y recinto diseñado con el tiempo, bajo los auspicios del propio Aragonese, e, instado bajo la figura investigadora de su alumno preferido, Pedro Lillo, en el Santuario Ibérico de La Luz, que tanto interesó a Cayetano de Mergelina, íntimo amigo y colaborador de nuestro ínclito Director del Primer Museo Arqueológico de Murcia.

Jorge Aragonese, fue el mejor receptor, catalogador y conocedor de todas las piezas acotadas en la carta arqueológica existentes en la Provincia, pero concretamente en lo referente a los poblados argáricos del “Puntarrón Chico” y “La Bastida”. No obstante, desde la fecha que tomó contacto y posesión de su cargo en 1953, y, de la que tendría responsabilidad hasta el año de 1976, aunque los dos últimos años compartió dicha dirección con la Subdirección del Museo del Prado, ejerció con autoridad y firmeza, en toda la panorámica de la carta arqueológica provincial, dando

prioridad y estimulando al profesorado y alumnado de la Universidad de Murcia, a los que sugirió y propuso realizar trabajos de investigación.

SEGUIMIENTO DE LOS YACIMIENTOS DE LA CIUDAD DEL BRONCE II DE LA BASTIDA, Y, DEL PUNTARRON CHICO

En primer lugar, hacer constar que, evidentemente, las pretensiones intentadas por Aragoneses, sobre “La Bastida” (que fueron invocadas por su mentor Santa Olalla), quedaron lamentablemente sobre la mesa para in sécula, ante la emergente y extensa ampliación de yacimientos que apareciendo de forma espontánea, tuvo que poner en vigilancia y puestos en cuarentena de predadores, con los pocos medios con que contaba, por expresa orden de su competencia técnica. En su deseo de fomentar y apoyar la investigación arqueológica, por todo el territorio geográfico de la entonces provincia de Murcia, su ensimismamiento en ésta ardua labor, le precipitó a una trepidante fruición personal ante el devenir de los acontecimientos diarios, mermando cuantiosamente su concentración en obras periféricas puntuales de gran nivel, al quedar desbordado por la recopilación de los hallazgos que trataba de incorporar en la carta arqueológica a la que no le daba abasto poner al día. Como consecuencia -conviene reiterarlo-, debido a los ínfimos y precarios medios con que contaba, apenas atendió los proyectos que tenía in mente, sobre los cuatro centros de interpretación de las culturas más emblemáticas de la entonces Provincia a excepción del árabe que lo fraguó con el “Centro del Museo de la Muralla Árabe de Santa Eulalia”, quedando en sus pretensiones el “argárico de La Bastida”; “el ibérico del Santuario de la Luz” (terminado en los últimos años gracias al trabajo de Pedro Lillo, instado por Aragoneses); y, “el romano de Cartagena”, que en cierto modo va cumpliendo y superando las expectativas previstas por el propio Aragoneses.



Plano de la Región de Murcia donde Pedro Lillo situó los descubrimientos de yacimientos argáricos. 1979.

Trabajo genérico de asistencia muy puntual, el de Aragoneses, que alternó con el específico de instalación de museos, cuyo resultado produjo una absorción de su tiempo y desbordamiento de sus funciones, agravado por la constante saturación de paralelos encargos que recibía desde el Ministerio para instalación de Museos y grandes Exposiciones nacionales e internacionales, no sólo en Murcia, sino en diversas ciudades de España, y, países de Europa.

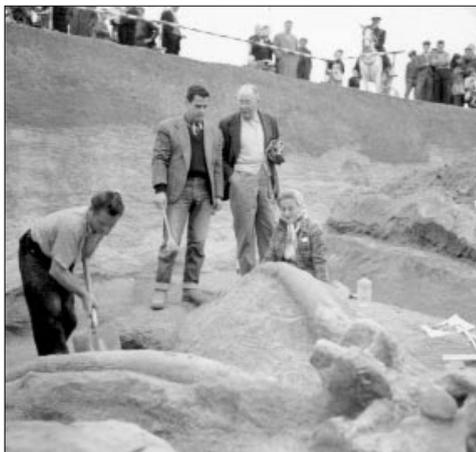
Como nota anecdótica e informativa, Aragoneses nos manifestaba, que tras una serie de conversaciones mantenidas entre Cuadrado Ruiz y Martínez Santa Olalla, La Bastida, fue una excavación de yacimiento mimado por el germanófilo, hijo de un influyente general amigo del Generalísimo Franco. Hay que mencionar que Santa Olalla, fue mecenas de Aragoneses, con motivo de su estrecha relación -durante, y, a finales de la década de los 40 del pasado siglo-, donde ambos coincidieron en el Museo Arqueológico Nacional, y, en el Centro Superior de Investigaciones Científicas,



“La Bastida. Mediterráneo II...” de Martínez Santa-Olalla.

que por aquél entonces dirigía el Marqués de Lozoya, del que sabemos de su mala relación con el primero. Aragoneses, no obstante, hizo uso de sus extraordinarias dotes diplomáticas y mantuvo con ambos una excepcional amistad, a veces, incluso, llegando a conciliar posturas y fricciones que surgían entre la elevada talla de sendos contendientes políticos.

Cuando Aragoneses, tras su magnífico y laureado éxito en la instalación del



La prolífica labor de Martínez Santa-Olalla se vió extendida en todo el territorio Nacional. Excavaciones del elefante de Orcasitas (1959). Archivo Museos de Madrid. Orígenes.

Museo Arqueológico de Oviedo en 1949-1951, regresa a Madrid al Museo Arqueológico Nacional, además de colaborar con el C.S.I.C., y, sus altos cargos, se interesa por Murcia, que visita en 1952. Debido a que la plaza de responsable del Patrimonio Histórico Artístico estaba vacante, es propuesto para ocupar el cargo, del que toma posesión en 1953. Una de las primeras visitas recibidas fue la de Martínez Santa Olalla, director de la campaña y coautor de la publicación estrella más importante que se haya realizado en todos los tiempos sobre La Bastida, cuyo título corresponde a: “Excavaciones en la ciudad del bronce mediterráneo II, de la Bastida de Totana (Murcia)”, subvencionado todo por el Ministerio de Educación Nacional. La llegada de Martínez Santa Olalla, a la toma de posesión de Aragoneses en Murcia, tuvo la sola intención de entregarle un ejemplar firmado personalmente de dicha publicación (Aragoneses me contó de la recepción de una extensa entrega de fotos inéditas; planos por cotas de ladera que no se habían recogido en la publicación del libro; puntos descubiertos de azurita, malaquita, argenta, cuprita y calcopirita,



Martínez Santa-Olalla en el centro sentado agradece al capataz de los trabajos de excavaciones arqueológicas el esfuerzo humano del equipo realizado durante el verano. (Foto del Museo Arqueológico Nacional. Madrid).

en las cercanías y Sierra de la Tercia, y, la situación de las coordenadas de las fuentes de agua, zonas de cultivo, etc., que surtieron al poblado de La Bastida), a la vez que le interesaba encarecidamente, que, tratara de buscar las posibles estaciones de petroglifos pendientes de descubrir en la zona, y, se preocupase por la puesta en valor de dicho poblado de La Bastida.

Aragoneses visitó La Bastida, primero con Santa Olalla, y, posteriormente, tras otros descubrimientos que aparecerían en las inmediaciones de la Rambla de Lébor, y, de los hallazgos arqueológicos en diferentes puntos del término municipal de Totana. Prueba de ello y como anécdota, es que, de mis contactos con Aragoneses (durante mediados de la década de los 60, ya mantenía estrecha relación de amistad con mi familia), y, cuando en los años 80, se me encarga la responsabilidad de la Dirección del Museo de la Huerta (él fue el Director de ubicación e instalación de dicho centro), me puse en contacto personal con él, por el entrañable cariño que le deparaba todo lo concerniente con Murcia, siendo su primera indicación –como ya adelanté-, conducirme, por medio de una llamada de teléfono, hasta unas estanterías que utilizó personalmente en su día en éste centro museístico, donde entre otros muchos enseres, en un saquito había depositado una serie de fragmentos pequeñitos de cerámica del poblado de La Bastida, que todavía conservo en mi poder.

Y en honor a la verdad, debo aclarar la situación de malestar generada en Aragoneses y García Sandoval, que ya hemos adelantado antes, cuando en la década de los años 80, procedente de una persona desconocida para ellos y estudioso de lo argárico, residente en Cataluña, publica “La Cultura del Argar”, donde en el apartado del “Puntarrón Chico”(*), hace mención de ambos arqueólogos, de una manera, que pudiera interpretarse poco elegante, despectiva y falta de respeto. Es aquí, cuando la justicia me obliga a defender y proteger el prestigio, honorabilidad y profesionalidad de Aragoneses.

(* *Nota aclaratoria.* Aragoneses, a los pocos meses de leer: “La Cultura del Argar”, publicado por Vicente Lull, me informó, tras conversar con Eugenio García -el primero residía en Madrid y el segundo en Mérida-, que se desplazarían sobre el propio terreno con la finalidad de ampliar los informes de las campañas de 1962-63, tratando de aclarar una serie de presunciones del autor del libro, en relación con lo evacuado por ellos sobre el “Puntarrón Chico”, para proceder a su contestación. Pero realmente, la avanzada edad de ambos, sus achaques de salud, y, la lejanía de sus domicilios, impidió tal iniciativa. No obstante, Aragoneses, durante los contactos que mantuvimos personalmente por teléfono, me puso en antecedentes de todas sus intenciones, y, dándose cuenta que le era complicado venir a Murcia (me dio a entender que Eugenio había renunciado a acompañarle), quizá hacia 1985, me pidió que me encargara de realizar las visitas oculares por todas las zonas al Este y al Oeste del Puntarrón, para tratar de encontrar signos, símbolos, etc. Él, que era profundamente metódico y meticuloso, me definió la búsqueda, según quiero recordar, así: “...trata de localizar grandes losas o bloques planos en zonas altas al Oeste y Este del “Puntarrón Chico”, si puedes limpiar un poco, y, sobre ellas podrían aparecer grabados o incisiones, general-



"Petroglifos del Cañejar en el Valle Lunar, al Sur de la Cresta del Gallo".

mente profundos y anchos, iguales a los rupestres de los que se tiene constancia en Galicia. Depósitos o receptáculos que allí se han aplicado acreditadamente a la Edad del Bronce. Con ello demostraremos a Lull, que más que opinar, hay que actuar".

Sin duda, con el descubrimiento, si se producía, quería

hacer patente su instinto de experiencia y conocimiento adquirido de su relación con Mergelina y Martínez Santa-Olalla -auténticos expertos en la materia, que a la vez fueron amigos de Juan Cuadrado Ruiz discípulo de los Hermanos Siret, en especial de Luis-, y, que el mensaje de intención que debía desprenderse de los informes sobre las excavaciones del "Puntaron Chico", leídos y mencionados críticamente por Lull (atrevida opinión, poniendo en duda la profesionalidad de Eugenio y Aragoneses), inducían exclusivamente a dejar constancia en esa época, por parte de ellos, de la necesidad de reclamar la atención en el futuro, de una mayor intervención arqueológica y prospectiva de la zona del Puerto del Garruchal y sus inmediaciones; pues, evidentemente, en aquél tiempo cuando ellos altruistamente cumplieron el trabajo, estaban condicionados a la precariedad y escasez de medios y lo abrupto del lugar, concluyendo con el impedimento indeseado de realizar el estudio con las garantías y confianza que el hallazgo exigía.

He de reconocer que, pese a su insistencia, fui remiso y perezoso durante algunos años, pues sólo hice algunos tímidos intentos de paseo, andando por los lugares más sencillos y fáciles de recorrer. Sería en 1992, con motivo de la Expo de Sevilla,

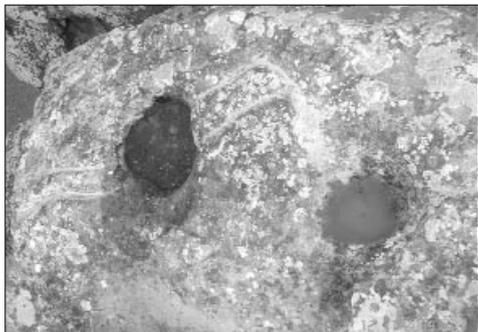
durante la semana que bajo mi dirección, el Museo de la Huerta y la gastronomía de Murcia, ocupó las instalaciones del Pabellón de la Región de Murcia, cuando Aragoneses me visitó, y, ambos conversamos largamente. Allí me comprometí, para conforme dispusiera de tiempo libre, seguir las instrucciones interesadas anteriormente. Pero aún así, pasaron varios años hasta volver a retomar el compromiso. Quizá sería en 1996 o 97, cuando me lo tomé en serio. Ahora soy consciente que era desesperante no encontrar nada. Por ello me decidí por tomar apuntes sobre las ramblas, fuentes y manantiales de la Sierra del Carrascoy, relacionándolas íntimamente con los distintos asentamientos humanos estudiados en dichos montes, que, con el tiempo, sirvieron, años más tarde, para llevarlos en síntesis, a sendos artículos que se llevaron a la Revista Cangilón, y, que se publicaron en 2001 y 2002.

La sorpresa ocurría creo recordar a finales de 1999. Fue el instante que me tropezaba en la zona de Los Cerillares, con la estación de losas conteniendo cazoletas de distinta índole, que por ser mi primer contacto con éste tipo de grabados, y, la que consideré ubicación excesivamente lejana del Puntarrón, puse en cuarentena.

Pero lo que lamento profundamente es no haber podido entregar ésta primera aportación visual a D. Manuel Jorge Aragoneses, para que me asesorara, pues desgraciadamente había fallecido muy poco



Bloque I. Petroglifo de Los Cerillares.



Bloque II. "Petroglifos de Los Cerillares, tras un día de lluvias".

antes. Qué extraña casualidad, pensé, mis pies y un sentido extraño de la orientación me han llevado a encontrar algo que podría tener relación con lo buscado, justo cuando él ha desaparecido.

Un par de años más tarde, también de forma casual, encontraba las del Cañejar en la Rambla Lo Serrano, y, años después, las del Cabezo Pascual en el Puerto del Garruchal, justo frente al mismo Puntarrón Chico. Ésta última estación de inscripciones, tan próxima, y, a la vez, tan tardíamente localizada.

Del estudio de las tres estaciones descubiertas, en el que hemos trabajado, J. F. Jordán Montes; Emiliano Hernández Carrión, y, quien suscribe, se ha confeccionado un informe detallado, como ensayo de interpretación de los significados y vinculación con yacimientos del Bronce, que será publicado en la Revista Verdolay.

Me refiero al derecho de exponer la triste anécdota que molestó y enfadó a Aragoneses, quien me dijo, que estaba descontento con lo escrito sobre ellos por el Sr. Lull: "...más por entender, de la presunta incapacidad que manifiesta su autor en la descripción expuesta sobre nosotros, que por su experiencia en el campo de lo argárico, que no se duda, pero que todavía deja que desear" (era aproximadamente 1984). Dicha contrariedad de Aragoneses, en esas fechas, se produjo tras unas conversaciones mantenidas con Eugenio Gar-



De izquierda a derecha: Juan F. Jordán; Ángel Luis Riquelme y Emiliano Hernández, en labores de mediciones de la Estación de petroglifos del Cañejar.

cía Sandoval (éste último entonces estaba dedicado a su espectacular descubrimiento: "El Mosaico Cosmológico de Mérida", uno de los hallazgos arqueológicos más importantes del mundo romano en España). El motivo de dicho diálogo consistió en el conocimiento llegado a ambos sobre la publicación del libro, titulado "La Cultura del Argar", de Vicente Lull (para ellos un perfecto desconocido), texto que recopilaba todos los textos en materia argárica del Sureste español, existentes en los fondos bibliográficos, documentales y archivísticos, y, además, dando opinión, aconsejando y expresando su parecer con respecto a directrices inadecuadas adoptadas por los encargados de algunos yacimientos, entre el que se encontraba el ya citado de "El Puntarrón Chico", excavado bajo la dirección de García Sandoval y Jorge Aragoneses, dejando insinuante incapacidad en lo referente al trabajo que ambos lleva-

ron a cabo en dicho lugar. En concreto, referido a una reseña comentada y dirigida a criticar las campañas realizadas en el Puntarrón Chico, induciendo por entender sobre la precaria imagen de insuficiente responsabilidad en la redacción y transcripción escrita de las funciones ejercidas por los citados arqueólogos, que no agradó a sus destinatarios: Sandoval y Aragoneses.

Lo que más provocó el malestar de los técnicos, encargados en su día de las excavaciones del “Puntarrón Chico”, fue que, el autor de la publicación de “La Cultura del Argar”, además de atreverse a opinar y dar consejo a los especialistas y profesionales que realizaron los trabajos arqueológicos, cuyo análisis, sin duda, lo emite con inocente rigor, lo hiciera a toro pasado y desde una mesa de despacho. A los interpelados, Aragoneses y Sandoval, les habría gustado que se hubieran puesto en contacto con ellos, para aclararle algunos aspectos que no terminó de comprender.

De tal menester, Jorge Aragoneses y García Sandoval, para justificar aquel presumible atropello profesional hacia ellos, llegaron a la conclusión, de que, lo ocurrido estaba dentro del hipotético caso, donde el autor, que comenzaría por una mera curiosidad de aproximación a lo argárico, se dio cuenta que había obtenido una importante recolección documental, que le pudo dar la idea de convertirla en un libro. Es evidente que tras la consecución en su poder, con un gran esfuerzo, sin duda, del contenido del listado redactado por los directores y responsables de todos los informes evacuados en relación con lo argárico del sureste español, se decidió por vaciarlo en el texto referido. Por tanto diremos que, el libro “La cultura del argar” del Sr. Vicente Lull, es el resultado consistente de la compilación de los informes y documentaciones emitidas en campañas o estudios arqueológicos, resumiendo, deduciendo, manifestando y obteniendo resultados en relación con la íntegra documentación recopilada. Por lo tanto, cual

conjunto de datos, los vació con el aporte de su visión personal de cada caso, ante el exclusivo valor científico que había detectado desde el punto de vista del descubrimiento por el arqueólogo ajeno a él, facilitando el conocimiento del inventario extraído dentro de éste exclusivo ejemplar confeccionado. Lo peor de la cuestión es cuando, Lull, arrogándose de experiencia y sabiduría, en algunos casos por exceso de celosa superioridad, emite comentarios, críticas y aclaraciones, en donde (quizá en aquellas fechas influido por su todavía lozana e impulsiva juventud), pone en tela de juicio los procedimientos y actuaciones llevadas a cabo, y, me referiré como he comentado, en especial, a las que atañen al caso del Puntarrón Chico.

Como adujo Aragoneses, no se pueden entender los comentarios marginales y despectivos del Sr. Lull, hacia ellos, en el libro de “La Cultura del Argar”, cuando además es impreciso en los propios datos que expone, como por ejemplo:

a) Expresa en su primer párrafo (página 342) que el yacimiento se excava por primera vez por García Sandoval en 1961.

Pues no es así, es en 1962. En 1961, se recibe la información del descubrimiento y se hacen las prospecciones por Aragoneses.

b) Indica que se sitúa en la altitud de los 253 metros (realmente, precisando las terrazas del yacimiento se encontraban entre los 249 y 256 m. s.n.m.).

c) Así mismo dice que: en donde se asienta el poblado argárico puede observarse la Vega del Segura.

Pues tampoco, la Vega, se divisa exclusivamente desde la cima del Puntarrón, a 369 metros sobre el nivel del mar.

d) Concreta que la Rambla del Garruchal, dista del Guadalentín, 3 kilómetros.

Es evidente que Lull, desconoce el proceso de canalización del Guadalentín, desviado hacia el lateral Sur de Murcia, durante el S. XVIII, mediante la creación de un nuevo curso canalizado con la cons-

trucción del Reguerón, que es el cauce al que se refiere. En su origen primitivo, el Río Guadalentín ó Sangonera, desembocaba en el Segura, procedente de Sangonera La Verde, a la altura equidistante entre las pedanías de Puebla de Soto y el Rincón de Seca, a unos 16 kilómetros del inicio de la carretera del Puerto del Garruchal, y, unos 20 del Puntarrón Chico.

e) Hace una referencia, orientando al Sur los vestigios de casas y tumbas hacia el pie de monte.

Se supone que otro error por su parte, porque, el “piedemonte”, se encuentra al Norte del poblado.

f) Expresa que la mayor dificultad, y, ésta dice: “insalvable”, es la publicación aparecida de la excavación, y, además presume, de estar “finalizada al parecer” en 1963.

Que contrasentido. De no haber estado publicada, no habría tenido acceso a ella y no la habría conocido. No Señor, además, no sólo, no estaba acabado el trabajo, sino que faltaba por estudiar algo que desconocía de su existencia el Sr. Lull. En el informe, no se dice que en la cima del Cerro del Puntarrón existen dos importantes puntos, todavía hoy día pendientes, para seguir la investigación:

1. Restos de una construcción ovalada, supuestamente argarica, que corona la parte Este del Cerro.

2. Junto a dichos restos, se sitúa una sima de unos 20 metros de profundidad, que, augura en sus fondos, material y elementos relacionados con la Edad del Bronce.

g).- Y finalmente, para “consagrar” la conclusión de su instinto, al final del penúltimo párrafo referido al “Puntarrón Chico”, expresa textualmente: “El hallazgo de un molde para fundición de punzones nos testimonia que al menos la fusión del metal se realizaba in situ, lo que contrasta con la inexistencia de filones cupríferos”.

Pues sí, Sr. Lull, Aragoneses y García Sandoval, tenían localizadas vetas de azurita, malaquita, galena, argentita, cuprita,

pirita y calcopirita, en unas minas prehistóricas a cielo abierto, localizadas en las inmediaciones montañosas de Columbares y Los Mamellones (muy cerca de allí). Minerales, al igual que los existentes en el centro minero de Medina-Lorca, mencionado por Xamsedín, que alguno de éstos, como la azurita, los confundió con “lapis-lázuli”. De lo contrario, ¿qué sentido tenía el haber ubicado, sus pobladores, el importante asentamiento argarico, que emergió con la excavación, en éste lugar?. Es más, si les hubiera preguntado directamente a Sandoval, ó, Aragoneses, seguro que gustosamente le habrían informado del lugar donde extrajeron el material sus usuarios para fundir muchas de las piezas encontradas.

En realidad la enorme importancia del estudio e investigación del yacimiento, era el comienzo de un trabajo al que, Aragoneses, le hubiera gustado terminar como el realizado por Santa-Olalla sobre La Bastida. No fue posible a consecuencia de las causas expresadas antes, y, otras de mayor envergadura, que, no procediendo mencionar aquí, impidieron su realización.

Pero es más, disponían también de plena información sobre la ubicación de las fuentes de agua; los lugares empleados para el cultivo; y, en especial, un punto concreto de posible reunión o de ritual, cuya geometría era circular y su longitud señalada por piedras, semejante al que se encuentra situado a la entrada del poblado de “La Bastida”. ¿Quiere más información?. Sólo habría sido suficiente con que se hubiera puesto en contacto con cualquiera de los dos técnicos que estuvieron a cargo de las excavaciones.

ACLARACIONES Y PUNTUALIZACIONES

Y como es necesario comentar algunas de las apreciaciones del Sr. Lull, con respecto a lo expuesto por Aragoneses y García Sandoval, que fueron quienes realizaron la excavación del Puntarrón Chico, nos

referiremos a las siguientes “perlas” insertadas por el Sr. Lull en su libro:

1) Página 344. Conclusiones. Párrafo segundo: “En los informes arqueológicos..., existen muchos errores, omisiones y contradicciones que desvalorizan considerablemente el yacimiento...”

Todo ello es discutible, pues su intento de escrutar negativamente lo extraído, se basa en comparar el plano confeccionado por los responsables del yacimiento y sus respectivos informes. Lo que desconoce es la situación de imprenta a la que se sometió la publicación en aquella época (1963-64), lamentablemente, sin la posibilidad de las correcciones que hubiera exigido una mayor y más completa exactitud y rigurosidad sobre los informes evacuados.

2) Página 344. Conclusiones. Párrafo tercero: Dice lo siguiente: “Otras contradicciones con las que nos hemos encontrado son las siguientes”. A continuación enumera todo lo que considera paradójico.

No creo que sea necesario rebatir cada uno de los puntos que expresa, puesto que, en parte, los informes, deducen por lo que manifiestan: no por lo que intenta obtener el análisis del Sr. Lull para criticar; sino para dejar constancia de la sencilla excavación efectuada, aspirando con ambición a una profunda y extensa prospección y búsqueda de lo íntimamente ligado a dicho poblamiento argárico del “Puntarrón Chico” Pero aún así, no le da derecho, sin averiguar las causas procesadas en la complejidad de los trabajos, acometidos con la imprevisible alternancia de la modificación del terreno por parte de la propiedad (en aquellas fecha se cultivaban cítricos con una gran producción); la presencia de incursiones desconocidas; depredadores furtivos, e, intrusismo agrícola aleatorio a lo largo y durante los dos años de campaña (situación que no se pudo controlar en razón de la imposibilidad económica y financiera de montar e instalar permanente vigilancia en el lugar), llegando a escribir en la página 346: “... datos empí-

ricos con que contamos y como se observa resultan difíciles, por no decir imposible, de tabular, *desvalorizando el yacimiento casi por completo*”, poniendo en duda el prestigio de tan eminentes y eruditos personajes como fueron: Aragonese y García Sandoval.

Tras éstas líneas que se han subrayado escritas por Lull, creando estupor y asombro para los interpelados, Aragonese y Sandoval, sugiriendo la descalificación del trabajo, al dar a entender que, debido al procedimiento arqueológico realizado en la excavación el yacimiento queda desvalorizado casi por completo, habrá que esperar a la conclusión del suyo, encargado en “La Bastida”, de obligada supeditación a lo presentado por Inchaurrendieta y lo publicado sobre las “Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II” (Martínez Santa-Olalla), donde otros tantos especialistas en la materia han dejado su impronta escrita, y, a la que tendrá que recurrir de forma imprescindible, si además de querer sacar conclusiones museográficas y museológicas, desea aprender el proceso seguido a lo largo de más de ciento treinta años de investigaciones del lugar y sus inmediaciones.

Como explicarle al Sr. Lull, que, el yacimiento del “Puntarrón Chico” fue extorsionado y sometido a diferentes labores por la propiedad y la piratería depredadora, pero sin embargo, no sin poco esfuerzo y tesón, se pudo extraer uno de los más ricos legados patrimoniales de la cultura del argar, y, que obra en las salas de exposiciones del Museo Arqueológico de Murcia. ¿Qué más se puede pedir de aquél tiempo?.

Bueno, no requiere contestación. La respuesta, como dice, se encuentra en la riqueza expuesta dentro de los fondos argáricos del “Puntarrón Chico” en el Museo Arqueológico de Murcia.

En fin, sin necesidad de continuar en aclaraciones y rectificaciones dirigidas hacia el trabajo incluido por el Sr. Lull en su libro “La Cultura del Argar”, respecto al

Puntarrón Chico (tendríamos que realizar otra averiguación comparativa, con el resto de textos de los que extrae conclusiones y hace referencias, para comprobar que éste caso ha sido una excepción), es evidente que el estudio realizado tratando de escurriñar lo emitido por Aragoneses y García Sandoval, produce una serie inconcreta de aportaciones y valoraciones, que, a quien deja en entredicho es al “impreciso” afinamiento descrito por el propio autor de la publicación sobre la cultura argárica.

El sólo mérito de altruista esfuerzo y sacrificio de los que participaron en aquella aventura arqueológica del Puntarrón Chico (1*), demostrado por sus responsables y personal alumno, haciendo el trayecto andando muchos de los días desde donde les dejaba cada día, el autobús en la aldea de San José, hasta llegar al inhóspito y hostil yacimiento arqueológico de la ladera del cerro del “Puntarrón Chico”, les concede una distinción y tratamiento que no se refleja gratamente en los comentarios descritos en el libro de Lull. Pero además, en aquellas fechas, sin medios, ni ayudas, ni subvenciones, ni contratos, ni recepción de apoyos de organismo oficiales, etc., etc.), todavía acredita en mayor medida, a los responsables aludidos de las excavaciones, para estarles agradecidos y profundamente reconocidos.

«(1*) Se lo podemos preguntar todavía hoy día, a Doña Matilde Escortell Ponsoda, discípula predilecta de D. Cayetano de Mergelina, que participó en sendas campañas arqueológicas, estrecha colaboradora de Aragoneses y García Sandoval, y fuera de toda sospecha, pues su acreditada y probada reputación profesional, exdirectora por jubilación del Museo Arqueológico de Oviedo durante 30 años, es de aplastante evidencia».

Manifiesto sistema diferente al que se produce en la actualidad, donde se hacen contratos millonarios, para realizar éstos trabajos, y, donde el propio Lull, ha sido beneficiado, por supuesto ¡válgame el

cielo!, porque se ha considerado su especial experiencia, y, en virtud –según comentario desde el Servicio de Patrimonio Histórico de la Dirección General–, de ser el único que ha presentado proyecto. Vaya justificación más extraña. Señores míos, el proyecto exige a la Administración sacarlo a concurso, por lo cual: ¿no se habrá optado por una adjudicación o concierto con defecto de forma?. El tiempo nos lo aclarará.

No obstante, dejo el tema sin terminar y sobre la mesa, por si alguien desea contradecir, aclarar, depurar, matizar o ampliar, cuanto ha quedado planteado, sin perjuicio de que llegado el caso, ofrecer una mayor información sobre la cuestión, que daría muchas páginas para escribir.

Ante lo expuesto, quede claro dos aspectos:

Primero: Que la adjudicación de los trabajos concertados con la Universidad de Barcelona, sobre museografía y museología de La Bastida, a un equipo determinado enclavado fuera de nuestra Región -en éste caso coincide la figura de Director en D. Vicente Lull-, dejando al margen y exceptuando a nuestra Universidad de Murcia, producirá un presumible perjuicio a su conservación y mantenimiento ulterior.

Segundo: La ausencia de distintos especialistas en la materia de nuestra Región, además de la falta de presencia de profesorado y alumnado universitario murciano, deja un vacío de conocimiento e información sobre lo realizado en quienes tienen que recoger el testigo y herencia de cuanto suponga incorporarse o intervenir en las labores que demandará la continuidad del servicio previsto de apertura pública de las instalaciones que se desarrollan, al aire libre y edificios de museografía y museología proyectados; sin perjuicio de la merma experimental que se ocasiona a los próximos licenciados de prehistoria que pudieran estar interesados en el futuro, dedicándose el estudio de la cultura del argar, en el resto de la Región.

SIERRAS MINERAS DE LA REGION DE MURCIA

Por éstas razones, no podemos dejar pasar la ocasión de ultimar éste capítulo, con nuestra aproximación hacia las sierras mineras de nuestra geografía de la Región de Murcia que tuvieron un marcado protagonismo en las primeras experiencias humanas sobre metalurgia prehistórica en Europa, introducida desde los pueblos avanzados del Mediterráneo Oriental, hacia -como denominó Santa-Olalla-, “boya de amarre de los orientales... en las queridas provincias de Almería y Murcia”. Conocimiento adquirido relacionado con la aplicación de experimentados procesos de aleación realizados con los minerales extraídos de las rocas, descubriendo mediante el sistema del fundido de aquellos que respondieron al fuego, al proceso del moldeado y forjado de los metales. Minerales que, entendemos fueron buscados y encontrados inicialmente por la trashumancia y nomadismo de los



El Sureste español Boya de amarre de los orientales por su valor mineralógico para la metalurgia.

hombres de incesante capacidad emprendedora, ejerciendo el peinado de los territorios por donde se trasladaban para tras la localización de los materiales deseados estudiar el asentamiento más conveniente.

En consecuencia, reconocido el terreno y encontrada la masa con indicios metalíferos o pétreos deseados, de forma continua, una y otra vez, procedían al asentamiento de sus comunidades en las laderas mejor acondicionadas de las inmediaciones de la zona, pero siempre cumpliendo los requisitos implícitos de subsistencia, condicionados a encontrar un terreno fértil para el cultivo; fuentes, manantiales y ramblas con agua necesaria para el abastecimiento; y, la comprobación de la existencia de suficiente volumen de las referidas vetas líticas reconocidas para sus propósitos de recolección, cuya finalidad consistiría en beneficiar los minerales, como ya conocieron sus antecesores, y, extraer con las artes y técnicas aprendidas, aquellos primeros metales moldeables al fuego, como el bronce, estaño, plomo, cobre, oro, plata, ó, hierro, motivo por el que consiguieron dar soberanía y poder a sus agrupadas sociedades.

Viajeros de procedencia indefinida. Creadores de su incierto destino. Inteligencia desarrollada para la supervivencia tras haber superado la habilidad de la convivencia en grupos comunales, dependientes de una forma de vida cazadora y recolectora dominando la técnica de la metalurgia, hasta el extremo de ser una de las funciones vitales de su identidad, idiosincrasia y comportamiento social. Sin duda, la Edad del Bronce, marcó el momento de la división de las funciones laborales del individuo. Significando, la primera segregación de las tareas estrictamente productivas en comunidades humanas al crearse la figura especializada del artesano metalúrgico, que sería pagado y nutrido con los productos excedentes del trabajo obtenido por la recolección del agricultor y ganadero de su contemporaneidad. Éste tipo de sociedades,

evolucionaron y se desarrollaron al amparo de ésta específica técnica de la consecución del metal que revalorizó y reconoció el carácter potencial de sus integrantes, permitiendo, además de elevar la calidad doméstica y suntuaria, producir elementos metálicos, no sólo para fines propios, sino para ser motivo de supuestas transacciones con otras comunidades de la época, y, en donde en nuestra Región, tenemos una fuerte implantación de yacimientos, cuyos asentamientos están marcados por las condiciones anteriormente enumeradas.

Como se decía al comienzo, el artículo que aquí se presenta en éste número 31 para el 2008, se terminó de redactar a mediados del año 2006, comprometido para insertarse en el siguiente de 2007 en ésta Revista Etnográfica de Cangilón, como continuación de dos aportaciones anteriores (números 28 y 29, 2006). Éste trabajo de hoy, constituye, como dijimos al inicio, una tercera entrega correspondiente a la investigación genérica, cuya concepción inicial pretendía la elaboración de un libro recopilatorio sobre ésta sugerente materia, la arqueología industrial y la metalurgia desde tiempos prehistóricos hasta nuestros días en el Sureste Español, materia que en los últimos 20 años ha despertado de su letargo gracias a diversos colectivos investigadores, ecologistas, particulares y personajes defensores y protectores de su valor empírico, y, por supuesto, al entendido sentido común sobre la importancia que nos depara la temática de la que hablaba en la primera entrega, y, donde se hacía constar el capital patrimonial disponible de proteger y defender, desarrollado a lo largo de la historia de la hoy Región de Murcia. El trabajo que ve la luz en éstos tres artículos aportados, aunque es una síntesis de lo que se pretendía en ambicioso proyecto para publicar (todavía pendiente de una decisión de realización ampliable), se comenzó a trabajar y redactar durante los primeros años de la década de 1970, con las anécdotas que surgieron

durante unos días de verano (contadas en la primera entrega, núm. 28), cuando pasaba las típicas vacaciones en familia en las playas de la Bahía de Mazarrón.

Pero la imponderable atención del acontecimiento que tuvimos que cubrir referente a nuestro homenaje al Tricentenario de Salzillo, el año 2007 (2*), impidió su inclusión por falta de espacio, en la revista correlativamente anterior, o, sea la núm. 30, dejando advertida información en el anuncio que se indicó en el pie del Sumario de la primera página de dicha Revista Cangilón, que, ante la imposibilidad de publicación sería transcrito en ésta que hoy tenemos en nuestras manos relativa al número 31.

«(2*). Quien ha tenido la oportunidad o el deseo de dar lectura al trabajo que sustituyó en la revista núm. 30, a éste que se entrega de “Sierras Mineras...”, ambos de éste dicente, podrá detectar nuestra voz inconformista defendiendo el rigor del dato y las actuaciones examinadas desde la injusticia cometida, y, que reiteramos nuevamente al considerar conveniente dejar constancia de nuestra posicionada aclaración documental y probada hipótesis expresamente desarrollada en el texto dedicado al Maestro imaginero, donde entre peticiones y otras extractadas contribuciones (la referente al estudio del ADN de los huesos de la familia Salzillo, hemos conseguido se atienda el estudio por parte del Ayuntamiento de Murcia), nos centramos e insistiendo en un vidrioso tema, acerca y con respecto a lo sucedido en relación con una presunta apropiación indebida de la foto relativa al certificado de bautismo de Nicolás Salzillo, cuyos autores fueron Zacarías Cerezo y Remigio Tolmo. Foto aparecida en el primer Catálogo de la excelsa exposición, y que hizo de suya, Dña Isabela Di Lido, designada para un trabajo concreto de investigación encomendado por la organización del evento. El aporte de la foto es la fuente acreditativa del descubrimiento de uno de los enigmas más bus-

cados por los especialistas en materia de bellas artes, desde Cea Bermúdez a finales del S. XVIII, pasando por Baquero Almanza; Sánchez Moreno; y, hasta el propio José Crisanto López Jiménez, que trató en colaboración con Aragoneses, indagar y averiguar a través de distintos directores de museos y profesores de la ciudad de Nápoles y Capua, el lugar y fecha exacta del nacimiento de quien fuera el progenitor y ejemplo a seguir por nuestro ínclito escultor universal. Quien esté interesado en la vida de Francisco Salzillo, y, su padre Nicolás, puede leer dicho artículo que le facilitará una información inédita de la que seguro disfrutará».

La página wep "Patrimur.com", nos proporciona una valiosa información sobre la ausencia de la cultura metalúrgica del argar, en las poblaciones de nuestra Región de: Fuente Álamo; Torre Pacheco; San Javier; San Pedro del Pinatar; Las Alcázares; Alcantarilla; Las Torres de Cotillas; Alguazas; Ceutí; Lorquí, Villanueva del Río Segura; Campos del Río; Ojós; Blanca y Albuñete. Sin embargo, nos indica que la mayor concentración de asentamientos del argar se encuentran situados en los municipios de Lorca; Jumilla; Mula; Puerto Lumbreras, Totana y Murcia. El resto de las localidades sin nombrar, detectan en mayor o menor medida, la disposición de yacimientos que avalan la importancia de dicha cultura humana en la actual Región de Murcia, como extensión de todos los descubrimientos en materia argárica, hallados en el territorio del sureste español.

TARTESSOS, ¿INFLUJO DEL ARGAR?

La pregunta produce un sentido provocador, pero sin la audacia del ingenio y la creatividad, nunca habríamos llegado a nuestro estado del bienestar y del conocimiento. Y esa postulación por averiguar uno de los grandes misterios desde donde nos contempla la historia, es mantenida con el constante desvelo que nos ha ofreci-

do con creatividad e inteligencia, con estudios y metodología de disciplinado fundamento y razonamiento, y a lo largo de toda una etapa de intenso trabajo sobre el particular, nuestra respetada y admirable investigadora, y, mujer de indiscutible ciencia, Dña. Nuria Sureda Carrión.

Olvidados en el tiempo, pero pendiente de que la ciencia, representada por el hombre que investiga -a quien actualmente se le retribuye espléndidamente en euros para que nos consiga respuestas-, se encuentran los trabajos de Sureda Carrión, elaborados a principio de la década de los 70, con detallado y fascinante cocimiento, en relación con la pregunta de éste capítulo.

Para entrar en materia, diremos que hablar de Tarsis, cuyo gentilicio lo tenemos en tartessos, es atribuirles el sentido pleno de la minería y la metalurgia a gran escala para conseguir la mucha riqueza y tesoros que lograron aquilatar. O sea, es la "cultura del metal", "la búsqueda del criadero metalífero", y, de la "creación de fundiciones", conforme propone en 1941, W. F. Albright. Pero ésta profesionalización, habrá que encontrarla en su procedencia, ya que en 1959, Ulf Tackholm, explica que aun prescindiendo del significado y término de "fundición", lo que hay que centrar es el significado de Tarsis, que por su mucha cita documental, convendría entenderla como "... la Tierra de las Piedras Preciosas, Oro, Plata y Perlas", que sitúa en el perímetro del Mar Rojo, cuyas regiones colindantes, en la antigüedad, fueron extraordinariamente ricas en estos materiales y metales, asegurándose que, de la explotación de éstos tesoros, se tiene constancia por la nave enviada por el Rey Salomón.

Ante éste ínfimo recordatorio, que puede ampliarse con la magnífica y docta erudición que nos entrega Nuria Sureda en su trabajo: "Tarsis en las fuentes bíblicas", nos acerca a un mínimo conocimiento encerrado en la hermética realidad de misterio en vías de progresión al entendi-

miento, que representa el mundo de los tartessos en la franja mediterránea del sureste peninsular.

Por tanto, me ceñiré a cinco artículos de indiscutible valor científico, de Nuria Sureda Carrión, en relación con el debate que tratamos de iniciar, basado en textos de magnífica factura, que se arrojan el derecho a exigir clarificación por parte de los expertos, cuando casi treinta años después, todavía se conjetura y enjuicia lo expuesto en sus tesis correlativas sobre la relación y conexiones de tartessos y argaricos.

Como digo, y, convencido de que éstas sugerencias han quedado en la omisión, por no aplicar la palabra amnesia de quienes han tenido la responsabilidad de leerlas y continuar por la línea de análisis emprendida por Sureda Carrión, que debía haberse heredado por quienes tienen el deber de estudiar ésta materia, consecuencia directa de tenerla en su agenda de ejecución o aplicación diaria de trabajo, bien en la docencia o en la arqueología, con fines de aceptar encargos remunerados, invita a que más adelante incluyamos nuestro humilde parecer, pero que obliga a volver a recordarlos:

1) Tartessos y el Tesoro de Villena. Sureda Carrión, Nuria.

2) La Cultura Argárica, ¿específicamente Tartesia?. Hipótesis de trabajo. Sureda Carrión, Nuria.

3) Tarsis en las fuentes Bíblicas. Sureda Carrión, Nuria.

4) La interpretación de la Leyenda de Tartessos, según Almagro Basch. Sureda Carrión, Nuria.

5) Aproximación a la protohistoria de Murcia. Sureda Carrión, Nuria.

En éste aspecto, no podemos obviar, que la metalurgia, y, el conocimiento del beneficio de los minerales llega a la península, mediante una cultura superior a la indígena existente. Por tanto, sin perjuicio de inducir a los profesionales cuyas características hemos referido a que continúen ésta labor (y que actualmente acometen estudios de

museografía y museología argarica), se hace imprescindible tratar con mesura y atención, aunque los cinco documentos son tesoros suspendidos sobre una argolla en el tiempo, nos acogeremos a uno de ellos, como soberbia y brillante tesis que Nuria Sureda nos regala: "La Cultura Argarica ¿Específicamente Tartesia?. Hipótesis de Trabajo", que con valentía y convencimiento de su posicionamiento, presentó en el XIV Congreso Arqueológico Nacional, en Vitoria del 7 al 12 de Octubre de 1975. Éste estudio no es fruto de la casualidad, ni siquiera de una mera especulación espontánea surgida para la ocasión.

Dichos cinco trabajos se correlacionan. Ninguno podría separarse del siguiente. Pero somos consciente que, Nuria Sureda, una de las pocas estudiosas sobre el presumible origen, significado y orientaciones poblacionales, relacionadas con la cultura de Tartessos, se atreve a poner un poco de orden en el cosmos de la incógnita, abriéndonos la expectativa que considere la presumible íntima relación entre Tartessos y Argáricos.

El inicio de dicho documento, que correspondería al número 2 de los citados antes, reza como sigue: "La cultura argárica se ha llamado, por lo ignorada, la Edad Media de la Arqueología, y es calificada por los mismos especialistas como una cultura «mal conocida»». Sin embargo, lo que sabemos de ésta cultura (que marca un cambio profundo, con una serie de progresos que parece que no son descubrimientos indígenas, sino resultado del estímulo mediterráneo procedente tal vez de la zona SO. de Anatolia), es que, posee unas características que coinciden plenamente con el enigmático mundo de Tartessos".

Es un magnífico análisis, que, después de muchos años sigue pasando desapercibido para quienes deberían profundizar en sus inteligibles y lógicas opiniones que por su brillantez y sutileza, alguna de ellas, merece su transcripción, como por ejemplo:

“Las fuentes plantean problemas,..., situando la región tartesia en la Baja Andalucía, siendo posible que tengan solución, situando Tartessos en el SE. de España”. O sea, vendría a decir que, sus asentamientos se originaron en el territorio que hoy coincidiría fundamentalmente con la geografía de Granada, Almería, Murcia y Alicante.

“El desarrollo de la cultura argárica es paralelo al de la cultura micénica. De introducirse estos sufijos en éste momento - escribe Maluquer-, el nombre de Tartessos habría llegado a Occidente, en época de la cultura del Argar, es decir a mediados del II Milenio a de C. Precisamente, hacia el 1500 se observa una mayor evolución en la cultura del Argar.” Por tanto, la relación entre ambas culturas no es nada descabellado. Es más, quizá la solución la tengamos, cuando encontremos huellas suficientes de tartesos que imbriquen las artes, costumbres y costumbres entre ambas partes, la argárica y la tartesia.

Tras una magistral exposición, dice: “... los cambios que se produjeron con la llegada de éstas gentes, cuyo contacto con los indígenas sería intenso y respetuoso, pudo permitir el nacimiento de la llamada cultura argárica, que se extiende por la zona del SE.”

Pero además, con aplastante juiciosa reflexión, nos explica: “Opinan los arqueólogos que, después de la cultura megalítica y el vaso campaniforme, la cultura del Argar marca un cambio profundo, acelerándose el proceso de la vida urbana primeramente en ésta zona, con incipientes y primitivas ciudades con casas de planta rectangular o cuadrangular. En las zonas argáricas aparecen técnicas nuevas que son la avanzada de ésta civilización, con una transformación de la vida urbana y la metalurgia.” Así es como deducimos que, ésta innovación de progreso en el nativo indígena, es consecuencia de la influencia que el estímulo mediterráneo oriental provoca como paso previo al desarrollo, evo-

lución y consolidación de una cultura: “La argárica”.

Redundando en la tesis escribe: “... explosión demográfica..., grandes poblados..., eligen cerros medios y altos o lomas..., se ocupan de la caza, pastoreo, hilados, lino, esparto, laborando en marfil y el hueso, pero ésta artesanía se ve desbordada por la actividad minero metalúrgica, Creándose y destacando la especialización de ésta actividad, de tal forma que, se extiende y prende con fuerza en el bronce y la plata, progresando la orfebrería: ... de la plata y el oro que se halla también en los poblados, lo que supone un medio que invita al trasiego de transporte (terrestre y marítimo), o sea, una organización social y colectiva”. “La cultura del Argar irradia a zonas marítimas, en contacto con la zona accidental de la meseta, en busca del estaño”. Esto se corrobora, por lo descrito por Pedro Lillo, con estadísticas industriales, hasta bien entrado el s. XX, sobre la riqueza de estaño que existe en el Sureste. “El Profesor Maluquer señala que con la aparición de la cultura del Argar, por primera vez, la arqueología delata grandes diferencias en las tumbas, como prueba de un poder concentrado”. Antes de ésta época no existió tal ritual y ceremonia propiedad de culturas muy avanzadas sólo existentes en el ámbito de Mesopotamia y Egipto. Continúa: “El profesor Tovar, citado por Carrizo, afirma que el reino tartesio «fue una colonización debida a elementos culturales procedentes del Mediterráneo Oriental»», lo que cuadra perfectamente a la cultura llamada del Argar por los arqueólogos -si aplicamos en sentido amplio la palabra colonización-, donde se manifiestan una serie de progresos de impensable descubrimiento indígena. Algunos autores, incluso ven en el Argar el resultado de una verdadera colonización mediterránea, y, que como se demuestra, en las tumbas se encierra el cadáver en el interior de una gran vasija, “Pithoi”, como conocemos en las estudiadas en Anatolia en la propia Grecia”.

Sureda, nos conduce por el camino del intercambio cultural, nunca de trasplante de civilización extranjera, pero si permitiendo el desarrollo de la base indígena, y, nos recuerda que, Jenofonte designaba bajo el término de “leyes no escritas” los tres preceptos fundamentales de la moral oriental avanzada:

- a) El temor respetuoso a los dioses.
- b) La aceptación educadora de los padres, y,
- c) El escepticismo hacia los extranjeros.

Este concepto jurídico social, nos indica factores claros de influencia en la cultura existente en el Sureste peninsular. Son las pautas y formas de vida que rigen en el pueblo indígena occidental anterior a su contacto con el oriental de irreconocible relación con las del argar. Es a partir de los indicios y signos probados, modificada la conducta y trayectoria social, tras los encuentros de intercambio de aculturación mutua, cuyo fenómeno lo tenemos al hallar éstos mismos principios en la cultura del argar, cuando podemos aceptar el refinamiento y calidad inteligente motivo de la influencia, desde sociedades muy avanzadas, como la fenicia comercial, que se introduce paulatinamente, dejando su huella con el hallazgo de perlas de pasta vítrea en tumbas argáricas, como intercambio de baratijas (conforme se conoce por Pierre Cintas, siguiendo la opinión de García Bellido), lugares donde progresivamente los antiguos tartesios se instalan, como en la zona de Almería, explotando minas argentíferas en Almazaraque y El Oficio, al unísono con las que se beneficiaban en los criaderos del Cerro de las Herrerías para la exportación fenicia. Deducción, donde se demuestra que, los indígenas habrían aprendido de los orientales a tratar y elaborar el metal, sugiriendo que indiscutiblemente dicha formación metalúrgica nos lleva al segundo milenio a C., donde fenicios primero, y, tartesios intercam-

biando cultura, infunden a los lugareños, su valor empírico y conocimiento de los procesos para su extracción metalífera.

Es así como podríamos insinuar que, tras la consecución de éstas grandes riquezas metalúrgicas, los fenicios fundan Gadir, sin duda, gracias a tesoros procedentes de manufactura, que denominaríamos: tartesio-argárica del sureste, consecuencia de contactos precoloniales. Éste razonamiento se cumplimenta con la irradiación de la cultura del Argar, ubicada en la zona accidental de la Meseta, hacia zonas marítimas, en busca del estaño. Metal que se sabe de su existencia en grandes cantidades productivas en las proximidades de sierras linderas con el mar, hasta bien entrado en s. XX.

Concluyendo, deduciendo que el nombre de la incógnita Tartessa, llega a la península durante la época de la cultura del argar, desarrollada en el paralelo de la cultura micénica, nos hace pensar en dos líneas de estudio, la primera, averiguar qué es lo tartessico y hasta donde se mezcló con el indígena, y, la segunda, que, el problema de tartessos, presumimos se fundamenta en la fusión de las culturas argarico-tartesica; y, como resultado, nos lleva a una impactante y consecuente revolución histórica, necesitando catalogar y redefinir el periodo denominado “argarico”, en el sureste peninsular, circunscrito a Almería, Granada, Murcia, Alicante y Albacete.

Es evidente que, Sureda, con quien compartimos muchas de sus ideas, crea una conjetura que alguien interpretaría de aventurada, como formula para iniciar debate e investigación sin arredrarse lo más mínimo y a la espera de que se le conteste (hasta la fecha irrefutable), y, segura de si misma, desarrollando su intuición de mujer de estudio, se ampara en uno de los dogmas más elocuentes para el avance de la ciencia: el proceso de confrontación ó de la prueba de la evidencia material, basándose en una sabia cita que ella misma escribe: “... como nos decía Bosch Gimpe-



Plano de Bastitania y Contestania.

ra, «hay que admitir la legitimidad de las hipótesis de trabajo, aunque entenderlas como tales y modificarlas o retirarlas se sujeta a los datos que vayan saliendo. Si se espera a tener pruebas de todo, la ciencia no puede avanzar nada». Esperemos que los nuevos investigadores acepten con valentía el reto y peligro de una nueva y gran posibilidad que asoma».

Otros aspectos tratados por Sureda, con enorme intencionalidad comprensiva, acotando lo relacionado con la minería en la “cultura mastiana” de Murcia, recibida posiblemente de lo que pudo continuar como desaparición del argar, pero su continuación en el desarrollo de la forma de vida “tartésio-ibérica” murciana, nos acerca a lo afirmado por Estrabón (II 3,6-8), según lo legado por Posidonio que decía: “... es posible que no sea ficción lo de la isla Atlántida”, quizá tras su estancia en Hispania, observando que: “... el mundo subterráneo parece ser habitado, no por Hades, sino por Plautón” (Dios de la riqueza), al creer convencido el suceso de la leyenda sobre la Turdetania: “... incendiándose los bosques el mineral de oro y plata se fundió y salió a la superficie”. Los geólogos han corroborado que los terrenos de sierras rocosas entre los Cabos de Gata y el de Palos, configuran una región ígnea que confirma la existen-

cia de arroyos subterráneos de plata fundida (Saavedra 1929), que viene extrayéndose hasta bien entrado el S. XX, y que, vendría a justificar lo expresado por Diodoro (V 35): “... tras el incendio de unas montañas extendidas desde el “mar del sur”, la plata surgida enriqueció a los fenicios”.

¿Realmente después de más de treinta años, los nuevos y más punteros investigadores, están preparados para responder a ésta secuencia sugerida por Nuria Sureda?.

La respuesta, es de esperar que la tengamos en la concepción expositiva que nos sea entregada con la museografía y museología de “La Bastida” de Totana.

CONTACTO CON LA MINERÍA CONTEMPORÁNEA.

En nuestros anteriores artículos quedaron pendientes algunos temas que conviene que retomemos.

Puesto que, en la revista Cangilón núm. 29 (2006), terminamos comentando la importancia de las minas de oro, que tuvo su posible existencia, según Samuel E. Cook, en las sierras de Cartagena y Mazarrón, no debemos olvidar los sistemas empleados, donde al margen de las denominadas “minas de placer”, depósitos de partículas minerales mezcladas con arena y grava, situadas en los lechos de los ríos (ejemplo de las que debieron existir en el Thader «Avien 456», citadas por Sánchez Palencia), nos atrae comentar la minería subterránea, subdividida en rebato a roca blanda y dura. La blanda sería el carbón, bauxita, potasa y sal común, y, la dura correspondería a la de metales y minerales.

Aún entendiendo que, las minas subterráneas, se hicieron sólo para extraer las bondades líticas, hay que expresar la utilidad de éste arcaico sistema, para penetrar en las montañas con la finalidad de buscar las bolsas de los acuíferos, a las que se llamaron “Minas de Agua”, para conducirla por canales hasta los depósitos o puntos de abastecimiento necesario. Vivo indicio de ello lo tenemos en la Sierra del Valle del



Título de la Empresa de Minas "La Maravilla", 1850, ampliando el título capital de 1812. Archivo de José María Sánchez.

Carrascoy, con la multitud de largas galerías construidas, durante los siglos XVII y XVIII (posiblemente ya existirían algunos intentos y usos antiguos), en arcada de medio punto, no superior al metro de altura y 0'60 de anchura, hoy día en desuso y sin posibilidad de utilización en el futuro, debido a la sobreexplotación de infinidad de pozos instalados en sus laderas a lo largo de la primera mitad del S. XX.

Se dispone de un perfecto conocimiento de las minas subterráneas, que a lo largo de la historia han sido explotadas a gran escala en la Provincia de Murcia. Pero por traer aquí algunas de las más recientes documentadas del S. XIX, nos decidiremos por citar como muestra de antigüedad, la Empresa de Minas "La Maravilla", cuyo titular, Luis Zarandona y Fontes, natural de Murcia, el 21 de Octubre de 1850, autorizado por la Junta General Ordinaria, deja nulos y sin ningún valor los títulos capitales de 1812.



Título Mina "Los seis amigos", 1850. Archivo de José María Sánchez.

Pero podemos continuar por La Sociedad Minera "Los Seis Amigos" de San Javier (1850), y otras tantas del resto de poblaciones de la provincia; pero desde la ciudad departamental de Cartagena, destacan las Sociedades mineras de "Amigos y Españoles" (1851); La Empresa de Minas "Buena Fe" (1852); Minera "San Roque" (1855); Minas "La Paz" (1857), y así, sucesivamente de forma progresiva, transferidas, modificadas, transformadas ó permutadas, hasta una cantidad pendiente indeterminable, sugiere por un atractivo trabajo de estudio para especificar con mayor dedicación una mayor precisión para la estadística. No obstante, la extensa colección de D. José Manuel Sanchís, sobre acreditación de acciones en las sociedades mineras de la entonces provincia de Murcia, nos facilita una enorme información con referencia a títulos; propietarios accionistas; datos de libros de registro e inscripciones; contenido de textos alusivos a ori-



Título Mina "Amigos y españoles", 1851.

gen, procesos y modificaciones, y, un largo etcétera que nos advierte de una fuente de información infinita para determinar la antigüedad e importancia que tuvo ésta actividad extraída del subsuelo de nuestra tierra de Murcia, en el progreso y evolución del contexto general de la Nación; todo ello, pese al desastre ecológico y medioambiental producido durante los siglos XIX y XX por la masiva e incontrolada explotación minera, cuyo territorio, desde hace años, se ha convertido en la piedra angular de las Administraciones Públicas, con la finalidad de implantar las medidas correctoras para tratar de restaurar y acondicionar sus parajes y terrenos afectados. Tarea ardua difícil, pero daremos un voto de confianza, reconociendo el mérito de la buena voluntad que manifiestan en ello.

LAS CANTERAS DEL VALLE CARRASCOY, EJEMPLO A SEGUIR

No obstante existen muestras de restauración del paisaje medioambiental,



Una acción de la propiedad de La Mina San Pascual. 1890. Archivo de José María Sánchez.

como el instaurado en las minas y canteras a cielo abierto en el Valle Carrascoy, junto a la Escuela Hípica del Valle, y anexo a la primera fase de subida por la denominada "Senda de las Columnas", desde el "Area recreativa de La Balsa", hasta la pista forestal que se dirige a Los Cerillares, vivo modelo del buen hacer de un acondicionamiento y adaptación escénica y panorámica donde la agresión y destroz incontrolado de sus canteras, han sido integradas hábilmente en el paisaje y funcionalidad que representa. Para su mejor comprensión y entendimiento se emite invitación de visita para comprobar la efectividad del trabajo realizado por los expertos que acondicionaron la zona de dichas Canteras del Valle, cuya elogiosa iniciativa ha dependido del propio Ayuntamiento de Murcia, y, puede ser ejemplo para otros muchos lugares semejantes que han sido motivo, por su agresión y abandono, de un progresivo deterioro.

Unos erguidos cartelones metálicos serigrafados, sujetos por troncos de madera, incrustados en el suelo, al pie de entrada de las mismas, y, a lo largo del recorrido que nos proporciona la visita, nos introducen en la historia de las Canteras; los objetivos y recomendaciones del visitante; características generales; suelos; bio-geografía; canteras de yesos y áridos; arborotum; miradores; hábitat de las especies y espacios protegidos; flora y

vegetación de la zona; el hombre y los minerales; los minerales y las civilizaciones; usos de los minerales; métodos de extracción; la minería y el medio ambiente; y, como final la obligada y necesaria restauración de zonas mineras. En definitiva, una sucinta y elaborada información, cuyo objetivo pretende acercarnos a éste viejo oficio denostado de la actividad minera, creándonos una sensible inducción al respeto y deferencia por el medio natural que nos protege y ayuda, que debemos demandar se defienda por los organismos públicos y privados de forma general para la Región de Murcia.

MINAS EN LA COSTA MARINA

Sobre las minas de costa, concretamente referidas a Mazarrón; Cartagena y La Unión (Águilas ha sido principalmente intermediaria a través de su monumental Muelle de El Hornillo), se ha escrito hasta la saciedad, bien y suficiente, para tener en éste artículo que se presenta, la cargante reincidencia de escribir sobre la importancia a lo largo de la historia de una actividad que ha supuesto además del asentamiento de todas las culturas y civilizaciones del mediterráneo, gracias a sus minerales, el desarrollo, progreso y evolución de una Región que durante más de cien años, (1850-1950), ha basado una buena parte de su empleo laboral en dicha actividad.

No obstante, daremos unas pinceladas de éste territorio para que, al final, queden situados todos los puntos de la geografía Regional, que en mayor o menor medida, contribuyeron a generar riqueza (la mayoría de las veces con destino a los capitales inversores extranjeros), y, específicamente puestos de trabajo sacrificados y del más cruel empleo humano.

Tenemos constancia de minas subterráneas a lo largo y ancho de nuestra geografía regional, siendo la Asociación de Museos, Grupos y Colecciones de Minerología (AMYP), en colaboración con los

colectivos en defensa y protección del patrimonio de arqueología minera de cada una de las zonas generadoras de la actividad, quienes nos facilitan las minas más notables con referencia a nombre y lugar de ubicación, que, por deducción nos conduce al Municipio a donde pertenecen. Pero a su vez, cada denominación minera, concentraría un número indefinido de pozos, en donde los castilletes forjaron su sólida andadura albergando tornos y poleas utilizadas para la bajada del minero y la elevación del mineral.

La Unión, segregada de Cartagena durante el primer tercio del S. XX, potencia local que había intentado el secesionismo a lo largo de la época de máximo esplendor económico del XIX, es el Municipio donde se concentra la mayor zona minera de la Región de Murcia. No podemos tratar de éste pueblo, sin citar a uno de sus más reconocidos estudiosos y entusiastas de la arqueominería, Juan Antonio Antolinos Marín, quien con la colaboración de Begoña Soler Huertas, en la Revista Mastia, núm. 6 (2007), en su artículo: "Los orígenes de la arqueominería en la Región de Murcia (I): Los Hallazgos en la Sierra Minera de Cartagena-La Unión", nos introduce con sabio conocimiento en una materia que tras su profunda investigación, hace imprescindible su lectura, si se desea establecer unas pautas de información especializada sobre las Sierras que proporcionaron a lo largo de la historia, la mayor cantidad de minerales para ser beneficiados y puestos al servicio del proceso metalúrgico. En dichos documentos cita como principales puntos de penetración minera, los picos montañosos del Sancti Spiritus; Cabezo de Don Juan, y, Cabezo Rajao. Parajes que he visitado personalmente, y, aunque la imagen de desolación recibida en la retina es de manifiesta desidia y precariedad, denotan haber cumplido un papel fundamental en la producción industrial y actividad minera generadora de inmigración, empleo y

movimiento social, pero en su defecto, no puede dejarse pasar el hecho de que los beneficios de su riqueza y rentabilidad se transfirió, por medio de las empresas explotadoras, a los accionistas de las minas, que, en muchos de los casos, fueron entidades públicas y privadas y personajes de gran renombre en España; al margen de explicar, que, sin duda, quienes más daño realizaron, además del expolio producido y del que nunca se podrá demandar su reparación, correspondió al trabajo de aquellas empresas de origen europeo que se establecieron esquilmando hasta la saciedad los fondos y entrañas de nuestras minas, aprovechándose sin compasión de su rentabilidad crematística que, una, tras otra ocasión, era destinada fuera de nuestra fronteras españolas.

Mazarrón, cuya historia debe remitirnos a la bibliografía publicada por su cronista oficial, D. Mariano Guillén Riquelme, nos conecta con otro artículo de Juan Antonio Antolinos y Begoña Soler, que inserta en la núm. 7 de Mastia "(II): Los descubrimientos en el área minera de Mazarrón", donde con igual metodología que la empleada en el desarrollo de las Sierras de Cartagena-La Unión, definen las que fueron beneficiadas, acometiendo dicha información relacionada con éste Municipio, bajo el siguiente enunciado:

"Las principales zonas mineras de Mazarrón explotadas en la antigüedad, fueron los Cabezos de San Cristóbal y Los Perules; Las Pedreras Viejas y Coto Fortuna (Ramallo y Arana, 1985; Antolinos Marín, 2003), aunque también se beneficiaron otros lugares con mineralizaciones de plomo y plata, como el Cabezo de los Trapos y Cabezo Negro, e incluso yacimientos de hierro manganesífero, como el Cabezo Vulcano; además, en la Sierra de Las Moreras se hallaron depósitos superficiales de cobre donde se habían realizado labores extractivas antiguas (Bravo Villante, 1892: 145)".

Si antes hemos comprobado la denomi-

nación de una de las minas, con el nombre mitológico de Vulcano (Dios del fuego y la metalurgia), no podemos dejar pasar la ocasión de comentar el descubrimiento de la estatuilla de bronce de un Hércules (el Heracles griego, protector del suelo, y, de la fuerza de los ejércitos), encontrado según refiere Maestre en 1846, en un vaciadero antiguo de la Mina Esperanza.

TIERRA ADENTRO DE LA REGION

Sin duda, las grandes minas desconocidas o desdeñadas, son aquellas que por sus características orográficas, de bajo valor mineral, ó, por un corto tiempo de explotación apenas sabemos de su existencia en nuestra Región. Pero sin embargo, digno es nombrarlas en cada uno de los municipios a los que nos referiremos, y, en menor extensión por su insignificancia o su pueril resultado, con el sólo apunte, insertaremos la cita obligada del nombre y lugar donde se trabajó minería en el interior del territorio de la Región.

Águilas: Al contar con sierras tan emblemáticas como la Carrasquilla; Los Mayorales y Lomo de Bas, dispone de minería propia en sus montes, aunque alejados de su propia zona urbana. Es sin embargo, en las vecinas minas de las sierras de Bcares (donde aparece el asentamiento prehistórico del argar en Tijola La Vieja), y, Serón (con restos arqueológicos de la Edad del Bronce), en el Alto Almanzora, poblaciones colindantes de Almería, donde se encerraba su mayor potencial receptivo de mineral, trasladado por ferrocarril con destino al monumental y representativo embarcadero de "El Hornillo", que, además, debido al añadido del mismo gremio, que generó en su día, la actividad de las productivas minas de la Sierra de en Medio de Lorca, ambas explotaciones, hicieron su transporte a través del Tren de la Estación de Almendricos (turbe a la que me desplazé hace unos años, para entrevistar a D. Bartolomé García Ruiz, uno de los más importantes mineros e industria-

les de minas de la Región de Murcia, todavía vivo, residente en dicha Pedanía de Lorca, y, cuya conversación más adelante se incluirá), realizaba la carga, para transportarla a dicho centro neurálgico, como muelle y plataforma que servía para que los vagones vertieran sobre los depósitos y silos de los barcos el material, que navegando por mar sería desplazado a los puertos donde grandes factorías metalúrgicas, principalmente inglesas les esperaban para su transformación en metales.

No podemos dejar pasar la ocasión de dar unas pinceladas sobre éste extraordinario y excepcional muelle artificial de ferrocarril, proyecto del Ingeniero Gustavo Guilman, único en España en su género, construido mediante una escollera en espigón de cemento armado anclado al fondo marino, cuya plataforma rectangular supera más de 3 metros el nivel del mar, sobre la que se levantó una estructura metálica, de más de 12 metros de altura, con una longitud de 168 metros, soportando un estacionamiento ferroviario de infinidad de toneladas diarias de mineral, y, que desde 1903 a 1970, mantuvo un tránsito de miles de trenes, conforme nos documenta Ángel Luis Rodríguez, en su trabajo de investigación de 2003, sobre “Historia del ferrocarril de Águilas y El Embarcadero de “El Hornillo”, que cumple cien años”.

Declarado el Embarcadero de El Hornillo, “Bien de Interés Cultural”, por la Consejería de Cultura, Educación y Turismo de la Región de Murcia, el día 27 de Marzo de 1992, a petición de la Asociación de Amigos del Ferrocarril “El Labradorcico”, su protección y defensa patrimonial, se presupone garantizada. No obstante, dicho colectivo dispone de una magnífica colección de fotos antiguas de toda la línea ferroviaria y en especial de dicho muelle que, comprobamos son un verdadero tesoro de la imagen detenida. Por Decreto número 133/2000, de 15 de Diciembre, el Consejo de Gobierno de la Comunidad Autónoma de la Región de

Murcia, declara B.I.C., con categoría de Monumento, el Embarcadero de El Hornillo, en Águilas (Murcia).

Igualmente, José María Galiana, en sus Cuadernos de Viaje, en Junio de 2007, escribe un meritorio y muy entrañable artículo sobre La Bahía del Hornillo, y, el famoso Embarcadero y las vicisitudes que sufrió y atraviesa; desde, las dos bombas de 50 kilos, lanzadas en el embarcadero en 1938, en plena contienda civil española, por parte de un hidroavión Savoia S81 alemán, que no causó grandes destrozos; hasta el motivo actual de su deterioro debido a la agresiva actividad que genera el Resort Isla del Fraile. Pero también hace alusión al compromiso por parte de la Dirección General de Bellas Artes de nuestra Comunidad Autónoma, del encargo para la restauración y acondicionamiento, de salvar del olvido los tres emplazamientos más significativos del Plan de Patrimonio Industrial de la Región, como son: “El Arsenal de Cartagena”; “El Paisaje Minero de La Unión y Cartagena”; y, el “Embarcadero del Hornillo”, y, que apoyado por el Ministerio de Cultura el día 11 de Marzo de 2003, aseguró que tendría en breve su puesta y rehabilitación completa. El trabajo, ameno y muy documentado, es una de las muchas joyas periodísticas de tan destacado profesional del diario “La Verdad”.

Ahora bien, si en realidad, aspiramos a conocer el tráfico de minerales a través del ferrocarril Lorca a Baza y Águilas, y, su procedencia durante un amplio periodo estudiado, nos tendremos que remitir al magnífico trabajo de D. Bartolomé García Ruiz (personaje de extraordinaria calidad humana, social y profesional, a quien realizamos una entrevista en la oficina, donde conserva el santuario -geológico y mineralógico-, de su casa, que más adelante adjuntamos), en el que además de expresar absolutamente todas las estaciones y apartaderos (apeaderos), que existieron nos indica el tipo de mineral que era transportado por los trenes ex profesos

instalados al efecto, con destino al Embarcadero del Hornillo. Una pequeña, pero documentada publicación personal de su autor, que nos advierte de todas las Sierras que eran explotadas y sus minerales, en Murcia y Almería, y, cuya intensa y prolífica producción obligó a la construcción de tan extraordinaria obra de ingeniería portuaria.

Jumilla: Si debemos agradecer a alguien el esfuerzo realizado haciendo el seguimiento del patrimonio arqueológico minero de los distintos puntos de la Región, lo encontramos en el Grupo Mineralógico Municipal de Jumilla, que, en homenaje a su trabajo, debemos nombrar, como son: José Ramón; Vicente Marhuenda; Jesús Jerónimo; José Manuel; José María; Trinitario y Pedro Antonio. El equipo constituido por magníficos especialistas en distintas ramas y materias, con una sobresaliente vocación por la geología y la minería, nos conduce por la famosa Mina de La Celia de Jumilla, entre las Sierra de Las Cabras y del Molar, localizada a 1 km., del Caserío del que recibe su nombre, y que se puede llegar a través de la Cra. C-3213 Jumilla-Hellín. Minas abandonadas, que tuvieron un especial interés geológico, ya que albergaron (aunque todavía se conserva su material en vetas desgajadas), un yacimiento de apatito en rocas volcánicas de tipo jumillita que en su tiempo generó una extraordinaria expectación mundial. Se encuentran inmersas en una zona volcánica de edad intraplioceno (de 1'8 a 5 millones de años), en cuyas proximidades se localizan restos de erosiones que dejan montículos con lava, bombas y lapilli. Las minas de La Celia, se tiene constancia de su constitución, por una empresa belga, con un capital social de 5.500.500 pesetas, como "Sociedad Anónima de las Minas de Apatita de Jumilla" en 1888, según consta en una de las acciones en papel (por valor accionario de 500 francos ó, 500 pesetas de la época), conservada por un anticuario que la mantiene en subasta a través de

Internet, pareciendo deducir por los datos que contiene, que comenzaron a explotarse, con dudosa asiduidad y una supuesta asistencia ferroviaria, a partir de ésta fecha y, pese a interrupciones motivadas por diversos aspectos de negociaciones con MZA, pudiera haberse continuado a lo largo de principio del S. XX, y hasta la Gran Guerra, extrayendo mineral de apatito para la fabricación de abonos fosfáticos, bajo la dirección del Profesor Ramón Torres Muñoz de Luna. Los materiales en hipótesis, fueron transportados mediante una línea de ferrocarril construida ex profeso hasta Minateda. Historia de éste tramo ferroviario y sus conexiones que nos documenta con una magnífica investigación realizada por Francisco de los Cobos Arteaga, quien nos dice que, poco se sabe del ferrocarril del apatito. Se tienen los datos de que fue dotado de carril Vignole, tenía una longitud aproximada de 11.800 metros, con un ancho de 60 centímetros, ceñido al terreno y sometido a moderadas curvas; pero que todo le indica que las minas y el ferrocarril no llegaron a funcionar a pleno rendimiento y posiblemente, si se utilizó todo el sistema, su prestación coincidió en un tiempo muy reducido. Justificación que trata de demostrar en su tesis deductiva, y, que evitamos transcribir en éste apartado, por su extensa lógica aplicada, sin perjuicio de hacer mención a su opinión final sobre lo que consideró ocurrió, y que reza textualmente: "La bondad del mineral, siempre ensalzado por los promotores de la explotación del subsuelo, fue la causa del fracaso del todo el proyecto. En 1908, los informes de la Estadística Minera y Metalúrgica de España, concedían a la Mina de La Celia un mínimo contenido en fosfato de cal con relación a otros yacimientos. Respecto al ferrocarril que, a nuestro juicio nunca funcionó, nuestros compañeros Gómez Martínez y Covés Navarro, sitúan su desmantelamiento entre los años de 1914 y 1918". Evidentemente, tiene su sentido, pues

éstos años, son aquellos en donde Europa se vio inmersa en el gran conflicto bélico donde Bélgica (Nación oriunda de la empresa propietaria de la Mina La Celia), formó parte de la contienda de uno de los bandos enfrentados.

Desde otra perspectiva, sin embargo, parece que la roca “jumillita”, por su dureza, se empleó para la cimentación de carreteras y vías de ferrocarril. Los materiales llevados hasta Minateda, y, desde allí distribuidos a sus respectivos clientes demandantes, se confirma por los restos de dicho mineral en distintos puntos de viales donde se vertió. Ésta roca impregna todo el paisaje de Los Cerricos Negros. Es un tipo de roca “ultrapotásica” que sólo se presenta en el sureste español. Contiene rellenos de filones de oligisto, apatito y más de una veintena de minerales asociados. Fue denominada con el nombre de “Jumillita” por A. Ossan en 1906. Es un fosfato cálcico que en La Celia cristaliza en prismas hexagonales terminados en “bipirámides”. Fue catalogado en 1786 por A. G. Werner, y por su coloración verdoso amarillenta se le llama también “Esparraguina”.

Actualmente la zona de influencia de Las Minas de la Celia, tienen la declaración de “Área de Protección de Fauna Silvestre y Lugar de Importancia Comunitaria”.

Pero también es importante decir que mi estimada y admirada profesora y arqueóloga, una de las más representativas profesionales de investigación de la cultura del argar en la Región de Murcia, María Manuela Ayala Juan, en su publicación del trabajo sobre la materia, 1979-80, publicado en A. U. MU., vol. XXXVII, núm. 4; y, en “La plenitud de la metalurgia del Bronce: La Cultura Argárica”, en Historia de la Región Murciana, II, Murcia, Págs. 55-101, nos introduce, entre otros, en la importancia de los yacimientos de dicho periodo en Jumilla, que junto a sus petroglifos, estudiados por Jerónimo Molina, son el paradigma de una cultura que se asentó en éste territorio, sin duda, gracias

a la disposición de vetas de azurita, malaquita y plomo en toda su extensión geográfica, que, como nos indica en su artículo: “Objetos metálicos eneolíticos y argáricos en Murcia”, (A. P. y A., 4, 1988: 71-78. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia), mi querido amigo y magnífico profesional, Miguel San Nicolás del Toro, queda todavía mucho por descubrir.

Es así, como la incansable labor de mi buen amigo y compañero, Director del Museo Arqueológico de Jumilla, Emiliano Hernández, digno discípulo de D. Jerónimo Molina, ha venido investigando y aportando nuevos descubrimientos de la cultura del argar en Jumilla, cuya relación actual de yacimientos encontrados queda completada con la cita de los siguientes lugares, donde tuvo que existir, en mayor o menor medida, actividad metalúrgica: Cerrico de Santa Ana; Cabezo del Barranco Ancho; Cerro del Buen Aire; Los Cabecicos; Cerro de las Cabras I; Los Calderones; Conejero Cerrico; Cerrico de Los Conejos; Cerro González, y, Gorgociles del Encabezado I.

Sierras por tanto, refugios y abrigo prehistóricos, en éste municipio, además de las enunciadas de la Mina de La Celia, podemos adicionar “La del Encabezado”; “La Cingla”; “La Fuente”; “Del Buey”; “De Enmedio”; “Del Carche”; “Larga”; “Sopalmo”; “Solana de Los Ruices”; “Serral”; “Salinas”; “Pansas”, y, otros muchos montículos que haría prolijo nuestro listado.

Cehégín: Las sierras de ésta población, que tiene como ejes al Oeste y Este de su municipio, respectivamente, los Ríos Argos y Quipar, y, desde principio de la segunda mitad del S. XX, los embalses respectivos de su mismo nombre, se ha caracterizado por disponer de una Mina muy especial, denominada de Gilico, en el extremo Noreste de su territorio al amparo de las Sierras del Cagitan y del Molino, que comparte muy tenuemente con Calasparra.

La Mina Gilico, que también la recoge en su listado Nacional la A.M.Y.P., se

encuentra situada junto al “Cortijo de Los Panes”, y en la base Norte del Pico de Cambrones. Es una mina a cielo descubierta de unas dimensiones extraordinarias, pues se ha explotado de forma incontrolada hasta profundidades realmente impresionantes, desconociendo en la actualidad, como se encuentra su contenido de magnetita, y, quedando pendiente con mejor estudio, la explotación de hierro. Actualmente la extracción de mineral está paralizada por la inundación de la cantera, habiéndose reconvertido su actividad en la extracción de las escombreras para la obtención de áridos. Visitadas dichas escombreras, pudimos descubrir que se pueden encontrar minerales de distinta índole, pero a unos tamaños mínimos, localizamos algunas muestras de epidota, calcita, apatito, prehenita, actinolita, analcima, titanita; magnetita, pirita, y, una porción lítica de estructura hojosa, con características de clivaje, que pudiera ser clorita. No obstante se detecta que los visitantes a la zona, muchos buscadores de piedras, esquilman desaprensivamente todo valor mineralógico, y, dejando a cambio una gran cantidad de restos de basura y desperdicios.

Sabemos todos, que la inundación de éstas Minas de Gilico, se produjo a consecuencia de unas fuertes lluvias durante varios días, acaecidas durante el año de 1982, quedando interrumpida hasta la fecha los trabajos de su explotación, pero tenemos conocimiento de la instalación de bombas de extracción de agua, que suponemos vaciará la laguna para continuar con dicha explotación.

Los montes de Cehegín de grandes extensiones, con sierras y cabezos tan importantes como el “De la Jabalina”; “Juan González”; “Cerro de Los lomos”; y, parte de las “Sierras de Burete y Quipar”, nos ofrecen igualmente como en el resto de casos donde presentamos información de minas que, han sido explotadas hasta bien entrado el S. XX, restos de asenta-

mientos de la cultura del argar, como son los casos del Morro de la Cerámica; La Lavia; Poblado del Portillo; y, Cabecico del Trigo; donde en éste último se manifiesta su poblado argárico amurallado, que sería empleado como Torre Vigía en época romana e islámica.

A nadie pasa desapercibido, la importancia de Begastri, estudiado bajo la dirección de mi respetado, eminente y erudito catedrático, D. Antonino González Blanco, ubicado en el “Cabezo de Roenas”, y, que en sus inmediaciones se encontraron muestras de galena y silicatos de plomo, elementos, que combinan, para las aleaciones del bronce.

El Museo Arqueológico de Cehegín, ubicado en los edificios del Palacio de Los Fajardo y la Casa del Concejo, a través de los materiales expuestos en sus salas, le convierten en la más viva imagen representativa de la sucesión de pueblos y civilizaciones que se asentaron en sus tierras.

No obstante, para terminar con lo que ha supuesto la minería en ésta población, hay que advertir sobre lo infructuoso de trabajarla en producción extensiva en su primera época, y, para su inteligible aclaración, nos remitimos al descriptivo documento (principio del S. XX), del ingeniero de minas Don José Boivrón, (publicado en el libro “La Minería en Lorca. 1860-1985. Bartolomé García Ruiz), a petición de empresas europeas deseosas de conocer el valor y las posibilidades de rentabilidad, donde para simplificar su testimonio, conviene hacer constar lo que expresa: “... las minas situadas en el distrito municipal de Cehegín y a una distancia de 15 a 22 km., de la Estación de Calasparra, sobre la línea de Madrid a Cartagena, vienen explotando minas cuyo material se transporta por medio de carretas, cuya extracción supera las 50.000 toneladas que se han vendido en Inglaterra y en Holanda (Rhin)”; “...la naturaleza se han encargado de demostrar la existencia de una gran cantidad de mineral de hierro que ha sido

estimado, por varios ingenieros de minas, en varios millones de toneladas.”; “...la explotación por carretas hecha hasta aquí es muy difícil, costosa e irregular, a causa de los malos caminos y de la falta de carretas en las épocas de cosecha. La única manera práctica de explotar éstas minas sería por medio de uno o de dos cables (debía referirse a algún tipo de teleférico con vagonetas de minas); o, con la construcción de un ferrocarril de cabida estrecha, de varios kilómetros, que pondría las minas en comunicación con la estación de Calasparra”. También comenta la gran cantidad de fósforo en los materiales, que impide el empleo para la fabricación del acero Bessemer; como así mismo los precios de transporte hasta el muelle de Cartagena, o sea, precio franco a bordo de vapor. Por tanto, ya conocemos las causas que originaron la imposibilidad de llevar a cabo grandes explotaciones de minas de hierro magnético, al entender que la existencia de un alto grado de fósforo en el material, sumado al costo de la instalación de los citados cables (teleférico de vagonetas), ó de un ferrocarril de vía estrecha, tuvo que hacer desistir a las empresas interesadas, principalmente como el mismo cita: “... de haberse cumplido las condiciones apropiadas, éstas minas habrían sido vendidas, hace mucho tiempo, a los capitalistas ingleses”.

Lorca. No podemos hablar de ésta actividad que tratamos, irrumpiendo en los amplios territorios que comprenden el término municipal de Lorca, el que se dijo fue el más extenso en superficie de España (1.677'60 Km².), sin entrar en uno de los libros más interesantes realizados, por un hombre que surgiendo de la nada, como mero trabajador infantil de la minería allá por la década de los años 20, a los que como sabemos se les denominó: “gavia”, llegó profesionalmente a ser uno de los más grandes industriales mineros, que forjó su esfuerzo en la Región de Murcia, como emprendedor de ésta actividad, a

partir de 1940. Me refiero a D. Bartolomé García Ruiz, personaje notable para su pueblo, Almendricos. Hombre sabio, experimentado y docto en la materia, que pese a su avanzada edad, pude apreciar de mis impresiones por el contacto personal en la entrevista que me concedió, que mantiene una memoria brillante y prodigiosa, acompañada con un amor entrañable y respetuoso al misterio lítico.

Reserva arcana, que le ha llevado a la recopilación de una infinita cantidad de piedras diversas encontradas a lo largo de su dilatada trayectoria profesional, que las conserva en una consagrada habitación específica de su residencia particular, como una mágica colección, presentada en místico ritual expositor para visita de cuantos interesados lo deseen, de cuyo fondo que podemos considerar pre-museográfico, además de convertirse en su máspreciado defensor y vigilante, nos cuenta con entusiasmo e ilusión, tiene pendiente algunas promesas oficiales de realizar un Museo en su pueblo natal, donde se daría culto a las piedras más extrañas y enigmáticas que, con justificada admiración, tuvo la ocasión de contemplar. Muchas de ellas de verdadero y excepcional valor cárstico, artístico, o efectos de color por las sustancias que contienen, que seguro serán motivo de profundos estudios y análisis geológicos por expertos y técnicos en la materia, donde el carbono 14, y otros adelantos de la tecnología serán imprescindibles para sacar conclusiones de su origen terrestre o del exterior.

El libro que ya citamos en un artículo anterior: “La Minería en Lorca (1860-1985). La Sierra de Enmedio” (2001), obra que redacta nuestro protagonista, D. Bartolomé García Ruiz, presentada con escrupuloso conocimiento y rigor, por Antonio Alberto Gil Arcas, Presidente de la Cámara Oficial de Comercio e Industria de Lorca, copatrocinador con la Consejería de Tecnología, I. y C. De la Región de Murcia de su publicación, es una herramienta

imprescindible para el conocimiento de las sierras mineras de la Ciudad del Sol, que dieron lo mejor de sus entrañas como muestra de la bondad y generosidad brindada a sus ocupantes desde los primeros y más remotos tiempos de la prehistoria.

No hace falta decir la enorme aculturación de sociedades que, desde hace 5.500 años, se afincan en un territorio, en principio, inhóspito y hostil, pero que sin embargo, como dice el refrán: “Algo tendrá el agua cuando la bendicen”.

Sin duda dos factores han influido en la constante de éstos asentamientos humanos.

1) Un paso obligado como ruta natural entre el Levante y Andalucía, o, lo que es igual, un desfiladero de grandes proporciones que posibilita y permite una fácil comunicación viaria entre el Sistema Penibético, adscrito a la Cordillera Bética (que se extiende paralelo a la costa desde el Estrecho de Gibraltar, a Sierra Espuña, Murcia), y, su conexión con todo el Arco Mediterráneo a través de la Costa de Palos, La Nao y el Golfo de Valencia, por donde se comunica con la depresión del Ebro, hasta su contacto con la Cordillera Costero Catalana que se introduce en Francia por el Sistema Pirenaico.

2) El término Municipal de Lorca, al ser la cabecera geográfica del Valle del Guadalentín, confluencia de numerosas torrenteras, ramblas y manantiales de agua, gracias a su perímetro orográfico fundamentalmente montañoso, situación de excepcional recepción pluviométrica que la vierte al curso longitudinal del cauce creando un espacio auto-regenerativo de flora y fauna permanente, cuyo territorio favorecido por factores medioambientales y climatológicos que mantienen su conservación natural, lo convierten en un punto estratégico de vida, al amparo del curso de su río.

Pero si además, le sumamos que sus montañas, procedentes del origen a donde pertenecen, presentan una serie de características litológicas y estructurales que las

definen dentro de un marco de materiales del zócalo paleozoico, afectadas por el dual comportamiento evolutivo terrestre de un metamorfismo pre-alpino, adicional y en coincidencia con el propio movimiento orográfico, resuelve por la constitución de una reserva indescriptible de minerales de distinto tipo (hierro, cobre, plomo, además de mármol), consecuencia del cambio experimentado como organismo lítico en proceso de transmutación, que la hacen epicentro de atención y especial atractivo para las necesidades de las etnias que estudiando y conociendo el lugar se asentaron en sus estribaciones durante milenios.

Nuevamente, nos vemos en la obligación de citar el trabajo de Pedro Lillo: “Economía en la Comarca del Guadalentín en el Ibérico Pleno”, porque su análisis nos ofrece las claves de los asentamientos demográficos, pero al propio tiempo nos define las causas del progresivo proceso de aculturación modificante del primer estadio existente durante los dos primeros milenios a. C., cuyo factor determinante, se encuentra motivado por la influencia que se ejerce en éstas tierras, desde la primitiva incursión del comercio marítimo del Mediterráneo Oriental.

Lorca, cuenta con Sierras tan importantes como Peñarrubia; Torrecilla; Tercia; Pericay; Almirez; Madroño, Cambrón; Ponce; Almenara-Moreras-Cabo Cope; otras de menor importancia, y, la de Enmedio. Ésta última, la de Enmedio, es el epicentro que mueve, al Sr. García Ruiz, autor del Libro “La minería en Lorca”, en su recorrido por toda la geografía lorquina, pero que por su prolija y dilatada trayectoria profesional se extiende a prácticamente toda la geografía española que tuvo oportunidad de conocer, visitar, y, trabajar.

Nos escribe con un refinado y pulcro deleite, sobre el privilegio de haber contado con valiosos y diversos criaderos de minerales, en diversos periodos históricos, que, en su mayor parte, se pusieron en

explotación cuando las necesidades lo aconsejaron, y, con la expansión de la actividad por sus diversas Sierras en su máximo esplendor (1860-1985), se crearon diversos núcleos urbanos, entre el que hace mención, con orgullo, al de Almenricos, que en 1890, con motivo de la puesta en marcha de sus yacimientos de hierro de Sierra de Enmedio, coincide con la terminación del tramo de ferrocarril hasta Águilas. Fecha cuando superando la habitual dispersión de cortijos, se produce un auge y progreso urbano, con la fundación de una pequeña ciudad, de la que demuestra estar enamorado profunda y sinceramente, cuando dice: "... pasa por ser el pueblo de mejor trazado y más bella urbanización de entre las entidades de población con que cuenta Lorca".

Si la presentación de Gil Arcas, y, proemio del autor, son una cascada informativa de datos y secuencias mineras fascinantes, relacionadas respectivamente con Lorca y la vida profesional del industrial, no es menos cierto el importante valor documental, histórico, social y estadístico, que contiene el prólogo a cargo de Joaquín Gris Martínez, quien demuestra su curtidura y desenvuelta actividad en el campo de la investigación y cuyo texto es una auténtica tesis de doctorado de honor en homenaje al significado del título que le presta: "Explotación intensiva y desinversión en la industria minera de Lorca, siglos XIX y XX".

Gris Martínez, expresa con fácil prosa y desenvuelta narrativa descriptiva, haciendo gala de su magistral erudición y de un profundo y extenso conocimiento del tema que acomete, avalado por la rica y variada bibliografía de la que se nutre aportada por todos los grandes expertos en la materia que han tratado la minería, la escenificación cronológica de una variable de datos tan excepcionales e interesantes, que se convierte en un documento de obligado conocimiento para quien desee consultar, referirse o aprender sobre lo concerniente al campo de las labores de prospección y

explotación de los yacimientos mineros surgidos en el extenso y prolífico territorio mineralógico lorquino. Mientas lo más entrañable, lo refiere a su sincera amistad con Bartolomé García Ruiz, iniciada con los trabajos preparatorios del libro, "...1887-1936. Los Ferrocarriles de Lorca a Baza y Águilas", que se editó por la Asociación de Amigos del Ferrocarril "El Labradorcico" de Águilas (miembros que merecen un marcado reconocimiento por su labor en defensa de las estructuras y patrimonio ferroviario); desde el plano documentalista, hace un alarde de exquisita y extraordinaria historicidad expositiva, cuya importancia es digna de ser transcrita en éste texto, pero el escaso espacio con que se cuenta, sólo nos conduce a dejar constancia de que, la contribución de su material entregado supone un antecedente excepcional y privilegiado de las grandes investigaciones que sobre el particular se ha llevado a cabo en toda nuestra geografía Regional.

Si hay que alagar el compendio de datos antiguos extraídos a los que da vida y forma, no menor, es la alabanza que debe otorgársele a Gris Martínez, cuando nos comunica los acontecimientos del desarrollo minero a lo largo de toda la historia en Lorca, en íntima armonía con las sucesivas explotaciones que surgen en las distintas Sierras a las que relaciona, enunciando el lugar y la producción correspondiente de elementos minerales beneficiados. Desde la Industria del Salitre, estrechamente vigilada por el Catastro de Ensenada, habida cuenta de la enorme rentabilidad para las arcas del Estado, y, la especulación minera de 1840; pasando por tantas otras a las que cita por su importancia productivo-económica, bien sean los criaderos de minerales de la Zona Sur, Morata, Purias, Escucha, Pozo de la Higuera, Puntarrón, Carrasquilla, Ramonete, Garrobillo; Zona Central; Puerto Lumberras, Cabezo de la Jara, Nogalte, Zarzalico, Jarales, Ortillo, Parrilla y Béjar; Río y Barranco Hondo, en donde se explaya y

desmenuza con fino bisturí especializado; hasta determinar, aspecto tan atractivo y curioso, como es el estudio de los Hornos de Crisoles u Ollas de Barro; Hornos de Ollas de Hierro; Hornos de Cilindros Verticales y Horizontales, por cuanto representa distinguir los distintos sistemas utilizados, la estadística, mediciones, y, otras características, que introducen y aclaran muchas incógnitas del mundo de la minería. Pero continua relatando lo que estudia sobre la Zona Norte de Lorca, Zarcadilla de Totana, La Paca y Zarcadilla de Ramos, Cóy, para continuar su investigación, incorporándonos a la minería de principio del S. XX; la del azufre de las décadas de los 30 y 40, para finalmente terminar con la decadencia de ésta actividad en los años cincuenta; sin obviar que vuelve tímidamente a recuperarse gracias a industriales de la gran talla y catadura profesional de personas como D. Bartolomé García Ruiz.

El libro, continua con el siguiente capítulo II, a cargo del Sr. García Ruiz, con "Apuntes sobre la Historia de Almendricos". Aspectos como la forma de creación del pueblo; la Estación del Empalme; Las minas de Hierro; los cultos; las crisis; personajes ilustres; rocas porfídicas; el medio rural; la política; el laboreo del esparto; las alcaparras y las minas; sanidad y enseñanza; las vivencias durante las distintas épocas en su pueblo; su biografía pormenorizada con expresión de fechas, incidencias, e interminable relación de todas las minas que mantuvo explotando a su cargo, constituyen un ejemplo simbólico del típico minero y empresario que, más que su pretensión de afán capitalista, primó el amor a su tierra, y, su incansable aspiración por el descubrimiento de los filones y las vetas de minerales que, eran imprescindibles para el desarrollo y progreso social y laboral. Acompaña su versión y opinión sobre el Distrito Minero de Sierra de Enmedio, cadena montañosa de más de 60 km. cuadrados, perteneciente a Almendricos, y, de la que dispone y traslada ilus-

trada información de primera mano, como buen ejerciente de minero. A continuación en su Capítulo III, se mete a fondo de forma extractada en la importancia de la minería que atiende al título del libro, indicando los avatares, sacrificios y venturas por los que atraviesan sus diferentes minas de azufre; hierro; cobre; manganeso; plomo; estaño (casiterita); estroncio (celestita); bentonitas; puzolanas; bauxita; ocre; pórfidos; barita; cuarzos; calamitas; espato fluor, y demás elementos necesarios para el mercado demandante.

Pero lo más significativo que insertamos, puesto que éste apartado trabajado, lo referimos a las Sierras Mineras de interior, o sea, todas aquellas alejadas de la costa marina, corresponde a la descripción redactada en la experiencia personal de D. Bartolomé García, sobre las prospecciones que conoció referidas a las que funcionaron en el S. XIX, y, aquellas a las que accedió personalmente, cuya testificación queda reflejada en su Capítulo IV: "Directorio de yacimientos mineros", y, puesto que nos relaciona varios centenares de ellos por toda España, interesándonos sólo los referentes a la Región de Murcia, los dejamos insertos para demostrar que, al margen de Cartagena, La Unión y Mazarrón (territorio antiguo denominado Cartago Nova- Montis Ilucronensis), ha existido una gran cantidad de minas que se extienden prácticamente por toda la geografía regional, donde aparte de las que expusimos al inicio, y, como decimos exceptuando las del litoral, con infinidad de pozos, hay que enunciar las siguientes:

Arcilla refractaria: Totana, se descubrió y explotó en 1884, el yacimiento del Cabezo de la Tibieza. Torrecilla (Lorca), en el lugar donde se localizó fue hacia la Rambla de Bejar.

Aragonito: Almendricos (Lorca), en el punto del Cabezo Peñoso cercanías de Pailla.

Azufre: La Serreta (Lorca), numerosos yacimientos antiguos que se recuperaron.

Arenas Silíceas: Calasparra, en el camino de la Ermita del Chopillo, ante de llegar al Cortijo del Algaidón.

Baritina: Lorca, viejo laboreo en Cabezo de Don Juan al Sur de la Campana. Águilas, criadero del paraje La Cerricera (antiguo nombre que daban los mineros a la barita), en Tébar. Lorca, Cabezo de Las Minas, a 1 km. al Norte de los Baños de Carraclaca. Almendricos (Lorca), Mina Santa Isabel. Lorca, Mina de hierro al Oeste de la casa de la Torreca a 2 km. de Morata; como así mismo en las Cecilias, casa grande y Cuesta Oliva en el Ortillo.

Bauxita: Mula, En el monte La Selva en la Sierra del Cambrón, consistente en afloraciones del Cejo de la Grieta; Mina del Hierro; Solana de la Higuera; y Cerro Pedrero, de unos 3 km. de extensión.

Bentonita: Lorca, en la Parroquia y la Zarzilla de Ramos.

Calizas: Bullas, en la carretera de Zarzadilla de Totana a Bullas y en la de Pliego.

Calamitas (Smithsonita): Lorca, en Sierra Peña Rubia; Sierra de Pedro Ponce en Zarzadilla de Totana; Cerro de las Minas de Zarzadilla de Ramos; El Mingrano de La Paca; al Sur desde la Venta Alta de Purias. Minas de plomo y zinc en los parajes de Cabezo del plomo; Gurugú; Barranco del Perro y Rambla de Morata. La Torreta por la carretera de Puntas de Calnegre; Peñas Blancas Sierra de En medio. Cabezo de la Mina a 5 km. del Pantano de Puentes. Totana, en Cabezo de Las Minas, a 5 km. al NO. Ricote, en el paraje Almarcha y Cabecico del Plomo.

Cobre: Lorca, Cortijo del Rufino en las inmediaciones del Castillo de Xiquena; Santa Isabel de Almendricos; La Carrasquilla grupo "Tres Niñas"; Mina "Juanito" próxima a Morata; Sierra del Caño, lado NE de Peña Rubia; El Consejero, antes de llegar a la Ermita del Praico en La Parrilla; Majada de las Vacas en Los Jarales (3*).

(3*) Observamos la ausencia de las famosas minas de cobre (azurita y malaquita), que, según nos comentó Aragonese (por apunte de Martínez Santa Olalla, que

previamente las había conocido), fueron visitadas ocularmente para detectar lo que consideró la muestra de un magnífico criadero puesto en producción en diversas épocas en el tiempo, según demandase las necesidades que, en cada ocasión, pondrían la actividad metalúrgica en funcionamiento, pese a las grandes dificultades que para la rentabilidad industrial supone, el traslado del mineral hasta un punto apropiado de recogida. Minas existentes en las cercanas estribaciones NE., de la Sierra de la Tercia, concretamente al Norte del Alto de los Secanos, explotadas en laboreo con toda seguridad por los vecinos de "La Bastida", atendiendo como camino de transporte el curso principal de la Rambla de Lebor.

Puerto Lumbreras, "Minas Santa Primitiva y Adela" en Zarzalico y Nogalte.

Santomera, en el Cabezo de Fuentes en la "Mina Santo Tomás". Águilas, Paraje Mejias de Tébar.

Dolomitas: Bullas, en las proximidades de la carretera de Zarzadilla de Totana.

Estroncio: Lorca, en el Cabezo Bolainas en La Parrilla. Fortuna, en la Horticuela.

Estaño (Casiterita): Lorca, en el Paraje Las Cobrizas y Sal del Lobo en el Garrobillo.

Fluorita: Lorca, en la Sierra de Pedro Ponce en Zarzadilla de Totana y Lomas de Mingrano en La Paca.

Fosfatos: Alhama, en Sierra Espuña en parajes Casa de la Rotura, Malvariche, y Prado Mayor. Jumilla, a 1 km. de La Cecilia, y, Mina Esperanza.

Grafito: Lorca, en los Carretones a unos 3 km. al N. de Coy.

Hierro: Cehegín, en las minas abiertas en sus sierras. Lorca, en el Distrito Minero de Sierra de Enmedio (50 concesiones); Minas Galatea de la Sierra de Almenara; Minas de Villarreal, Ramona, Concha y Somorostro. En Morata Ramonete, El Mesillo, Cabezo Negro, Cabezo del Cuco y Cabezo del Bosque. Águilas, en el Tejedor, Talayón, y Chuecos, se encuentran otras minas "La Lolita", "La Tortola" y "Anita", en Mina Rica en el Barranco del Baladre y Cabezo del Tinjero, al O. De Cuesta de Gos.



Mineros en 1921 trabajando las escasas explotaciones de fosfatos de Sierra Espuña. (Alhama).

Alhama, en la Sierra de Carrascoy, y, Sierra Espuña en el Morrón de Alhama. Torre Pacheco, Minas del Cabezo Gordo a unos 7 km. al levante de la Estación de Balsicas. Cieza, en la Sierra del Cabezo del Año.

Lignitos: Moratalla, en Benizar. Alhama, en Sierra Espuña por el Berro.

Mármoles: Lorca, en la Cadena de montañas al NE y SO del Pantano de Valdeinfierno. Mula, en la Sierra de la Selva, lado NE de Zarzadilla de Totana a Bullas. Caravaca, en las canteras de explotaciones diversas. Cehegín, zona conocida por Los Mármoles rojos.

Manganeso: Lorca, En parajes El Cimbre y los Jordanes a unos 4 km. hacia el S. de La Parroquia.

Mica: Entre Ramonete y Mazarrón, Sierra de Almenara-Las Moreras-Cabo Cope.

Oro: Lorca, en el Paraje Sal de Lobo, y, Las Cobrizas de El Cantar, Garrobillo.

Oligisto micáceo: Lorca, a unos 8 km. al N. de Almendricos, y, en la Colina del Barranco Pantano (Los Egeas) en Almendricos.

Oxidos de hierro yrojós y amarillos: Lorca, en Villarreal y Purias. Puerto Lumbreras, los encontrados en el Cabezo de La Jara. Alhama, Mina que en 1985, se encontraba todavía en actividad.

Plomo: Conocido es (aunque no es el caso citarlo, su importancia nos obliga a comentarlo y hacer mención de ello), la enorme producción de los criaderos en La Unión, Cartagena y Mazarrón a lo largo de

la Historia. Águilas, en el Lomo de Bas o Cuesta de Gos; en el Charcón a 2 km. hacia el O. de la carretera Lorca-Águilas, desde la Venta de San Felipe. Lorca, en Coy, donde se construyeron pozos de forma elíptica.

Plata: Conocemos igualmente la importancia de las minas de plata en la antigüedad, por ello igualmente nos obliga a citar lo que hasta bien entrado el siglo XX, todavía se podía encontrar en las minas de Cabo de Palos-Calblanque.

Puzolana: Zeneta, Murcia, en la Peña del Cabezo Negro. Fortuna, Depósito de traquitas llamadas "fortunitas". Barqueros, Murcia, montículos donde aparece la variedad conocida por "cineritas". Lorca, se explotan desde Collado del Puntarrón hasta el Km. 91 en carretera de Totana a Mazarrón; y, desde Mazarrón a Ramonete en la falda E. de la cadena montañosa.

Porfido (ofita): Lorca, en la Sierra de Enmedio en Almendricos. Alhama, en la Sierra de Carrascoy, en activo actualmente. Abarán, en los montes de áridos colindantes.

Sal común: Molina de Segura, en lugar del borbotón de Rambla Salada, cuyas Salinas actualmente se han convertido en Centro de Interpretación Salinero. Sangonera (Murcia), conocidas por las Salinas de Alcantarilla, y, que, en ésta misma revista, detalla con mayor explicación histórica, en su artículo, mi querido y admirado compañero e historiador Salvador Frutos Hidalgo. Jumilla, e la Sierra del Carche, se encuentran las Salinas de la Sal o Cabezo de La Rosa, constituido por un diapiro salino que ha logrado aflorar enre las grandes fracturas del terreno suprayacente, habiéndose encontrado restos romanos que deduce por una antigüedad que data de ésta época.

Sepiolita: Barqueros, Murcia, en el sector norte de la Pedanía, se encuentra el yacimiento en la montaña de arcillas y cineritas. Puerto Lumbreras-Lorca, en la Rambla de Béjar.

Talco: Águilas, destaca por su calidad el yacimiento de Los Pachecos.

Yesos: Como los lugares son dispersos y pueden encontrarse en casi todo el terri-

torio de Sierras de la Región de Murcia, destacan por sus inagotables vetas: Fortuna; La Serreta (Lorca); Mazarrón; Águilas y Sierra de Enmedio (Almendricos).

Finalmente, el Sr. García Ruiz, inteligente compilador, y, con una extraordinaria perspicacia, al margen de su indiscutible narración y estudio aportado, se hace de los más interesantes valiosos y trascendentes trabajos en la materia, que publica junto al suyo, incluyendo los respectivos que se mencionan: el del Ingeniero de las Artes y Manufacturas, P. Cardieu, a instancias del industrial minero Louis Canthal, de origen alemán, con su "Informe sobre algunas minas de hierro de la Sierra de Enmedio"; como igualmente los dos documentos: "Informe de la mina de hierro "La Diosa", e "Informe sobre la mina de cobre "Tres Niñas" diputación de la Carrasquilla, término de Lorca (Murcia)", del Ayudante Facultativo de Minas, Pedro González Rubio; el "Informe de la zona minera Sierra de Enmedio en visita hecha en el mes de Agosto de 1957", por el Facultativo de Minas, Hipólito Pérez Romero; el "Informe sobre la zona de mineral de hierro de "Sierra de Enmedio", provincia de Murcia" del Dr. Hermann Jung; otro "Informe sobre las minas de la Compañía Minera de Cuesta de Gos, del Inspector General de Minas Rafael Souvirón; y, cierra como broche final, el texto: "Minas de hierro magnético del distrito de Cehégín provincia de Murcia (España)", del especialista internacional en la materia José Boivron, quien trata con detenimiento y exhaustivo tecnicismo, las posibilidades e inviabilidad productiva y rentable de las minas según en el lugar donde se encuentren situadas.

M^a. MANUELA AYALA JUAN Y EL RINCÓN DE ALMENDRICOS.

Primeramente, atendiendo la relación de oriundez de la entrevista a nuestro protagonista, D. Bartolomé García Ruiz, nacido en la Diputación lorquina de Almendri-

cos, alimentado profesional y espiritualmente por la minería en todos los órdenes y sentidos, además de haber jugado un papel importante, por su interés, vocación y colaboración en el campo de los descubrimientos y el patrimonio arqueológico, que aparecía entre sus muchos movimientos de tierras y perforaciones para desarrollar su actividad, nos obliga a comentar su intervención y apoyo personal en el hallazgo del yacimiento argárico del "Rincón de Almendricos", que fue acometido bajo la responsabilidad de mi respetada y admirada Profesora, María Manuela Ayala Juan, quien en 1982, se encargó de dirigir las excavaciones, manifestando con satisfacción: "... ha quedado resuelta una compleja serie de enigmas, al encontrar una altísima concentración de utensilios sobre, ó cerca de, el poyo que, llamamos cocina, pues nos indica que en el ámbito arqueológico español hay que, considerarlo como único y excepcional en aproximación de lo conocido sobre ésta cultura en el mundo".

Desde éste instante, varios son los artículos, de una excelente calidad investigadora y científica, publicados por María Manuela, sobre el yacimiento de Almendricos, pero quizá el más intenso y concienzudo, incluyendo su analogía con el extensísimo genérico empleado en un análisis comparativo, lo tenemos en el que redacta en homenaje de la Profesora Ana María Muñoz Amilibia, "Poblados de llanura y poblados de altura de la Edad del Bronce en Murcia. La Cultura del Argar", ya que, por primer vez se demuestra que los poblados de la Edad del Bronce aparecen además de con ubicaciones en "altura", también construidos en "llanura", dado que las condiciones de biodiversidad eran: "... aunque prácticamente iguales hace aproximadamente 4.000 años, pero el paisaje murciano era bastante diferente, no en lo relativo al relieve..., sierras, valles, amplias depresiones llanos sobreelevados etc., sino en lo referente a algunos de sus elementos climáticos y biota", donde la desaparición de los poblados se fundamen-

ta en la progresiva tendencia surgida por la depredación y “aridificación”. Destrucción de los poblados de llanura que se documenta en los estudios realizados, como el investigado personalmente por ella, en éste Rincón de Almendricos.

En éste trabajo, tras su introducción histórica, comentando el avance del conocimiento sobre la Cultura del Argar en la Región, desde que el Ingeniero de Caminos Rogelio de Inchaurrendieta, realizara en 1869, el primer trabajo arqueológico en La Bastida de Totana, bajo el título: “Estudios prehistóricos, La Edad del Bronce en la provincia de Murcia”, María Manuela informa: “... es indiscutiblemente fruto de la investigación arqueológica de campo y a la dedicación de un gran número de investigadores preocupados por el conocimiento de las gentes que poblaron ésta tierra durante las fechas de dicha cultura”. Relaciona cronológicamente a todos cuantos han participado en tan ingente sacrificio y esfuerzo sobre el estudio de la Edad del Bronce en el Sureste español, desde los Hermanos Siret, pasando por Bosch-Gimpera, Juan Cuadrado, Santa-Olalla, catalanes, murcianos, almerienses, Jorge Aragonés, y terminando por la inglesa Beatrice Blance y los alemanes Hermanfried Schubart y Willfried Schüle, quienes han dejado escuela de estudiosos que siguen los pasos de éstos, desvelando nuevos pormenores de las gentes que poblaron la Región hace cuatro mil años.

Ayala Juan, redacta en una verdadera simetría de conocimiento, experiencia y profesionalidad arqueológica, un esquema radiográfico social de éste lugar de llanura, como es el Rincón de Almendricos, conforme reza:

“En este tipo de hábitat se practicó una agricultura de regadío, como hemos documentado a través de las estructuras que nos ratifican esta afirmación, un pozo y una canalización en el poblado El Rincón de Almendricos, además de los restos carbonizados de las leguminosas obtenidas en los

trabajos de campo, es por lo que presumimos hubiera existido un tipo cultivo de huerta con riego permanente que se abastecería de la fuente situada al Oeste del poblado y discurriría a través de la acequia descubierta al Sur de las casas «B», «Y» y «Z» del poblado hasta el pozo sito al Sureste de estas dos últimas, continuando su trazado hasta la zona llana de cultivo comunal sita en la zona más oriental del poblado. También se documentó otra acequia con una mayor complejidad constructiva en el poblado de altura La Loma del Tío Ginés de Puerto Lumbreras, pues al labrar el campo hallaron, in situ, tres lajas de pizarra verticales que cerraban el paso del agua a las acequias donde estaban colocadas y desviarla tan sólo al campo de cultivo que lo necesitara; estas losas procedían del Collado Aullón de la Sierra de Enmedio de Lorca (Ayala, 1991, 263). El regadío no es originario de esta cultura ya que existen acequias en el poblado de La Virgen de Orce y de Millares de Santa Fé de Mondújar, Almería (Schüle, 1967, 113-121; Molina) del período cultural precedente”; “... pero también como en los poblados de altura..., se han documentado en ellos, el laboreo de metal, la industria lítica, ósea, pétreo, cerámica, cantería, el pastoreo, la agricultura, como sucede en El Cerro de las Viñas de Coy (Lorca), La Hoya del Conde San Julián y El Cabezo Gordo de Totana, aunque en algunos de menor tamaño, tan sólo se han podido localizar indicios de una o varias actividades como sucede en El Cabezo de la Mina de Santomera donde se practicaba la extracción del cobre, en La Serrata donde se constató un alfar o en La Loma del Tío Ginés dedicado posiblemente a una agricultura intensiva dado al número de *Vicia* documentada en el poblado y a la documentación in situ de sus acequias de regadío permanente (Martínez, 1999, 162; Ayala, 1991)”.

Un trabajo pormenorizado, acuñando prácticamente toda la bibliografía y documentación publicada al respecto, que exhibe, esclarece y verifica la alta cualificación

y capacidad de la autora en ésta materia, tocando el urbanismo; el ajuar; la muerte; el arte; las insculturas; las minas; la metalurgia; y, cuanto representa una forma de vida de unas sociedades occidentales que evolucionan con la influencia e intercambio cultural de las incursiones comerciales avanzadas que proceden de oriente y se mezclan en convivencia normalizada con los propios nativos que les acogen con plena y asumida hospitalidad.

Como quiera que el yacimiento del Rincón de Almendricos, ha sido el lugar extraído sintetizadamente del documento en cuestión, consecuencia de la relación de amistad que, Maria Manuela Ayala Juan, a lo largo de aquellas excavaciones, mantuvo con D. Bartolomé García Ruiz, es por lo que hemos considerado procedente entrar en el conocimiento de éste lugar donde naciera el entrevistado, minero y empresario, para proyectar una imagen de Sierras mineras, que desde la antigüedad del argar, ya venían por sus vecinos asentados, beneficiadas en sus criaderos, al socaire de las correspondientes explotaciones líticas para la metalurgia, y, que, debieron ser muy intensas y abundantes, según expresa en su trabajo Maria Milagrosa Ros Sala, sobre: “Panorama actual y perspectivas de investigación en torno a las Comunidades del Bronce Tardío en el Valle del Guadalentín y su entorno próximo”.

MI CONTACTO HUMANO CON D. BARTOLOME GARCIA RUIZ

Nuestros trabajos tratan de buscar el plano humano más próximo posible con los personajes que conforman el hábitat social y cultural del espacio que ocupan en relación con el asunto de su íntima y elocuente razón que se elabora. En nuestro caso, motivo de la confección de éste documento que se entrega, como muestra de una nueva óptica y perspectiva con que cada cual observa e interpreta el universo de la materia estudiada, traemos la figura de un hombre, D. Bartolomé García Ruiz,

que es parte de la historia reciente de la actividad minera de la Región de Murcia.

En cada uno de los dos artículos anteriores, la incorporación del hombre, se ha hecho imprescindible para encontrarnos con el pensamiento del concepto de ideas procesadas; el recuerdo de experiencias vividas; la delación del acontecimiento sufrido; el comentario de unos sacrificios que nunca se olvidarán, y que, en su conjunto, constatan la identidad e idiosincrasia de unas gentes que, por semejanza, constituyen el eje central de la escenificación que pretendemos reconstruir y recuperar para que la riqueza memorística y evocadora del acervo de obligaciones y deberes, propiedad mental del individuo, susceptible de valoración durante el tiempo dedicado a la función laboral que le correspondió representar; sepamos y podamos conservarla y transmitirla a las generaciones futuras, mediante nuestro trabajo escrito recogido por la calidad oral recibida de nuestro interlocutor.

Corría el año 2006, cuando llegó a mis manos, previa petición al Presidente de la Cámara de Comercio de la ciudad del Sol, el libro sobre la minería en Lorca, cuyo autor, Bartolomé García Ruiz, era totalmente desconocido para mi.

Leí la parte menos técnica, pues ya comentamos anteriormente que consta de una recopilación de extraordinarios trabajos especializados en minería, transporte terrestre y marítimo, y, metalurgia referido al territorio lorquino, y, otra, donde el hombre, el personaje, crea su mundo de realidades e ilusiones particulares, volcando una impresionante cascada de recuerdos, infantiles, familiares, sociales, políticos y profesionales, que partiendo desde su mas tierna edad, le llevan hasta el retiro jubiloso de sus funciones de trabajador y empresario, consecuencia de una libertad y disponibilidad de tiempo que le permite entregarnos su más entrañable y recóndito conocimiento adquirido, que de no transmitirlo por escrito se perdería sin remisión.

Es así, como quise ponerme en contacto con el Sr. García Ruiz, cuando recordé que en Almendricos residía, Andrés Jerez, gran amigo y ex-compañero como Consejero de la CAM.

Hablé con Andrés, contándole mi intención de visitar a D. Bartolomé, y, de forma amable y muy servicial, me comentó: "... no te preocupes, conozco y tengo una estrecha amistad con él, y, te facilitaré la información del día que te puede recibir".

Pocas fechas más tarde, recibía su llamada telefónica, diciéndome que el Domingo próximo, sobre las once de la mañana, estaría esperando mi llegada en su casa de Almendricos. Le agradecí la gestión, y, aún así, me indicó que me esperaba en el apeadero de la Estación de Ferrocarril para acompañarme al domicilio particular, donde me lo presentaría protocolariamente.

La mañana que partía de Murcia hacia Almendricos, del Domingo en cuestión de un mes de Febrero, era tremendamente fría y su cielo de un gris oscuro presagiaba la continuidad de lo que no es habitual en ésta tierra, la excepcionalidad de una lluvia constante y de cierta intensidad.

Mientras transcurría el trayecto por la autovía, trataba detenidamente de hacer un retrato robot del perfil del personaje a quien iba a visitar. Argumenté, meditando con cierta vehemencia, que por las características profesionales de mi interlocutor, su capacidad para la confección del libro, la ancianidad con la que me encontraría, y, la necesidad que tuve de solicitar intermediario para que me recibiera, sería una mezcla de circunstancias que no tenía muy claro sus resultados.

Transcurría el itinerario de mi viaje con fluidez, dejando atrás los pueblos y la propia Lorca, apenas sin darme cuenta del largo trecho recorrido, cuando a muy pocos metros observé que ya me encontraba en la garganta o paso natural de la enhiesta y desafiante Sierra de Enmedio, puerta de entrada, desde el Norte, a esa pequeña ciu-

dad de Almendricos, que siendo como expresa en su libro D. Bartolomé, una serie de cortijos diseminados en el último tercio del S. XIX, se había convertido en una ruidosa ciudad industrial, merced a la ubicación de empresas mineras; la oferta de empleo convocadora de inmigrante mano de obra, y, la instalación de vía férrea con alta frecuencia de trenes. Actividades vinculadas a la intensiva explotación que generó la puesta en funcionamiento de las minas de aquellas Sierras que se habían convertido en la panacea de un territorio olvidado desde la prehistoria, pero que sirvió para que desde sus orígenes creara una turgente riqueza económica, además de un patrimonio humano cuyos valores se habían convertido en el baluarte defensivo de unas costumbres y tradiciones asentadas en la más pura esencia que sus generaciones mantendrán con gentil orgullo y satisfacción.

Llegaba al lugar acordado, el apeadero de la Estación de Ferrocarril de Almendricos unos minutos antes de la hora prevista de encuentro con Andrés Jerez. Las calles estaban, vacías, desiertas, parecía una ciudad sin vida, no en vano, el intenso frío del mes de Febrero y el lloviznar de la mañana, arredraría a los vecinos a pasear, pese a ser un día de Domingo.

Salí unos minutos del coche para acercarme a los andenes e idealizar el momento. Miré al horizonte hacia el lugar del Rincón del Almendricos, estudiado por Maria Mauela, y, noté como una estela fugaz pasó por mi retina, haciéndome regresar a 4.000 años en el tiempo, comprensivo a una escena del poblado del argar en llanura, cultura dedicada a su agricultura y metalurgia, cuyos minerales salían del corazón de aquellas Sierras que, desde sus crestas me contemplaban.

Más próximo a nuestros días, la imaginación me trasladó igualmente a una época cuando aquella zona del apeadero, sería un complejo comercial de ruido; trasiego de personas; mineros; trenes cargados de mineral; compra venta de objetos,

artículos, productos de alimentación, animales, etc., punto original de un lugar de concentración humana convertido en el centro neurálgico de la prosperidad y desarrollo de aquella ignota urbe, desconocida, sin duda, antes de la explotación de las minas de su Sierra de Enmedio.

Con puntualidad anglosajona, Andrés, se presentaba a la hora prevista.

Nos saludamos efusivamente con un fuerte apretón de manos, pues hacía meses que no nos veíamos, y, con la alegre amistad colegiada de quienes han compartido, responsabilidad, vicisitudes y anécdotas durante años, como Consejeros en una entidad financiera, recordamos nuestros momentos pasados.

La distancia de donde nos encontramos junto al andén del ferrocarril, y, la vivienda de D. Bartolomé García, no superaría los cien metros, por lo tanto fuimos andando, mientras hablábamos de nuestras cosas.

Andrés, llamó a la puerta, y, al instante aparecía la esposa de D. Bartolomé, quien muy amablemente se dirigió a éste, a quien debía conocer muy bien, pues le mostró una abierta y sincera simpatía, y, con la gracia de una mujer madura deseando agradar, comentó que su esposo venía de camino a la puerta.

Justo en ese momento aparecía D. Bartolomé, hombre de talla media, compleción fuerte, cuerpo algo encorvado, rostro terso pero manchado por los lunares de la edad, con chaqueta de invierno cerrada en sus botones, y, una bufanda que le cubría el cuello, a modo de fular, cruzada sobre el pecho bajo la propia americana.

Al igual que su esposa, nos ofreció una franca y honesta sonrisa, y, a continuación fuimos presentados.

Andrés se despidió y me instó a que le llamara a su teléfono móvil, antes de partir para Murcia. Y a ello me comprometí.

D. Bartolomé me hizo pasar a su casa. Pero no a cualquier lugar de la casa. Me condujo por un largo pasillo, hasta un

pequeño patio desde donde partía una escalera que subía a una pequeña sala, que más que un despacho parecía un pequeño templo de estanterías, vitrinas y mostradores, repletos de infinidad de piedras de todo tipo y procedencia. Digamos que sin la categoría que le corresponde al no estar catalogados sus fondos, podría pasar perfectamente por un museo de minería. En ese instante me acordé de mis contactos con el Museo Geominero de Madrid; el Museo de Mineralogía de la UAM, y, el Museo Histórico-Minero Don Felipe de Borbón de la Escuela Superior de Ingenieros de Minas de Madrid. Cuantas de aquellas piedras, entre cientos que las había, podrían ser motivo de interés por cualquiera de dichos Museos. Una roca, incluso que llamaba la atención por su extrañeza de color, peso y geometría, de la que me comentó, había sido objeto de estudio, con un resultado de material desconocido en nuestro entorno civilizado, y, considerada como posiblemente un meteorito enormemente friccionado.

Comenzamos a charlar. Le expliqué mi intención de entrevistarle y que lo que me contestase sería publicado en ésta revista, de la que le entregué los últimos ejemplares de 2006, donde traté mis anteriores artículos sobre el motivo de mi visita, la minería. En éste caso desde la perspectiva humanista de un profesional que de la nada se convirtió en un importante empresario e industrial.

Conforme hablaba del tema relativo a la minería, se plegaban con fuerza las envejecidas arrugas de su frente dándole un aspecto circunspecto, pero notando que sus ganas de hablar y expresarse eran manifiestas.

A partir de ésta primera toma de contacto, conectando en la misma frecuencia inteligible, inicio su pronunciación verbal con un repaso interminable de sus vivencias y trayectoria personal que, aunque se me hizo ameno, duraría posiblemente más de media hora.



D. Bartolomé García, sentado ante su mesa de despacho.

En realidad, parte de lo que narró podemos encontrarlo en su libro citado al comienzo, por lo que omitiré lo que puedo considerar una amable introducción del autor, estimando que no lo habría leído.

Le pedí centrarnos en las preguntas que llevaba prepa-

radas, y así lo hicimos.

Comencé preguntando la fecha de su nacimiento. Nací el día 30 de Junio de 1914, en éste pueblo de Almedricos, por tanto tengo casi 94 años.

¿Profesión de su padre? Bartolomé García Márquez. Minero. Igual que mi abuelo, Bartolomé García Martínez. Por tanto pertenezco a una saga de mineros de la que me siento muy orgulloso. Sin olvidar a mi madre, Juana Ruiz García y a mi abuela María Márquez, que ambas sufrieron lo que no está escrito en los libros a consecuencia del trabajo de sus maridos y el esfuerzo por sacar a sus familias adelante.

¿Dónde y a que edad comenzó a trabajar? Hijo mío. Me parece que tenía cinco años, cuando entré por primera vez a la Mina de hierro La Concha para llevar la comida a mi padre. Era un mundo oscuro, siniestro. De podredumbre al mirar las caras y cuerpos de sus ocupados mineros. Comencé de gavia y a partir de ahí, más de 60 años dedicados a la profesión. Los lugares fueron donde había trabajo. Allí donde se abría una mina en ésta zona, que era el momento más difícil del inicio de la explotación, allí trabajé. Por recordar algunos sitios, Las Norias y el Tejedor de Águilas. Aunque no pudo olvidar las minas de Jara-vía que eran las más antiguas de todas las sierras periféricas.

¿Salió pronto de ésta circunscripción minera? Bueno mi padre, ante el hambre y

la precariedad que se padecía, tuvo que emigrar, cuando la Primera Guerra Mundial, a las Minas de Carbón de Francia. Allí fueron también mis abuelos. Pero la Empresa francesa abrió minas en Argel, y, mis abuelos fueron trasladados, a la vez que, mis padres les acompañaron para poder salir de la miseria en que se vivía. Durante uno o dos años con mis padres, regresé a Almedricos sobre los 9 años, fecha que comencé a trabajar en los almacenes de Ocre, y por las noches acudía a la Escuela, sin perjuicio de que en ratos libres tuviera que ir a trabajar de gavia con mi padre a la mina. No obstante, reconozco que, en mi caso, quizá tuve mucha suerte. La oportunidad de poder estudiar un poco y mi experiencia como receptor de la información de los mineros de mi entorno, me fue afianzando en el oficio. Con ciertos ahorros de lo trabajado en Argel mi padre montó un pequeño negocio, pero sobre el año de 1930, yo creo que tenía 16, atraviesa una crisis económica, y tiene que aceptar la propuesta de un fabricante de colores que le lleva al Cabezo de la Jara donde adquieren en sociedad cuatro o cinco minas, adjudicándosele a su padre el trabajo de socio-administrativo. Invirtió los pocos fondos de que disponía, pero lamentablemente, le viene por un exceso de confianza un bache malo y le obliga a la separación de la sociedad, con la pérdida de casi todo el capital aportado y de ganancias (no le apetece contar la triste situación, pero por la expresión de su rostro, sin explicarla, me pareció entender el signo del desengaño de una fuerte amistad). Pero yo seguí preparándome esperando se produjera el momento apropiado de lanzarme como pequeño empresario. Pero antes, tras intensos trabajos en las Minas de Cobre del Cabezo de la Jara, ubicadas antes en Lorca, hasta la segregación de Puerto Lumbreras, explotadas por el Sr. Riera, la suerte fue mi amiga más leal, pudiendo aprender lo indecible, pues la confianza y enseñanza que se me brindó ante la permanente muestra de responsa-

bilidad laboral por la Empresa, hizo que lograra alcanzar cotas de conocimiento y formación como para tratar de intentar trabajar por mi cuenta. A partir de aquí, se me concedió la categoría de encargado con obreros a mi cargo, en Mina Isabel de nuestra Sierra de Enmedio. Y conforme pasaba el tiempo comprendía que debía independizarme. Hasta que llegó el día que la suerte nuevamente hizo acto de presencia con un contrato de 50.000 m3. de piedra en rama para base de carreteras.

Me cuenta largo y tendido una bellísima y entrañable historia que daría para dedicarle una revista en exclusiva, pero para abreviar la extensa conversación mantenida, a sabiendas nos encantaría contarla en varios capítulos, y, que siento no poder incluir, por la brillantez y elocuencia con la que se expresaba, pese a su avanzada edad (aunque eso sí con un poco de sordera, según parece producida por el sonido de barrenos y maquinaria pesada en su trabajo), me informa que, D. Salvador González Gómez, Ingeniero de Minas con título belga, entrega 10.000 pesetas por las labores de servicios prestados a la empresa minera, y, a los 18 años de edad, comienza a trabajar en ésta actividad con su padre.

Pero donde más incide para contar sus más viejas y queridas anécdotas, es en remitirme a un inédito pequeño cuaderno anillado y con pastas de cartón, que me entrega para que lo lea, y, que lleva por título: "Recuerdos a Ráfagas". Lo he leído en casa, realmente es un cúmulo de curiosidades y circunstancias personales dignas de hacer una película de Berlanga, con actores como Toni Leblan; Ozores; López Vázquez, y, todos los de esa época. Casi se aseguraría el éxito con la narración de unas vivencias circunscritas al personaje de un pueblo cualquiera de España, que nos cuenta detalles sobre andanzas, viajes, ferrocarriles, peripecias con la Guardia Civil, costumbres y tradiciones del más puro sentimiento personal.

Durante el trienio de 1933 al 36, es trasladado por dicha empresa minera a Valencia,



D. Bartolomé García Ruiz en su pequeño museo de minerales en su casa.

donde adquiere un ingente conocimiento del funcionamiento telegráfico, administrativo y organización industrial minera.

En el 36 es llamado a filas militares y se incorpora con destino en Murcia, pasando de allí a Cartagena. Pero no quiere recordar aquél periodo de guerra fratricida y hostilidades entre amigos y familiares.

Le trasladan a Almendricos, y, por su experiencia como telegrafista, le nombraron oficial en dicho cometido de transmisión y recepción de telegramas.

Pero por su interés humano y profesional, debemos regresar ahora a las preguntas obligadas, relacionadas con el inicio de su entidad como industrial.

¿Cómo comienza su actividad como empresario independiente? Fue una casualidad, aunque quizá los lazos de amistad que mi padre había tenido con muchos empresarios mineros pudo abrirme algunas puertas. Terminada la Guerra Civil española me incorporé a la minería en las Canteras de Macael, donde el empresario D. Rafael Ricert, entiende que puede adjudicarme cientos de toneladas de material para talco. Como se puede deducir, fue un salto cualitativo y cuantitativo en mi forma de vida. Pasé de ser un posible empleado a un incipiente emprendedor hombre de negocios.

¿Qué otros temas le lanzan a su poder adquisitivo de empresario? Bueno mi deseo de prosperar, me obliga a dedicar gran parte de mi tiempo a buscar otros

trabajos. Apenas tenía descanso ni en fines de semana. Había meses que no sabía lo que es un día libre. Y tras seguir aprendiendo con el contacto con ilustre y eminentes ingenieros y especialistas en la materia, pude observar que me inclinaba por conocer mejor la geología. Así fue como comencé a estudiar la materia, y, su resultado fue el atreverme a realizar prospecciones por mi cuenta. Tal es así que mi primer descubrimiento fue una mina de Varita, por lo que fui felicitado tanto oficial como por técnicos mineros. A éste primer paso siguió otra serie de experiencias positivas que me acreditó como buscador de materiales líticos y mineralógicos entre los empresarios mineros.

¿Cuantos más criaderos de minerales localizó? Muchos, uno de ellos muy importante prospectando por los montes de la Sierra de Almagro. Encontré en principio Varita, pero era la punta del iceberg, porque, en su fondeado estaba el Estroncio. Sin obviar que éste mineral nos puede ofrecer varitina.

¿Realizó innovaciones industriales? Por supuesto, el primer compresor que vino a Murcia y Almería en 1958, fue de mi propiedad. Un magnífico y digno ejemplo de trabajador minero de mi plena confianza, Andrés "El Vertederas", a quien no le gusta le llamaran con ese apelativo, aunque verdaderamente en el sector se le conocía con todo respeto por ese apodo, tuvo que hacer un curso de varias semanas para conocer su funcionamiento. De Andrés salió una escuela de entendidos y expertos que supuso el trasvase de los mismos a otros empresarios que comenzaron a emplearse en ésta compleja maquina para explotar y rentabilizar las minas. Por lo tanto yo fui el creador de una tendencia de modernización de la que me siento muy satisfecho u orgulloso.

¿Ha bajado usted a pozos de minas? Si he tenido que bajar a distintos y profundos pozos, pero sólo como observador. He conocido el sufrimiento y sacrificio de sus mineros y he tratado de solidarizarme con



D. Bartolomé García Ruiz, en la entrevista realizada.

ellos, a veces incluso poniéndome de su parte para que consiguieran las peticiones de sus lógicas reivindicaciones. En mi empresa, que he trabajado en más de cien minas (me entrega una larguísima relación de ellas, con expresión de nombre, lugar, periodo, mineral y una infinidad de datos que sería prolijo insertar), he bajado a unos 30, o, 35 metros de profundidad donde a la vez siempre se contaba con larguísimas galerías, que yo mismo reconocía diariamente para observar su solidez y seguridad.

¿Me puede dar nombres de metalurgias a las que sirvió mineral? Igualmente sería una lista larguísima. Pero como ejemplo pondremos el mineral extraído de las 47 Hectáreas en La Cerrichera de Águilas, suministrando varita a José Fernández; Casa Hijos de Sebastián y Monte de Barcelona (industrias mediadoras del mineral y su elaboración para convertirlo en material directo para su uso comercial).

¿Ha hecho negocios de minas? Mi vida profesional como empresario de domingo a domingo, pues apenas descansaba, me exigía estar pendiente de todo negocio que surgía. Recuerdo para finalizar mi prolífica carrera de industrial, que compré dos concesiones mineras de plomo a sociedades constituidas en Mazarrón, y, las vendí a Minofes, una empresa de gran trayectoria en el campo plomero y que me agradeció, aunque pude sacar un poco de beneficio, que se las vendiera porque tenía necesidad de dicho metal.



Carnet de empresario de minas de D. Bartolomé García Ruiz.

¿Para terminar, alguna aportación que desee comentarme? Son muchas, pero me ceñiré a que aún jubilado a la edad de 68 años, he mantenido una estrecha relación con la minería de diversas formas, como opinando, asesorando, informando, y ofreciendo mi experiencia a quien me la ha solicitado. He llegado a tener hasta 20 personas en mi empresa, más otras auxiliares adjudicadas. Mi lema ha sido siempre, pues nunca se me olvidará lo que mi familia y yo mismo pasé en mis carnes, servir a mi trabajador. En éste sentido además de ayudarles siempre que me han necesitado, constituí un economato minero en 1946, con número de registro 1.285, con un pequeño margen para el pago de los gastos generales, dedicado al almacenamiento de mercancías y alimentación (harina, arroz, patatas, sopa, azúcar, aceite, jabón, droguería, etc), a disposición de los obreros, cuyos precios, controlados por los propios empleados, eran los mismos que se adquirirían en origen ó en fábrica. El beneficio era evidente ya que éste servicio era mucho más económico que en tienda. El único requisito fue estar abastecido por Merzu, S.A., con sede en Madrid (Propietaria de Explotaciones Mineras Nacionales de Cotos Mineros), a quien estábamos agrupados para conseguir mejores precios que en el pequeño mercado de tiendas y comercios.

Aquí terminó mi entrevista, tras casi tres gratas horas de encierro con D. Bartolomé, y, con exquisito trato me acompañó hasta la puerta donde nos despedimos. No sin antes ponernos ambos a la disposición que fuere necesario y conveniente para aclarar o terminar de definir nuestra con-

versación. Con un fuerte apretón de manos de hombre que se entrega con generosa y noble honestidad, nos dijimos adiós. Aún así, la despedida, me produjo una sensación de nostalgia y melancolía, porque en las pocas horas que estuvimos juntos ganó mi respeto y consideración más entusiasta y admirable.

Debo decir en honor a la verdad que me ha llamado en varias veces a lo largo de más de un año, para preguntarme la fecha de la publicación de este artículo, puesto que hacía mucho tiempo desde que yo estuve en su casa, y, no tenía información de lo que le comenté. Le informe de la contrariedad surgida con la imposibilidad de su publicación que estaba prevista en 2007. Pero le prometí que cuando se presentase la revista donde apareciera éste trabajo, le enviarían el primer ejemplar.

A los pocos minutos llamé por teléfono a mi buen y querido amigo Andrés Jerez, quien me invitó a un refresco y respectivo aperitivo, y con mi expreso agradecimiento a su persona por su inestimable colaboración regresé a Murcia.

SERES MÍTICOS EN CARTHAGONOVA-MONTIS ILUCRONENSIS

Si estudiamos el fundamento de la mitología desde lo puramente etnográfico, nos proporciona una inmensa proyección prismática, donde el concepto de la leyenda podría tener tantas interpretaciones como opiniones generadas se originen por cada uno de los eruditos en macro-filosofía que lo estudie o analice.

No me esforzaré mucho, pero si realmente alguien desea conocer a lo que me refiero, solo tiene que contactar con mi respetado y buen amigo, José Luis García Feliú; quien desde hace años se dirige a la búsqueda de desentrañar los secretos de la leyenda clásica de las divinidades y deidades transmitidas por la filosofía y el historicismo ilustrado, cuyo último trabajo enviado en éstos meses pasados de 2007, sobre la Mitología del Mediterráneo, denominado: "Los bueyes de Geriones y la Vaca 10",

enmarcado en un periodo que podría coincidir con la Égida de Tauro, lo refiere al momento de ser nombradas Las Columnas (Olimpo y Otris), con el nombre que perdurará en la Historia: "Las Columnas del Heracles". Una introducción valiosísima para situarnos en su pesquisa: "Tras el tronar de Zeus...", nos acerca y desarrolla a mitos como: Ínaco; La Vaca IO; Hefesto; Areópago y Dédalo, etc., pero con tal torrente de averiguaciones y datos que sorprende por elocuencia, convicción y persuasión. Y éste es uno de los muchos estudios por él realizados, que podrían convertirse en verdaderas obras orientadoras de la Mitología. Por ello, abusando de la confianza que, desde años atrás, siempre me ha deparado su sincera amistad, no puedo dejar de incluir su correo electrónico: "jose-luisgarciafelu@yahoo.es", en la inteligencia de que si alguien desea ponerse en contacto con su trabajo de investigación, tiene abierta la puerta de la consulta o relación, que seguro con todo gusto atenderá.

Sin embargo, uno de los trabajos más reducidos, pero de lo más oportuno y brillante, por su clara y exacta definición de un acontecimiento, relato popular o literario, vinculado con la figuración de seres sobrenaturales capaces de acciones heroicas y beneficiosas para la humanidad, y guía imaginaria del comportamiento familiar y social del pueblo que las invoca, lo tenemos en el trabajo -que se aconseja leer- de Carlos Javier Blanco Martín, cuya sencillez de título: "La reproducción del Mito" (A Parte Rei. Revista de Filosofía, 26), es incompatible con la magistral visión que nos aporta en sus cortos pero sustanciosos capítulos de introducción; la historia y la mitología; mitos y géneros de relatos; supervivencia y reproducción del mundo mitológico; antropología filosófica del mito; y, finalmente con su breve pero extraordinaria conclusión, con ella me quedo, que reza como sigue: "Pensamos que el mito no preexiste a la religión, sino que forma un todo con los hombres en el proceso biológi-

co y social de su existencia. El posterior arrinconamiento del mito, sufrido por el auge de cultos proselitistas y místicos, primero, y, por religiones universales después, no supone ni mucho menos el fin de una era mítica, ni tampoco un paso y ruptura hacia una mayor racionalidad (cosmológica, ética, moral). Más bien habría que entender los marcos históricos emergentes como procesos económico-políticos de disgregación de formas arcaicas de pensamiento y vida. Éstas últimas, de manera análoga a ciertos órganos y organismos biológicos, se repliegan y rudimentan, pero sobreviven en estado de larva, inconscientes, a la espera de ingresar, tras el paso lento de generaciones, como materia para nuevas formalizaciones de la conciencia."

Es así, como entendemos que, sin duda, los mitos han tenido como función dar respuesta a los grandes enigmas e interrogantes de la humanidad, la vida, la muerte, el cambio, el destino..., y, sobre todo, cuanto representa una forma de vida, con incorporación de leyes y condicionamientos de aplicación a la inercia del mundo civilizado trazado desde la simbología de responder a la sociedad sobre el bien y el mal.

Pero no es mi intención crear el debate de un proceso incurso en la impronta de la evolución de las culturas que avanzaron, en parte, gracias a la incorporación de sus creencias mitológicas, sino tratar aquellos mitos que se arrogan el derecho de ser respetados en nuestro entorno antiguo de las Sierras Mineras de la Región de Murcia, cuyo epicentro se encuentra ubicado como todos sabemos en las Sierras de la actual "La Unión, Cartagena y Mazarrón", cuya titularidad en la antigüedad quedaba reconocida como Carthagonova-Montis Ilucronensis.

La confirmación de la existencia de mitos en la ciudad de Cartagena, nos remite obligadamente al superior, soberbio y solemne documento que en 1597, nuestro Licenciado Francisco Cascales, dedica a la ciudad bajo la concepción de digno y merecido homenaje, y, que titula: "Discur-

so de Cartagena”, cuyo texto leído por Jorge Aragoneses, le hizo pretender indagar la recuperación de aquél escondido Coliseo bajo la Plaza de Toros, ó, parte de los edificios emblemáticos perdidos de los que estaba convencido y auguraba se descubrirían. Hasta en eso acertó, pese a que en aquellas fechas de los años 50 le impidieran realizar las catas para conocer la veracidad de lo expuesto en el documento del que se transcribe una mínima fracción.

Por su lucida brillantez y creadora prosa glosada, vertebrando la historia de Cartagena con tanta sabiduría, nos obliga a extraer de éste exhaustivo trabajo digno de leer por ser herramienta de consulta, un pequeño texto que nos sitúa con facilidad en el siguiente paso del compromiso de nuestra misión relacionada con los seres míticos de los que debemos ocuparnos, dejando constancia de los párrafos del siguiente tenor:

“Tres Cartagos ha havido, una en África, que destruyeron los Romanos, y dos en España. La primera fue fundada por Hamilcar encima de Tortosa a la Tramontana y llamáronla después los Españoles la vieja, a diferencia de la postrera, que se dezía Cartago la nueva o Espartaria por los Latinos. Esta, nuestra Cartago la nueva, fue edificada por Hasdrubal Governador y Capitán general de los Africanos Cartagineses, año de dozientos y veynti cinco nacimiento de nuestro Redemptor. Cuyos edificios y murallas vinieron a tanta sumptuosidad que en aquel tiempo ningunos avia tales en España, como dize Florian de Ocampo y se ve en Estrabón y Polibio. Tiénese por averiguado que su principal intención deste Capitán en labrar cosa tan sumptuosa fue que los Cartagineses del ejército, quando la poblassen, perdiessen el desseo de Cartago la mayor y la hiziessen acá fundamento de Señoría con qualesquier otras competidora, desde la qual entendió mostrar que bastava su poder a levantar y hazer ciudades donde mandasse tan excellentes y

poderosos como la misma Cartago que tenían ellos. Esta fundación es certíssima, pero algunos autores le dan mucha mas antigüedad diziendo, que Testa Rey de España hizo sus cimientos y principio de una gran ciudad, año mil y quatrocientos y doze nacimiento de Christo y que de su nombre la llamó Contesta, de donde la Provincia se vino a dezir Contestania y que después Teucro uno de los Príncipes Griegos que conquistaron a Troya (reynando en España Gargoris) traxo consigo gente Griega, con que primeramente desembarcó sobre las riberas de nuestro mar Mediterráneo, en el sitio natural donde ahora es Cartagena, según Iustino y Silio Itálico afirman. Aquí pues, el valeroso Hasdrubal, pareciéndole muy acomodado sitio y animado también con las antiguas reliquias que halló, se determinó de fundar una ciudad quanto más pomposa le fuesse possible. Él la dispuso y traçó con maravilloso juyzio en esta manera:

Cartagena está situada en un cerro muy alto que por el un lado lo baña la mar y por el otro lo ciñe su puerto, que es uno de los mejores del mundo. Al lado por donde se junta con la tierra tiene una montaña con tres cerros diferentes. Al uno llamavan en aquel tiempo Phesto y al otro Aleto y al otro Crono. Aleto dezian aquel collado por aver tenido este mismo nombre el que halló las minas de plata y en memoria deste beneficio lo reverenciavan por Dios. Dentro de la ciudad ay otro cerro que llamavan Mercurio Theutate. Otro collado que está más al Oriente se llamava Esculapio, por el templo en que allí era venerado. Por el otro lado de la ciudad de la otra parte del puerto ay una gran laguna llamada aora Albufera. Con ésta y con el puerto, todo el sitio de la ciudad queda casi como Isla. A la falda del castillo sobre la parte de Levante ay grandísimos fragmentos de edificios donde estava la Chancilleria o convento Iurídico de Cartagena en un famoso Coliseo no de menor grandeza que el Romano. De aquí los vezinos sin

orden han sacado lindas piedras, figuras antiguallas y colunas y sobre quatro destas está fundada la Yglesia Matriz desta ciudad que admira su grandor y altura siendo piedras vivas de una peça cada qual. Hasta en nuestro tiempo se llevó de aquí Vespesiano Gonçaga bellísimas ymágenes de piedra para honrar con el desecho desta ciudad su principado. Y aquellos pedaços por allí derramados llaman aora Antiguones. Decendiendo por allí hazia el Septentrión se ve un costosíssimo Aqueeducto desbaratado que venia por él encañada el agua a la ciudad desde la fuente Cubas. Ay algives y edificios viejos, dignos de ser por su muestra visitados. Pero fuera de los muros, la memoria demas consideración es un túmulo que llaman Torreciega porque no tiene puerta ni ventana ni espiadero ninguno. Lo qual ha sido causa de sospechar que havia allí algún tesoro o secreto memorable. Y assí algunos, o muy codiciosos o muy curiosos, rompieron un lado del por donde se ve estar toda maciça, con solo un pequeño hueco en el coraçón de la torre que apenas se conoce si lo huvo o no. Y hùvlo sin duda, porque después de la rotura se han hallado cenizas. Y de aquí es de creer que estava depositada allí urna o urnas de cenizas de difuntos a la costumbre Gentílica de los Romanos.”

Pero por ello, no deja de mencionar las gracias que romanos entendieron les concedían los dioses de las cinco colinas, y, sigue, en el apartado de las riquezas y tesoros que obtuvo Cartagena, exponiendo: “Pues si buelve vuessa merced los ojos a estos montes de Cartagena verá que no han sido montes de piedra sino de plata y oro y pedrería al derredor della ay cuevas donde se hallan preciosísimas amatistas, rubíes, calcedonias y muchos diamantes, unos ochavados, otros triangulares de la propria naturaleza mejor que del buril labrados. Y oy quedan unos Escoriales, que assí los llaman, donde la gente plebeya va y saca dentre aquella escoria de las minas mucho plomo, con alguna plata de que se susten-

tan sin otro officio ni beneficio. Polibio tratando de las minas de plata que los Romanos tenían en Cartagena, dize que no trabajando en el pozo, llamado Bebelo, mas que quarenta hombres, sacaban cada día valor de veynti cinco mil reales, que por la buena cuenta de Budeo venían a ser cada año novecientos y doze mil y quinientos escudos. Y aunque se defalcassen de aquí los gastos, era una cosa de gran tesoro”.

Por tanto es de justicia tratar los Dioses Míticos de las cinco colinas, citados por Cascales, que a la vez irradiaban sus venturas de fortuna, no sólo a la ciudad, sino a cuantas fuentes de riqueza eran motivo de explotación en los cotos mineros acaparados.

Escribe nuestro Licenciado, como ha quedado transcrito de su Discurso: al lado donde se junta la tierra con el mar, tiene una montaña con tres cerros diferentes, el uno llamado “Phesto” (Hefesto), y, al otro “Aletto” (Aletes), y, al otro “Crono” (Cronos). Dentro de la ciudad otro Cerro que llamaban Mercurio (Theutate). Otro collado que está más al Oriente se llamaba Esculapio (Vara de Asclepio).

¿Qué sentido tenían estos nombres mitológicos impuestos a dichas cinco colinas de Cartagena? Lo vamos a describir, sin extendernos en contenidos a los que tenemos alcance fácilmente en internet y enciclopedias, con la finalidad de poder observar que se pretendía invocar por sus guardianes, sacerdotes y vestales. Pero un enigma perturba nuestra investigación. Se deduce que los griegos que llegaron antes que los púnicos, a Cartagena, influyeron en Mastia, primitivos pobladores de la ciudad marítimo departamental, aportando nombres de sus propios mitos y dioses. Dioses que fueron a la vez asumidos y posiblemente incorporados otros análogos por los cartagineses. Y aquí es donde se centra nuestra pregunta: ¿Cómo Roma que conquista Carthagonova, accede a mantener y conservar para la posteridad que llega hasta el propio Licenciado Cascales, algunos nombres griegos en las colinas de su ciudad?. Es

evidente, ante la renuncia del cartaginés a su origen romano, que dichos nombres mitológicos de algunas colinas, fueran admitidos e impuestos bajo el signo púnico, pues se acogieron al acuerdo negociado entre mastianos y cartagineses. Pero, cuando vence Roma a Carthagonova: ¿Por qué Roma no los sustituye y les da su propio nombre?. Una respuesta que exigiría una profunda contrastante aportación de opiniones historicistas con la finalidad de obtener una respuesta a tan extraña situación.

Pero con más detalle, Las cinco colinas de Carthagonova, que se ubican sobre los actuales montes de Cartagena, en el trabajo de José María Blázquez: "Puertos de la España romana", ratificando y apoyando lo descrito por Cáscales, nos señala con meridiana claridad el lugar donde se encuentran localizadas y que se señalan para caso de que, algún interesado, quiera orientarlos en el actual plano de Cartagena.

Estas son las colinas que quedaron señaladas con los siguientes nombres míticos:

Phesto (Hefesto). En la mitología griega, uno de los Dioses Olímpicos, significaba Dios del fuego, la forja y metalurgia (aunque Roma le denominó Vulcanus). Hijo de Zeus y de Hera, acogiéndonos a su significado, y, si nos adentramos en la leyenda, debemos entender que con su presencia defensora, conforme a lo que realmente se le atribuía en su pasado, se interesaba la producción de la forja de armas más letales y consistentes en manos del soldado para vencer en la guerra. Por tanto, Roma asumió lo heredado en éste mito lo explicitado por los griegos en ésta colina. Vulcanus, es el nombre con el que debía haberse designado para Roma, eliminando el nombre que tendría con cartagineses, ya que la propia epopeya mítica al vencer a su más temido y peligroso enemigo, le habría echo reafirmar y confirmar su posesión y erradicación de signos púnicos. En la mitología romana, dios del fuego y los metales, hijo de Júpiter y Juno, y marido de Venus. Como dios de los volca-

nes, el mejor forjador del hierro y creador del arte de armas y armaduras para dioses y héroes. Otro nombre que recibió por el Imperio es el de: Mulciber ("el que ablanda"). Sethlas, es como se definió en la mitología etrusca.

Crono (Cronos). Igualmente procedente de la mitología griega, es el más joven de la primera generación de Titanes, descendiente divino de Gea (la tierra) y Urano (el cielo). Es así como los helenos, que no terminan de aceptar su significado considerando una fuerza de caos y desorden, nos dejan una línea a lo que se entendió por "Señor de los cielos", asimilado a Baal, aunque en realidad con su veneración se contemplaba la festividad que suponía pedir la protección de la época agraria celebrada en el mes de Julio. Roma, sin embargo, en su cultura posterior, advierte una visión más positiva de éste dios, al que definen por Saturno, que correspondería a un termino relativo al "Tiempo Humano", es decir, su función consistiría en apelar a los calendarios, los tiempos y las buenas cosechas. Mucho más importante bajo la influencia romana, la "Saturnalia", fue una fiesta celebrada en honor de éste Dios, que ha permanecido incrustado en la propia tradición de Oriente Próximo, y, para la costumbre judeocristiana con el sentido del descanso del séptimo día de la semana, que llegó a llamarse en latín "Dies Saturni" (Día de Saturno). Pero llega hasta nuestros días cuando los ingleses denominan Saturday al Sábado. O en la astronomía, Saturno, es denominado de ésta forma, por considerar que Roma lo tenía descrito como: "... el séptimo planeta más extenso de los objetos celestes visibles sin ayuda".

Mercurio (Theutate). En éste caso no aparece en el texto de Cascales, con el nombre griego de su ascendiente Hermes, tal como era conocido por los helenos, aducido dios de los ladrones, defensor y dueño del comercio y la elocuencia. Lo que nos da a entender que los romanos eliminaron, si lo hubo, éste vestigio griego. Mercurio, es sin

embargo, nombre puramente romano, hijo de Júpiter y Maia Maiestas, nombrado para defender y proteger el comercio, pero con cierto influjo etrusco pues se le relaciona con la deidad Turms, aunque cierto es que, la mayoría de sus características y atribuciones mitológicas fue tomada por herencia prestada del dios griego. En la astrología se le adoptó como el espíritu del intelecto, nacido de la inteligencia, con bondades para las funciones de sueño y la imaginación. Otras virtudes que se le adjudicaron fue el augurio de la fertilidad y aludirle como creador de la Lira a partir del caparazón de una tortuga. Igualmente Roma lo adoró para que velara por el veloz viaje de sus naves de comercio. Fue motivo de una importante fiesta la: “Mercuralia”, donde los mercaderes se rociaban de agua de su pozo sagrado. Ha llegado igualmente hasta nuestros días, donde la astrología ha dado nombre a un planeta; la ciencia ha designado al elemento con símbolo Hg, como mercurio. Los médicos, la industria, el comercio y la navegación han convertido el caduceo como su símbolo representativo. En Cartagena, Mercurio ha quedado imbricado en la cultura secular artística de su idiosincrasia. La prueba la tenemos en la famosa y bellísima fachada de la “Casa Llagostera”, situada en su calle Mayor. Construida por una familia de comerciantes catalanes, decidió insertar, presidiendo el edificio, en el centro de la primera planta, el dios Mercurio, flanqueado por los Escudos de Manlleu y Cartagena. En la segunda planta, en su misma vertical la diosa Minerva, símbolo de la sabiduría, con los escudos de Barcelona y Murcia a sus respectivos lados.

Esculapio (Asclepio). Igualmente, Explica nuestro Licenciado Cascales, que: “... el otro collado más al Oriente se llamaba Esculapio por el templo en que allí era venerado”. asociado con la astrología y la curación de enfermos mediante medicina. Consiste en una serpiente entrelazada alrededor de una vara larga. La vara fue, durante mucho tiempo, símbolo de la pro-

fesión médica, y la serpiente, que muda periódicamente de piel, simboliza, por lo tanto, el rejuvenecimiento. Asclepio era el dios de la curación en la antigua mitología griega, y es evidente que si lo hubo, éste nombre fue barrido por Roma y sustituido por el Esculapio romano. En la leyenda se dice que fue instruido en la medicina por el centauro Quirón, y, está relacionado con la constelación Ofinco. Es común caer en el error confundiendo esta vara con el caduceo de Hermes (Mercurio para los romanos). La diferencia y la peculiaridad del bastón de Esculapio está en que no tiene alas y sólo asciende por la vara una serpiente. La serpiente se consideraba en muchas culturas capaz de resucitar a los muertos y Esculapio en su afán de sanar iba resucitando a la gente difunta que veía, ejemplo es Hipólito hijo de Teseo. Esculapio, le revivió con una hierba milagrosa que le llevó la serpiente Hades. El Rey de los Infiernos, molesto por la reducción de los enviados a su reino fue a quejarse del uso que Esculapio hacía de la serpiente, así pues como medida salomónica, Zeus optó por anular la capacidad de la resurrección y dotándola solamente de la sanación. De ahí su estrecha relación con el mundo médico.

Pero la gran colina, la que representó la fuerza y el poder, el filón de la fortuna argentífera, correspondió al dios “Aletes”, descubridor y protector del esplendor e inagotable extracción de plata de las minas de todo el territorio explotado por los romanos en Carthagonova-Montis Ilucronensis.

Aletes. Los hermanos William y Leonhard Schmitz, en 1867 y 1870, en su “Diccionario de griego y romano y Mitología”, definen al dios Aletes, como hijo de Hipoetes y descendiente en quinta generación de Heracles, y, que a su familia a veces se la conoce por “Aletidae”; le dan una cronología del S. X a. C., y entre otros datos, recibió un Oráculo procedente del Rey ateniense Codrus. Pero si deseamos conocer en profundidad la Historia del dios a quien se le atribuye la fundación de Cartagena, hay que

remitirse al trabajo de investigación de Ignasi Garcés Estallo, con el título: “Los honores divinos de Aletes, descubridor de Minas de Plata en Carthagonova” (Primer Simposio sobre la Minería y la Metalurgia Antigua en el SW Europeo, Serós 2000, 2.11, pp. 209-218). Inicia el documento así: “Dentro de la revisión y actualización de los personajes íberos cuyo nombre es conocido, actividad que venimos realizando desde hace algún tiempo, uno de los más fascinantes y polémicos a la vez es, sin duda, Aletes. Dada la relación del sujeto con la minería antigua, el presente simposio nos parece un marco adecuado para aportar algunos resultados sobre quien puede ser considerado como uno de los mineros peninsulares recordados más antiguos”. En realidad el texto no tiene sobrante, pero son muchas páginas y, la mejor forma de conocer el desarrollo historiográfico y leyenda originado en la figura de Aletes, es su completa lectura. Los capítulos, referidos a “La cuestión de Aletes: ¿Nombre personal o epíteto divino?”; “La naturaleza del relato polibiano”; “El sentido urbano y helenístico de los honores divinos”; “El entorno cultural de Carthagonova”; “La singularidad histórica del caso de Aletes”; y, sus propias conclusiones son una obra maestra que debería conocerse por todos los estudiosos y expertos relacionados con la investigación en materia de minería y metalurgia. Si el descubridor Aletes de las minas de plata en Cartagena, le reporta honores divinos, según Polibio, ello es lo que le concede el privilegio de ser nominado para designar a la colina más importante de la ciudad, y, para ubicarla, se refiere a la altura del Cerro de San José, sin presentar ningún problema de identificación. Los Bárquidas reconocen al dios Aletes, deduciendo que, de haber sido íbero, mastiano o tartesso (léase: “Aproximación a la protohistoria de Murcia”, de Nuria Sureda Carrión), consolidaría la integración de la comunidad autóctona ocupada. Mediante la exaltación de Aletes, permite a Asdrúbal y su continuador Aníbal, granjearse el acerca-

miento y la incorporación a sus filas de milicia a los aguerridos sectores ibéricos. El resultado final del proceso estudiado sobre Aletes, termina Garcés Estallo “... un minero afortunado, recordado en el S. III a. C. (sin poder definir la fecha exacta del descubrimiento de las citadas minas de plata), al que debe situarse en toda la magnitud histórica que le rodea, que no es otra que admitir una practica social y religiosa helenística que justifique tales honores”.

En éste caso concreto de Aletes, está claro que los romanos mantuvieron el nombre de ésta colina, entendiéndolo que, por una parte estaba sobradamente probada su neutralidad e imparcialidad con respecto a sus enemigos vencidos, y, de otra, respetando el nombre del descubridor de las minas de plata para que siguiera protegiendo y asegurando su constante producción argentífera.

Pero: ¿qué razones existieron para que los romanos conservaran los nombres de los dioses griegos de las colinas de Cronos y Hefesto, aceptados por los cartagineses?. Quizá tuviera igualmente su justificación, entre las posibilidades enumeradas por Aristóteles, al sugerir la continuidad de los nombres helenos en los casos de recintos y señalizaciones de todo tipo, cuando sea demostrable su amparo bienhechor, ó, estuvieran relacionados con la refundación o prosperidad de las ciudades en particular. Es sólo una hipótesis peregrina, pero realmente es un tema apasionante que, seguro, algún día se nos aclarará.

Colina de Montis Ilucronensis. Benito Morón Clemente, en su aportación a las noticias que de las tierras de Alicante y Murcia, aparecen en la Geografía de Estrabón, escribe lo siguiente: “... a finales del S. II a. C., Roma había transferido la explotación de salinas y minas de Cartagena a particulares (negotiatores), que podían formar compañías, como la del “Mons Ilucronensis” (Mazarrón). El nombre de los “negotiatores” iba puesto en los lingotes de plomo destinados a la exportación, según se ha

podido observar en los catorce encontrados en el puerto de Cartagena y otros quince en el Cabo de Palos". Sin duda, Monte Ilucronense, como ya advertimos en nuestro artículo anterior, representa el nombre de la Compañía que explotaba las minas de plomo y plata de Mazarrón. Por tanto con una forma distinta de denominarse, en éste caso obviando nombres divinos, no es óbice para que en constantes descubrimientos, se encontraron, además de infinidad de monedas y cerámica cartaginesa; columnas miliarias, lingotes, epigrafías funerarias, ánforas y numerosas antigüedades, todas de origen romano; apareciendo además dos grandes hallazgos mitológicos, el primero en 1776, en el Barrio de la Serreta de Mazarrón (cerca de las minas del Cabezo de San Cristóbal), tres estatuas de mármol, que correspondían a la diosa Ceres (deidad de las cosechas, la agricultura y la civilización), y, los dos Genios Tutelares; y, en 1840 en la terrera de la mina "Esperanza" la estatuilla de bronce dedicada a "Hércules Farnesio", figuras simbólicas del ritual romano, insertas a la Colina de Montis Ilucronensis, en extensión de la urbe principal de Carthagonova, que viene a corroborar un territorio mimado y protegido por ser plenamente explotado en sus criaderos de plata y plomo, y, en consecuencia campo de yacimientos y hallazgos arqueológicos del más relevante prestigio y consideración (conforme nos recopila Mariano Guillén Riquelme en sus libros dedicados a Mazarrón). Como quiera que en éste mismo número se incluye el excelente artículo del "Museo Arqueológico Municipal Factoría Romana de Salazones (Puerto de Mazarrón)", de María Alcalde y Ángel Iniesta, puede servirnos para adentrarnos mejor en toda la infraestructura construida de villas, fábricas y almacenes, que Roma instaló en éstas latitudes para abastecer y dar servicio a las minas de galera argentífera que se explotaron desde el S. II a. C., al S. II, época que se exportó el mineral a Roma a través del Estrecho de Bonifacio.

Con éstos tres episodios que se han aportado (I y II en 2006, y, éste en 2008), hemos tratado de informar sobre todas las Sierras Mineras catalogadas, y, acercar el mundo de la minería histórica de nuestra Región, de forma sencilla y elemental, a quienes pueda interesar, como compendio de una infinita pléyade de autores que han dedicado una parte de su tiempo de investigación a ofrecernos sus respectivas opiniones y perspectivas sobre la influencia de la minería y metalurgia, en la historia, la economía, la cultura, la ciencia, las artes, el pensamiento..., en definitiva en el proceso de evolución y progreso que concretamente a la Región de Murcia le ha representado un importante foco de actividad industrial que ha marcado su identidad e idiosincrasia.

Finalmente no podemos dejar de aconsejar la visita obligada al Museo Minero de La Unión, sito en la Plaza Liceo, s/n., en donde tendremos contacto, no sólo con buena parte de la historia minera de la antigua Carthagonova-Montis Ilucronensis, sino que se nos ofrecerá un exhaustivo fondo expuesto en las vitrinas de sus salas, de herramienta; reproducciones; fotografías; documentos, y cuanto está relacionado y representa la minería y metalurgia del sureste, como uno de los puntos geográficos más emblemáticos sobre la materia de España.

"Mi agradecimiento al Museo Arqueológico Nacional (Madrid), y, a Dña. Virginia Salve Quejido por la colaboración prestada en la remisión de fotos de D. Julio Martínez Santa-Olalla, que obran en éste artículo.

Igualmente mi reconocimiento más sincero a D. Salvador Quero, responsable del Archivo del Museo de los Orígenes de Madrid, por su disposición en enviarme importantes fotos de Martínez Santa-Olalla, además de investigar sobre los datos que existen de correo y documentación con D. Manuel Jorge Aragoneses; como asimismo de su ofrecimiento encaminado a gestionar mi contacto con la familia de D. Vicente Ruiz Argiles".